

# Literatura Abierta



*NÚM.2. MAYO 2021.*

© 2021, Revista Literatura Abierta  
Revista literaria Núm. 2  
Mayo de 2021

Dirección: Gonzalo Sáenz  
Diseño de cubiertas: Marta Díaz  
Maquetación y corrección: Carlos Aycart Capote

[www.consultorliterario.com](http://www.consultorliterario.com)  
[literaturaabierta@gmx.com](mailto:literaturaabierta@gmx.com)

ISSN: 2697-1755

Editada en Córdoba (España)

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



# Sumario

## Editorial

Editorial: Vuelven las Ferias del Libro a España.....	5
---	---

## Entrevista

Entrevista de Gabriela Quintana Ayala a Élmer Mendoza .....	8
---	---

Entrevista de Ginés J. Vera a Leticia Sierra .....	11
--	----

Entrevista de Ginés J. Vera a Gonzalo Calcedo .....	14
---	----

Entrevista de Ginés J. Vera a José Luis Muñoz .....	17
---	----

Entrevista de Gonzalo Sáenz a Sancho Arabeheity.....	20
--	----

Entrevista de Gonzalo Sáenz a Daína Chaviano .....	23
--	----

## Reseña

Reseña: <i>Señorita</i> , Juan Eslava Galán .....	27
---	----

Reseña: <i>El síndrome de Bergerac</i> , Pablo Gutiérrez.....	30
---	----

Reseña: <i>Ocultos en el bosque</i> , Mitsumasa Anno .....	32
--	----

Reseña: <i>A tumba abierta</i> , Joe Hill.....	33
--	----

Reseña: <i>A fuego lento</i> , María Amor y Javier Martín.....	34
--	----

Reseña: <i>Necios y ridículos</i> , Gonzalo Calcedo .....	35
---	----

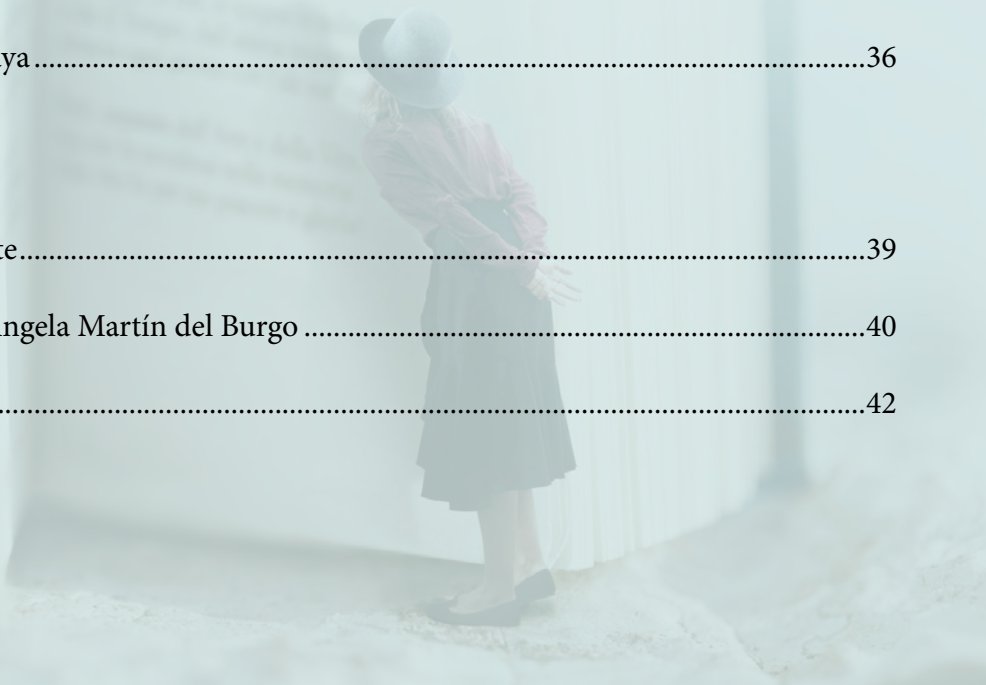
Reseña: <i>EL criadero</i> , Gustavo E. Abrevaya .....	36
--	----

## Artículos

Artículo: Sobre la mala y la buena suerte.....	39
--	----

Artículo: El arte moderno y el sueño, Ángela Martín del Burgo .....	40
---	----

Artículo: Arrecia el <i>todismo</i> .....	42
---	----



## Relatos

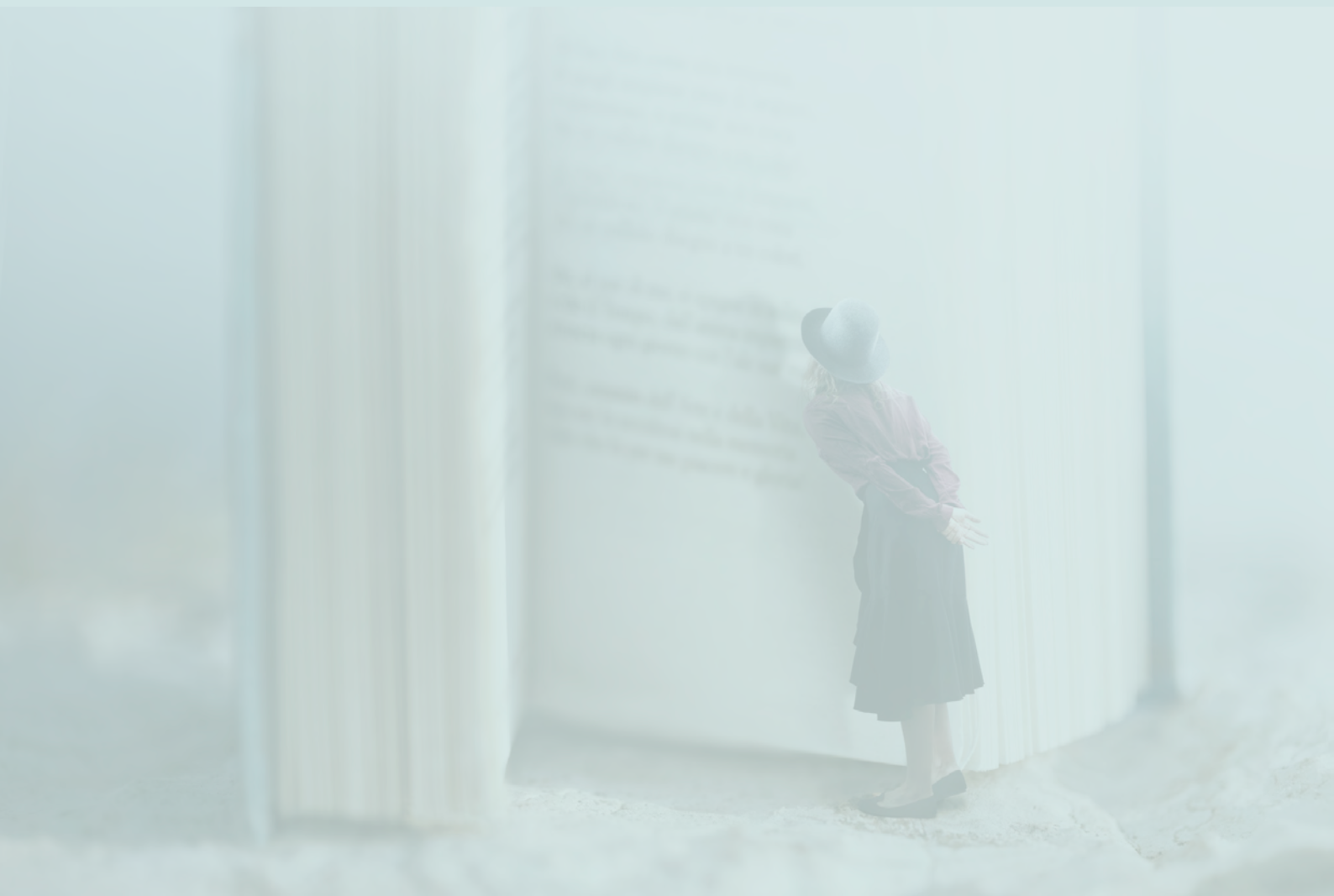
Relato: <i>El equipaje rojo</i> , Mar Sancho .....	45
Relato: <i>Los ojos de mi muñeca</i> , Andrea More .....	49
Relato: <i>El crimen no debe pagar</i> , Eduardo Goldman.....	52
Relato: <i>El General David</i> , Osvaldo Beker .....	60
Relato: <i>Impulso</i> , Antonio Marchal Sabater.....	65
Relato: <i>El amuleto</i> , Ginés J. Vera.....	68

## Poesía

Poesía: <i>Contando los trasgos</i> , Javier Tenías.....	71
Poesía: <i>Ministra con jardín al fondo</i> , Roberto Lumbreras .....	75

## Teatro

Teatro: <i>El Enviado</i> , Roberto Lumbreras.....	81
--	----



## Editorial: Vuelven las Ferias del Libro a España



Antonio Mercero entrevistado por Andrés González Barba.

La localidad sevillana de Tomares inauguró este mes de abril la décimo segunda edición de su Feria del Libro, con el honor y la responsabilidad de ser la primera feria presencial que se celebra en España en estos tiempos de Pandemia.

El evento ha tenido lugar en un espacio de cinco mil metros cuadrados y con las pertinentes medidas anti-Covid, para garantizar la seguridad y el distanciamiento social que exige la crisis sanitaria.

De este modo, los librerías, los escritores, las editoriales y los lectores han vivido durante unos días un espejismo de normalidad, un auténtico festival literario, con conferencias, presentaciones y firmas de libros.

La feria ha estado dedicada al genio británico de la novela de suspense y espionaje **John le Carré**, y tenido como pregonero de lujo a **Lorenzo Silva**, uno de los grandes autores de novela negra del panorama literario actual.

Junto a Silva, han participado en la feria grandes novelistas como **Antonio Mercero, Javier Cercas, Manel Loureiro** o **María Dueñas**, por citar algunos de los noventa autores que han participado en el evento.

Un gran acierto de la dirección de la feria ha sido organizar actividades infantiles para fomentar la lectura, con la actuación del genio de la literatura infantil y juvenil **Pepe Maestro**.

También han tenido su espacio en la feria jóvenes autoras como **Nagore Suárez, Rebeca Stones, Carlota Moon, Mercedes Ron** y **Martina D'Antiochia**, que han levantado gran expectación entre los asistentes al evento.

Ha sido, en definitiva, una gran feria del libro, perfectamente organizada y con una excelente programación.



Nagore Suárez (*La música de los huesos*)



## Entrevista de Gabriela Quintana Ayala a Élder Mendoza



**Gabriela Quintana Ayala. Narradora mexicana. Licenciada en Comercio Exterior por la Universidad Iberoamericana Puebla. Maestra en Programación Neurolingüística. Diplomada en Literatura Norteamericana por la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla buap. Máster en Literatura por la Universidad Complutense de Madrid.**

México, como otros países de lengua hispana cuenta con escritores contemporáneos reconocidos a nivel internacional y traducidos a varios idiomas. Éste es el caso del escritor Élder Mendoza, catedrático de literatura en la Universidad Autónoma de Sinaloa y novelista, conocido sobre todo por sus novelas de corte policiaco o novela negra. Aparece como autor desde 1978 con publicaciones de libros de cuento. Su primera novela, *Un asesino solitario*, publicada en 1999 por Tusquets, fue considerada por los críticos como la primera obra que describe fielmente no sólo la cultura del narcotráfico en nuestro país sino que representa una metáfora literaria sobre la violencia del poder en México. Asimismo, revela parte de las características propias del tejido reciente de la política mexicana insertado en todos los niveles de la sociedad a partir de su idiosincrasia. La novela relata la historia de un candidato a un puesto público y las luchas de poder con las mafias. Una obra que indudablemente no pasaría desapercibida a sus lectores y al gremio literario, sino al mismo gobierno. No obstante, hasta la siguiente novela, *El amante de Janis Joplin*, se abren las puertas a nivel internacional y el reconocimiento a su calidad

literaria con galardones como el Premio Nacional de Literatura “José Fuentes Mares”, entre otros. Posteriormente se consagra como autoridad con la saga de novelas del detective Édgar, el Zurdo Mendieta.

En reconocimiento a su obra y trayectoria, la Universidad Autónoma de Sinaloa acaba de otorgarle el grado Doctor Honoris Causa.

**¿A qué se debió ese salto de los cuentos a la novela?**

En realidad siempre quise escribir novela, es algo que me llamaba mucho la atención.

**¿Por qué regresa al cuento con *Firmado con un klínex*, después del éxito internacional de su novela *Balas de plata*?**

En realidad ese cuento lo escribí mucho antes de la novela, y lo que hice fue darle ciertos arreglos para armar ese libro. Generalmente los cuentos los escribo ahora porque los amigos me lo piden y yo tengo un





sentido de la amistad muy firme. Entonces, si un amigo me pide algo, así sea un cuento, lo hago, porque creo que la base de la amistad es eso, la colaboración entre personas.

## Élmer Mendoza BALAS DE PLATA

*colección andanzas*



**¿Por qué lo atrapó la novela negra y no otro género?**

No sé muy bien. Yo quería escribir mi primera novela exitosa, Un asesino solitario, con murmuraciones. Y fue una novela que quedó bien y me posicionó como novelista, pero todos decían que era una novela de narcos. Al principio dije que no era una novela de narcos, que era una novela de lenguaje. Las novelas de lenguaje son muy raras, si es que hay. Me dijeron: “No. Es una novela de violencia y te van a preguntar por el narco”. Y bueno, así pasó. Lo que hice después fue escribir una novela de narcos: El amante de Janis Joplin, que fue ya una iniciación de una persona en eso y del poder salvaje que tienen los narcos. A partir de ahí, descubro que es un territorio que me gusta, que me queda y en mi ciudad hay muchas historias. Después escribí El efecto tequila, una novela de espionaje. Eso fue porque un tipo me dijo que los mexicanos son incapaces de escribir novelas de espionaje. Le dije: “Te apuesto a que escribo una”; la escribí y pues ahí está.

Después escribí Cóbraselo caro, que no tiene que ver con nada, más que con Juan Rulfo y Pedro Páramo, pero a la vez mostré que podía hacer otras cosas. Luego vino la saga del Zurdo Mendieta.

**¿Hay alguna evolución como escritor, en narrativa y personajes de la primera novela a la saga del detective Mendieta?**

Evidentemente. La carrera de los escritores es contraria a la de los deportistas. Los deportistas conforme pasa más edad, ellos, digamos, pueden hacer menos cosas, y con los novelistas es al revés: entre más experiencia tenemos, obtenemos la posibilidad de conseguir mejores productos. Aparte yo, dentro de los rituales que tengo como autor y que siempre los pienso antes de empezar a escribir todas las mañanas, es que lo que estoy escribiendo es la primera novela, y aunque ya tengo toda la experiencia de las novelas he escrito anteriormente, que son como diez, me planto así con esa ingenuidad, esa ternura y puedo trabajar sin restricciones. Hay una parte que tengo que ir en contra de mí mismo, pero es cuando la novela ya está escrita y está bastante corregida. Entonces es evidente que mi experiencia se refleja.

**¿Cómo ha crecido el personaje de Mendieta a lo largo de sus libros?**

Lo que sé es que se ha convertido en uno de los detectives más famosos de este tiempo, más conocidos del mundo de habla hispana. También compite con detectives del habla inglesa, sobre todo. Eso tiene que ver con la evolución y que el diseño original que hice del detective no tenía mucho que ver con la expresión de su personalidad o cosas que no eran necesarias con la realización de su trabajo como detective. Pero en cada novela tengo que agregarle algo que tiene que ver con su vida particular: sus padres, un hijo, una chica que lo ama y que está muy desconcertado por esa confesión de ella. Y claro todo eso lo impacta en su relación con el whisky, que la controla por horas o por días; y no es que vuelva a caer, es que él es tan intenso que necesita un instrumento para apaciguarse, pero el problema es que no se mide, como todos los alcohólicos.

**¿Cuál es el motivo de recrear la situación social de México en sus novelas?**

Que soy un patriota... Je je, estoy bromeando. Si soy un escritor de novelas policiacas, la novela policiaca es un registro de la realidad, y si yo elegí esta época para contar, para escribir mis novelas, pues tienen que

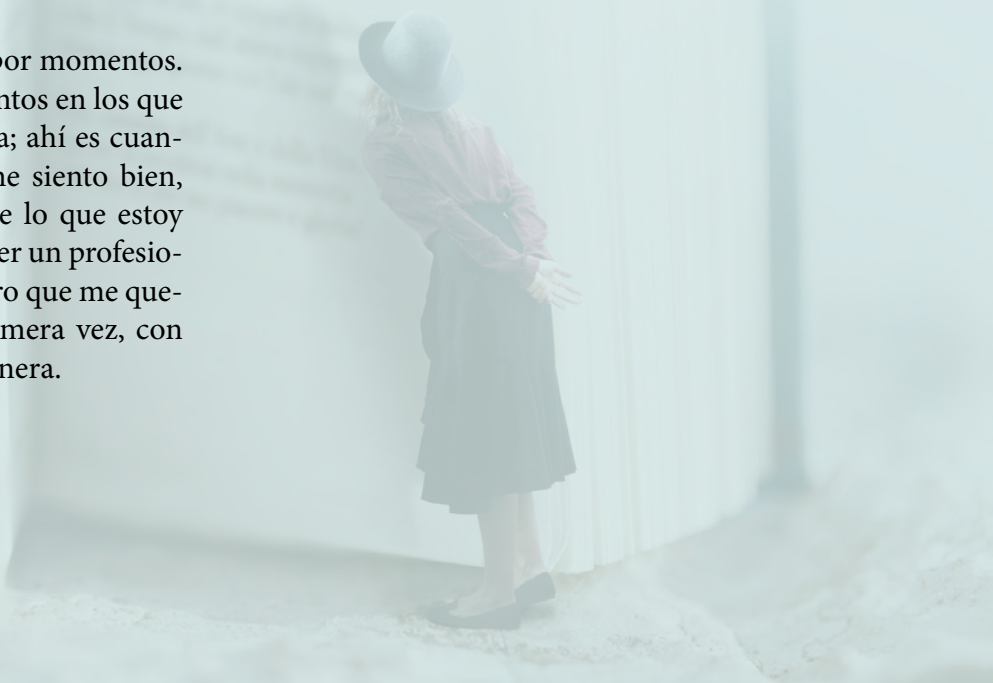
aparecer como son. Al principio fue como la elección del tema y ya. Trabajo mucho sobre la forma, el cómo, y me olvido a veces de que estoy contando historias tremendas. Pero es la gente, los lectores quienes me regresan a eso. Los lectores son los que me dicen que estoy contando el país, que estoy haciendo un registro social muy fuerte de lo que es nuestro país. Al principio me asustaba pensar que mis novelas solamente puedan ser valoradas por la temática que tratan, porque mi aspiración es que sean valoradas por eso, pero también por la forma en que están escritas. Actualmente ya es una cosa que no me preocupa y, como te decía, escribo como si fuera la primera novela.

### **¿A partir de qué idea nace El amante de Janis Joplin?**

Yo estaba en una cantina, y a mi lado había cuatro muchachos que estaban bebiendo; ya estaban borrachos y ellos empezaron a contar historias. Y contaron la historia de un serrano, así medio limitado, que estaba enamorado de su vecina. En un baile la vecina lo obligó a bailar con ella; y bueno, bailaron; pero nadie bailaba con ella porque su novio era uno de los narcos del pueblo. Entonces, él bailó porque ella lo obligó, y en eso llegó el narco, que era joven, y lo que hizo fue que lo empujó, lo ofendió y le dijo cosas. Así que él tomó una piedra, le pegó y lo mató. Y se fue al valle, así dijeron, y ahí terminó la historia. Cuando yo oí esa historia, yo siempre traía una libretita pequeña y la saqué y tomé nota. Estuve otro rato y me fui y dije: “Esto es una novela”. Luego fue cuestión de procesarla y descubrir cómo tenía que escribirla, y ya lo hice.

### **¿Qué es lo que más disfruta cuando escribe novela policiaca: la narrativa, la historia o alguna otra cuestión en particular?**

¿Quién dijo que se disfruta? Es ir por momentos. Disfruto sobre todo cuando hay momentos en los que me suelto y escribo con mucha ligereza; ahí es cuando me siento bien. Pero casi nunca me siento bien, porque siempre estoy muy vigilante de lo que estoy haciendo, y no implica placer. Implica ser un profesional, estar haciendo un trabajo que quiero que me quede lo mejor posible, aunque sea la primera vez, con esa ingenuidad, y canalizarla de esa manera.



## Entrevista de Ginés J. Vera a Leticia Sierra



Nos concede una simpática entrevista para *Literatura Abierta* la escritora asturiana Leticia Sierra. Este año debuta en la literatura con su primera novela *Animal* (Ediciones B). Un thriller made in Spain con la que ha cosechado un gran éxito de ventas. Licenciada en Periodismo por la Universidad Pontificia de Salamanca, Leticia Sierra (Pola de Siero, 1972) inició su andadura profesional en Salamanca, en el periódico semanal *Tribuna Universitaria*. También trabajó en *La Nueva España*, *La Voz de Asturias*, *El Comercio* y *Tribuna de Salamanca*. Colaboró con COPE Salamanca y con Cadena SER en Madrid. Actualmente reside en Noreña (Asturias).

**Comencemos por el principio, por la gestación de su novela. Leemos en los agradecimientos que escribirla le permitió “enjaular al animal que llevaba dentro”; además, leemos que durante su elaboración esta novela le permitió enfrentarse “a ciertos demonios que seguían así, agazapados”. Es lo suficientemente llamativo como para preguntarle por lo uno y lo otro. ¿Nos lo comenta?**

La historia contada en las páginas de *Animal* toma forma en mi cabeza como una manera de ponerle freno a mi animal interior que, en un momento muy puntual de mi vida, despertó y lo hizo de forma muy agresiva. Hace unos cuantos años quise matar a una persona y lo deseé con tanta fuerza que llegué incluso a planearlo. Como diría Truman Capote, a sangre fría. En un momento de cordura, frené en seco, reflexioné y decidí canalizar esa rabia, esa ira en algo creativo. Así nace *Animal*. No es una historia autobiográfica, eso lo quiero dejar claro. Es cien por cien ficción, pero sí fue una poderosa arma para poner a la bestia a dormir. Y dormida sígue. De momento.

**En esos mismos agradecimientos comenta que se ha tomado ciertas libertades, ciertas licencias, como suele llamarse a veces. Aunque creo que hay mucho de Ud. en la protagonista y los escenarios si me permite decírselo. Pola de Siero y la labor periodística son un binomio medular en *Animal*. ¿En cierto sentido es más cómodo escribir sobre lo conocido?**

Sí, al menos a mí me lo parece. Cuanto más conoces el tema, el escenario... más fácil resulta contar la historia. Ahora que la labor documental es interesantísima y por mucho que conozcas algo nunca llegas a tener un conocimiento pleno sobre ello. Por ejemplo, el mundo periodístico lo conozco, estoy familiarizada con él pues ejercí como periodista y sin embargo tuve que echar mano de colegas de la profesión para que me pusieran al día de cómo es un periódico a día de hoy, cómo funciona un diario digital, si los ritmos son los mismos ahora que hace veinte años que fue cuando yo abandoné la profesión.

Y esto responde un poco a tu apreciación: sí hay mucho de mí en Olivia Marassa. El carisma profesional, la capacidad de compromiso con una historia, la capacidad infinita de trabajo para sacarla adelante, la perseverancia, la impulsividad, el apasionamiento y, por supuesto, un respeto extremo por la palabra escrita, por lo que se cuenta y, sobre todo, en cómo contarla para no provocar daños colaterales.

En cuanto al escenario, no se me ocurre uno mejor que Asturias para investigar un crimen y que Olivia Marassa y el inspector Castro se luzcan en las páginas de *Animal*. Asturias es mi tierra y la región en sí misma tiene atractivo más que de sobra para resultar atractiva como escenario de una novela: tiene interés cultural, histórico, arquitectónico, gastronómico, paisajístico...

Asturias merece por mérito propio estar en la palestra literaria.

**Siendo *Animal* su primera novela ha escogido para ella el género de la novela negra. Quería preguntarle por la salud de este género, y más concretamente en nuestro país. Las y los autores ya no “asesinan” en escenarios remotos, ni tan siquiera en las grandes ciudades. ¿Qué opinión le merece ese resurgir del género redescubriendo entornos rurales de Navarra, Galicia o Asturias, por poner solo tres ejemplos?**

Me parece estupendo. España es un país de contrastes, de atractivos múltiples, de grandes tradiciones tanto religiosas como paganas, de gran cultura, mucha historia y de gran belleza. ¿Qué tiene que envidiar USA o los países nórdicos a España? Nada de nada. Tenemos que empoderar lo nuestro y lo nuestro es español. En cuanto a los entornos rurales, estos permiten mucho juego pues suelen estar formados por localidades pequeñas en donde todo el mundo se conoce y esta realidad —porque es una realidad en las zonas rurales— es un escenario literario y casi te diría que sociológico muy interesante.

**Un rasgo identitario del género negro policial, al menos así lo creo, es la parte social, esa de denuncia, de realismo soterrado en la ficción criminal. En Animal también hay ese guiño a la realidad social, no sé si de denuncia respecto al mundo del periodismo de investigación frente al sensacionalista. ¿Nos habla de ello?**

El periodista ha de ser muy consciente que su herramienta de trabajo —la palabra escrita o hablada— puede hacer mucho daño si se emplea mal.



Nuestro trabajo consiste en buscar, perseguir la verdad y, muchas veces, para conseguirla hay que meter las narices donde no nos gusta ni a los propios periodistas.

El personaje de Olivia Marassa me da pie para llamar a las cosas por su nombre y me permite rendirle homenaje al Periodismo, en general, y al periodista, en particular, ya que es un profesional cuyo trabajo, a veces, no está todo lo bien entendido que se merece. Desde fuera se desconoce cómo es la profesión: mal pagada, sin horarios fijos, con tiempos y ritmos estresantes que apenas dejan espacio para la vida personal, con presiones por parte de la dirección del medio, pues a veces hay que ceñirse a una línea editorial, y presiones por parte de los personajes que copan los titulares, que, en el caso del periodismo local que es el que ejerce Olivia Marassa, esos personajes son tus vecinos, con los que coincides en el bar o comprando el pan.

Y al mismo tiempo, como bien dices, he querido hacer autocrítica con la profesión, reflejar ese debate ético en el que se mueve constantemente el periodista: la diferencia entre lo que se puede publicar y lo que se debe publicar o, al menos, cómo se debe publicar, para evitar convertir una información periodística en puro morbo.

**Me gustaría que nos hablase de la parte psicológica de la novela, no en vano el propio título hace referencia a ello. Quizá la parte técnica, la más policial sea relativamente accesible, pero no me resisto a preguntarle por cómo se planteó la trama psicológica de fondo de su novela. Extraigo una frase del capítulo 17 en el que leemos: “Ahora estaba seguro de que su muerte estaba relacionada con alguno de sus pecados o sus vicios”**

Lo que planteo en Animal es un debate interno en el lector, una reflexión sobre los límites de la moral. Lo que pretendo es que el lector se pregunte hasta dónde sería capaz de llegar ante determinadas situaciones o circunstancias, si cruzaría esa línea tan fina que diferencia al ser humano del animal, de la bestia. Estoy convencida de que todos llevamos un animal dentro de nosotros. Algunos lo tenemos dormido; otros no, otros lo llevan como bandera. Y en menor medida, a todos en algún momento nos ha hecho amago de enseñar el colmillo. Prueba de ello es que al ser humano le resulta más fácil recurrir al insulto o al improperio que a un buenos días, un por favor o un gracias. Vivimos en una sociedad en la que es más fácil ser malo que bueno y, lo que es peor, en ocasiones, está mejor visto e, incluso, normalizado. Cada vez nos sorprende menos y eso es, cuando menos, preocupante, por no decir peligroso.

La sensación es que somos vulnerables a la mal-  
dad y me encantaría colar en la mente del lector esa  
reflexión de manera que, al terminar el libro, se des-  
cubra a sí mismo preguntándose quién es el verdadero  
animal del libro: ¿el asesino o la víctima?

**Las y los lectores del género de la novela negra  
suelen ser muy fieles al estilo y a sus autores predi-  
lectos. Siendo esta su primera novela, ¿hay posibili-  
dad de que haya una nueva novela para quienes nos  
quedemos con ganas de más?**

Mi intención es que Olivia Marassa y el inspector  
Agustín Castro sigan dando guerra. Son dos perso-  
najes que aún tienen historias que contar e investigar.



## Entrevista de Ginés J. Vera a Gonzalo Calcedo



El escritor palentino Gonzalo Calcedo Juanes, nos concede una entrevista al hilo de su novela *Senectus* (Unaria). Calcedo ha sido distinguido recientemente con el Premio Castilla y León de las Letras, en su edición correspondiente a 2020. Aunque palentino de nacimiento es santanderino de adopción y uno de los actuales cultivadores de la narrativa breve (relato y novela corta) más premiados del panorama literario contemporáneo. Destacan entre otros el Premio Alfonso Grosso, el Premio NH al mejor libro inédito en 1997, el Premio José Hierro y el Premio especial del jurado en la primera edición del Concurso de Cuentos Antonio Gala. Con su obra *Senectus* obtuvo el Premio de Narrativa Ciutat de Vila-real en 2017.

**En primer lugar, quería preguntarle por la gestación de su novela ‘Senectus’, ya que creo que su trayectoria narrativa se ha centrado más en el género breve, en los relatos, salvo contadas excepciones. ¿Cómo y cuándo surge la idea de *Senectus*?**

Soy un escritor de cuentos. Mentiría si me tachase de novelista. Mis novelas (todas cortas, o sea, *nouvelles*) siempre han surgido en oposición a los rela-

tos. No forman parte del cuerpo central de mi obra. O sí, porque uno nunca llega a traicionarse del todo. Son también un desafío. Querer ir más allá de la dimensión de los cuentos, afrontar otras estructuras y equilibrios narrativos. En general se corresponden con periodos de cambio en mi vida literaria, cuando me he cansado de la felicidad del cuento. Pequeñas crisis que te agujerean y llevan por otros derroteros. “*Senectus*”, como antes “*La Pesca con Mosca*” o “*Playa Omaha*” (“*El disfraz de lluvia*” en el original), es un texto autónomo, único, desgajado, como contaba antes, de mis cuentos. También un homenaje al cine de género, a la serie B: trabajar con un material en principio menos digno para trascenderlo. Me refiero a esas convenciones que, sin embargo, funcionan en la mente del lector y lo llevan de la mano con fluidez. Me divertí escribiéndola, desde luego.

**Se incluye al principio de la obra una cita, una frase de Henry James. Quería preguntarle por el final, no para que nos lo desvele, por descontado. En cierto modo creo que ‘Senectus’ mantiene ese pulso narrativo creciente como la célebre obra ‘Otra vuelta de tuerca’ de James.**

“*Otra vuelta de tuerca*” es un libro maravilloso, ejemplar. Incluso ha tenido alguna adaptación cinematográfica a la altura, como la de Jack Clayton en 1961. Un filme que asustaba sin más recursos que la historia y la atmósfera. No era, al igual que el libro, una historia de terror al uso. “*Senectus*” aspiraba, con mis insuficiencias y torpezas como novelista, no lo dudo, a cierto clasicismo. Me refiero a esa forma de narrar, como en el caso de Stevenson, en el que cada capítulo te lleva al siguiente. Un *crescendo* en el que al final, una vez consumado el desenlace, queda espacio para la poesía y la amistad. Esa fue mi intención, al menos. Respirar otro ritmo al escribirla. Escapar de los cuentos, lo admito. Para mí hay algo sanativo en la narración larga, una cura de frustraciones que me permite volver a lo breve con más entusiasmo.

**La protagonista de ‘Senectus’ es una enfermera que llega a un asilo aislado en una ubicación sin especificar, aunque alejada de la civilización. Ante la actual situación sociosanitaria en la que llevamos inmersos más de un año no me resisto a preguntarle por la labor de los profesionales sanitarios en primera línea al hilo de ese personaje de su novela.**

Como bien dices, la novela está situada adrede en una época y lugar indefinidos. Hay detalles que nos acercan a un presente más o menos contemporáneo, pero yo buscaba generar una extrañeza que ayudase a enrarecer el ambiente en torno a su protagonista. Obviamente la realidad de una enfermera en la situación actual es otra. La vida siempre toma otros derroteros y durante la pandemia la gente tomó conciencia de la importancia de nuestro sistema sanitario. Aunque somos un país con pocos escrúpulos en algunos aspectos y el agradecimiento de los balcones ha caído en el olvido con demasiada rapidez. La política lo contagia todo. No una política de nivel, sino una práctica escorada a los extremos. Probablemente el personal sanitario se sienta cuestionado en lugar de querido. Conozco casos en los que así es. El arrepentimiento y la ternura no están incluidos en el ideario de ciertos políticos. Muchos ni siquiera dudan en esgrimir como arma la diatriba entre lo privado y lo público. No todo es ganar dinero, pienso. Pero el mensaje les funciona.

**Creo que hay algo de gótico, de victoriano en ‘Senectus’. Los personajes son digamos poco convencionales; se mueven en una atmósfera que nos sumerge —a los lectores— en un aura entre lo real y lo fantasmal en consonancia con lo misterioso de la línea argumental. ¿Nos lo comenta?**

Obviamente me he servido de lo gótico y lo victoriano, como apuntas, para tener camino andado. Es como en el cine, en los westerns, por ejemplo. Basta con la actitud o la forma de vestir de un personaje que entra en una cantina para que el espectador sepa algo de su pasado y sus intenciones. La novela funciona así. Hay obviedades y trampantojos. Por la trama de “Senectus” pululan personajes extravagantes que son espejos distorsionados en los que la protagonista no puede evitar mirarse. Esa distorsión de su propia figura es la que, lentamente, desencadena la confabulación. Otros personajes, trasladados al presente, están tomados directamente de una tradición literaria inagotable. Han embarrancado en la trama con su pasado, se guarecen en ella. Cuando la escribía mantenía una lucha constante entre contar los hechos reservando parte y ser explícito. No quería mentir. Muchos de estos dilemas tienen más que ver con la novela en sí que con otros géneros. En los cuentos actúas de otra manera. En el relato moderno que yo practico, no corre el riesgo de desvelar nada. No creo demasiado en el relato sorpresa, tal vez por eso el final de “Senectus”, tras la acción y la epifanía clásica de las llamas, divaga hacia otros sentimientos.

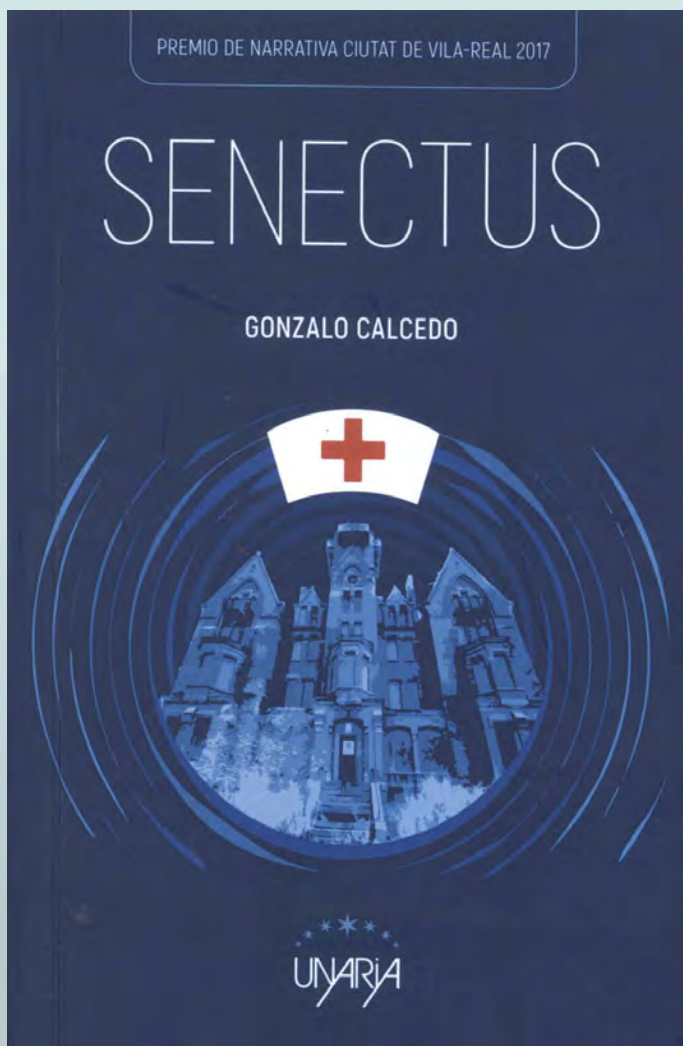
**¿Qué supuso obtener con ‘Senectus’ el Premio de Narrativa Ciutat de Vila-real en 2017? También me gustaría que nos comentase si el que resulte premiada en un certamen literario cree que tiene un reflejo en los lectores, en las ventas o el tiempo de vigencia como novedad en las librerías.**

El mundo editorial lleva años de convulsión. No hablo de la situación actual por la pandemia, sino de la irrupción de las nuevas tecnologías, un campo en el que probablemente te desenvuelvas mucho mejor que yo, un desertor de Facebook. Las carreras literarias pecan de inmediatez, como todo. Ya no hacen falta años de trabajo. Importan los resultados cuanto antes, el mercado más desquiciado y una moda efervescente que nunca llega a decantarse. Quizás es que me estoy haciendo mayor, pero la juventud extrema es el resultado tácito de algunas convocatorias y maniobras editoriales. Flotamos, más que sumergirnos. No quiero parecer un resentido, porque yo también criticaba a mis mayores cuando empezaba, así que lo dejo en cambio generacional. El premio a “Senectus”, por otra parte, me sorprendió. En su esencia es una novela de género, aunque pretendía ir más allá del propio género, y que un jurado la eligiese me desconcertó. Como cuentista siempre he vivido en un segundo plano, así que una novela premiada me supuso una ilusión extraña. En todo caso el triunfo de un título en el mercado obedece, obviamente, al marketing más concienzudo, pero también al azar. Yo nunca he vendido demasiados ejemplares (los libros de cuentos rara vez son *bestsellers*), pero confío en que con el tiempo esta novela y las anteriores dejen algún poso. En la literatura no puede suceder todo a la velocidad de la luz.

**Todo es cíclico y quizá por eso cierro con una pregunta unida al principio de su novela. Cuando Camila, la protagonista, llega al asilo asiste sin quererlo a un entierro. La muerte está muy presente en ‘Senectus’, de manera física y metafísica, me atrevería a decir. Camila hace una reflexión en esos primeros pasajes. “...pensó en el muerto: sin familiares ni amigos, viviendo y muriendo de la caridad.” Háblenos de la muerte y sus alrededores en el contexto de su novela y de esa atracción que dicen los entendidos que nos mueve a los lectores.**

Ella se compadece porque cree que puede ayudar a los demás. La vejez no es un regalo; podemos hablar de la experiencia acumulada, pero los desafíos físicos que conlleva cumplir años causan pesar y desconcierto. Ese egoísmo que en determinadas circunstancias se achaca a la gente mayor es un mecanismo de defensa

natural, básico. La muerte, en la novela, forma parte de su desarrollo desde el principio. Yo casi diría que, al final, la ausencia de muerte como maldición es lo que permite cerrar una parte de la historia. Sus protagonistas principales se separan y comienzan otra vida diferente. Los lectores siempre han abordado la narración desde el punto de vista de Camila, la enfermera. Ella ha sido su guía en la expedición de leer y era mi intención que en las últimas páginas pareciese cambiada, casi otra persona, que hubiese una transformación. Se puede aprender algo incluso de la destrucción. La pureza está más cerca de lo que creemos. La muerte es algo natural en este libro. Vivos y muertos conviven, a pesar de las amenazas, en armonía. Conociéndola, supongo, pensamos que podemos evitarla. Por eso existen el terror y el miedo en la literatura y el cine. Un exorcismo doméstico que nos ayuda a seguir viviendo.





## Entrevista de Ginés J. Vera a José Luis Muñoz



Me concede una entrevista José Luis Muñoz (Salamanca, 1951) al hilo de la publicación de su último libro, *Malditos amores* (Bohodón), el séptimo de relatos. En este caso, el amor en todas sus variantes y acepciones se dan cita en las casi cincuenta historias que transitan esta antología.

**En *Malditos amores* reúnes casi cincuenta relatos con un tema común. Siendo tu séptimo libro de relatos quería preguntarte por las motivaciones o la decisión de aparcar tu faceta de novelista y sacar a la luz una antología de textos más breves.**

Quisiera reivindicar el relato, que no tiene la misma consideración que la novela, sobre todo en nuestro país. Hay pocas editoriales que se deciden a publicar libros de relatos. Hay pocas publicaciones o revistas que los incluyan. El relato, la historia breve, siempre ha estado presente en la literatura universal, desde Chaucer o Bocaccio hasta Borges, Cortázar, Chejov o Carver. El relato, por su brevedad, tiene que enganchar desde el primer renglón y ser perfecto en su resolución. No valen las digresiones que se aceptan en las novelas. En *Malditos amores* reúno un sinfín de cuentos, algunos publicados en las revistas *Interviú*, *Playboy* y *Penthouse*, escritos a los 18 años, a los 30, a los 40 o anteayer, con ese vínculo en común de las relaciones interpersonales y ese extraño sentimiento al que llamamos amor en muchos de ellos.

**“Porque amar es el empuje de la palabra amargura”, cantaba Ana Torroja en *Una rosa es una rosa* (Mecano). ¿Quizá por eso el adjetivo de estos amores en el título? ¿Qué tiene el amor que ha inspirado a tantos artistas llevándoles incluso a la locura, levantando palacios o empujando a guerras?**

El amor apasionado es un delirio, una enfermedad de la mente, ese sinvivir pensando en el ser amado que no genera felicidad, porque casi nunca existe una justa correspondencia sino frustración en la mayor parte de los casos. El amor está detrás de crímenes, suicidios, guerras pero también inspira novelas, ópera, cuadros, esculturas, o monumentos como el Taj Mahal. Su presencia en el arte es importantísima. Lo que no veo muy claro es que el amor sea algo positivo si lleva a la locura o a la obcecación, pero desde luego sí es literario, como todo conflicto. En el día a día uno prefiere esos amores cómodos y serenos, que también los hay, y son muy gratificantes porque no producen grandes alteraciones, pero sobre ellos no escribo, no me interesa. Pero esos amores apasionados que todos, quien más quien menos, hemos sufrido en alguna etapa de nuestras vidas, y algunos varias veces, son como un chute de adrenalina para el cuerpo, como escalar el Everest sin oxígeno, hay que experimentarlos para sentirse vivo, aunque duelan, porque el dolor forma parte de la vida también.

**Me siento muy unido al relato *La camarera*. No solo por la timidez compartida con el protagonista. Aunque extraigo una curiosa afirmación del personaje femenino que le da título. Ella le asegura que las mujeres se enteran antes que los hombres de si uno le gusta a una. ¿Crees que es así? ¿Nos condiciona de algún modo nuestra forma de amar según nuestra genética o condición sexual?**

Ese es un relato delicioso y me alegra de que te haya gustado. Por lo general las mujeres tienen la sartén por el mango, aunque hay excepciones a la regla, claro. Muchas veces nos hacen creer que ligamos con ellas cuando en realidad son ellas las que ponen los puentes para que eso se produzca, toman la iniciativa de una forma sibilina. El comportamiento masculino es mucho más simple, testosterónico, frente al femenino que suele ser más racional.

**Creo que un guiño manifiesto es el que le haces a un paisano —también escritor, Alfons Cervera—, en tu relato *El dedo perdido en el aire*. Coméntanos esa alusión, pues leemos que todas las novelas de Cervera hablan “de la memoria, de la desdibujada del pasado, y de la devastadora sensación de derrota de los perdedores”.**

Alfons Cervera, aparte de amigo, es uno de los mejores escritores, o quizá el mejor, de este país. Hace muchos años que nos conocemos y nos respetamos, y lo leo siempre que puedo. Es el escritor de la memoria, y lo fascinante es que lo hace a través de su familia, lo más cercano, para crear sus novelas. Ese relato, reflexivo, es muy reciente, por cierto. Habla de un estado de ánimo, de amigos que ya marcharon, de nostalgia por el pasado a través de un itinerario urbano. Es un escrito muy personal que habla de la insalvable distancia entre un hombre y una mujer que en un momento dado se aman. Ese dedo perdido en el aire es una sensación tan personal que no sé si he sabido transmitirla al lector.

**Titulas a este libro *Malditos amores*. Me ha evocado a una canción del mexicano Vicente Fernández. Como humilde escritor me cuesta mucho poner título a los relatos, por eso quiero aprovechar para preguntarte por ese bautizo de tus obras. Encontramos, por ejemplo, dos con nombre de mujer: *Nora* y *Pilar*. También dos que me han evocado a dos escritores: *Retrato de mujer con perro* (al célebre de Chejov, *La mujer del perrito*) y *Me gusta tanto Aída* (al de Cortázar, *Queremos tanto a Glenda*).**

Son inconscientes esos títulos, pero ahí están, por supuesto. Y me alegro, porque tanto Chejov como Cortázar son autores de cabecera a los que he leído con intensidad. Las mujeres, en casi todos ellos, tienen un papel medular, porque alrededor de ellas giran los relatos o son sus protagonistas. Muchos de los relatos del conjunto son tristes, hablan de amores fracasados, desamores, o que no se materializaron, o se pudrieron por el uso y el tiempo. Otros están llenos de nostalgia, por los amores que fueron y ya no son porque terminaron. Hay otros decididamente humorísticos en los que exploto esa vena, la del humor, que es muy tangencial en mi obra novelística. Los hay que son muy eróticos, porque el erotismo es fundamental en la vida, y porque los escribí, precisamente, para que fueran publicados en las revistas *Interviú*, *Playboy* y *Penthouse* con las que colaboré más de quince años. Me pongo en la cabeza de todos mis personajes, sean masculinos o femeninos, e intento razonar y reaccionar como ellos, que es una de las cosas apasionantes que te ofrece la literatura.

**Como ya has comentado, entre estos relatos descubrimos que no todos son inéditos. Algunos incluso han participado en concursos. Unos son breves, de una página, frente a los de 14, 16 o 22 páginas —en el caso de *Corazón*—. ¿Por qué este curioso maridaje?**

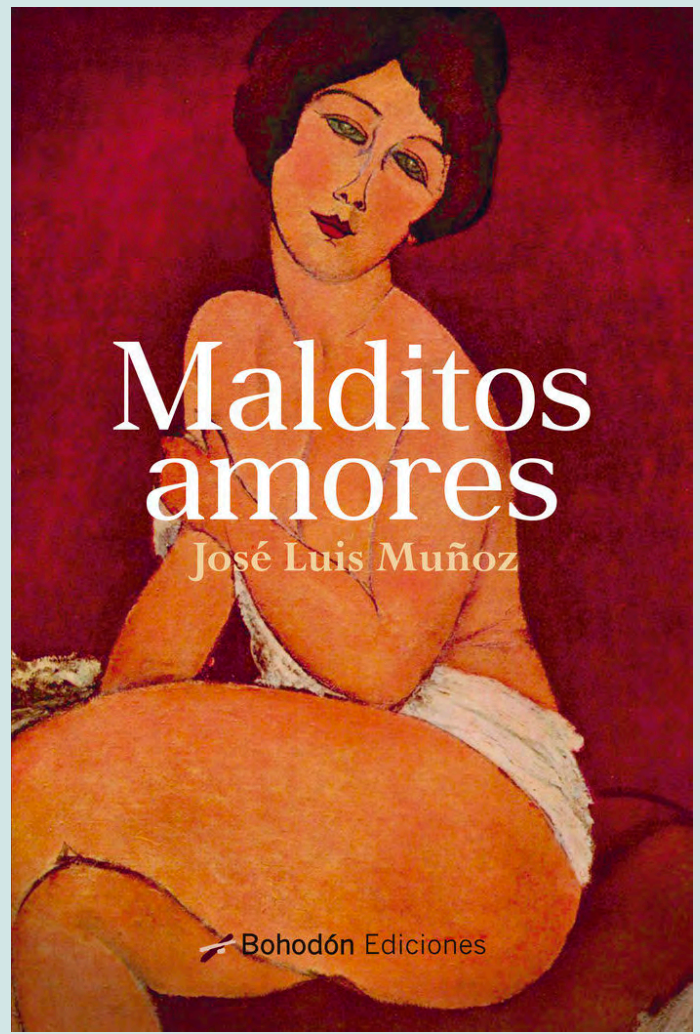
Estaban en mi ordenador, necesitaban reunirse en un libro todo lo que había escrito en formato corto relacionado con el amor, la pasión, el deseo. En efecto hay un par de microrrelatos, uno de ellos humorístico y el otro fantástico, que no llegan a un folio. *Corazón*, como dices, es el más largo y dio pie a una novela ya publicada titulada *El corazón de Yacaré*; no es la primera vez que considero que un relato merece convertirse en novela. Curiosamente, por su temática sacrificial, *Corazón* también podría estar relacionada con *El centro del mundo*.

**No podemos hablar de amor, del amor que recorren los relatos de *Malditos amores*, sin mencionar a los celos. “Los celos son en realidad una consecuencia del amor: os guste o no, existen”, decía Robert Louis Stevenson. ¿Qué opinión tienes de los celos a la luz de las nuevas generaciones, de las y los jóvenes y su manera de establecer el límite entre el amor y los celos?**

Pues veo que no hemos avanzado mucho, la verdad, y ahí siguen con su carga de negatividad. Por educación, yo pertenezco a la generación del mayo del 68 que en España llegó con un año de retraso, en el 69, a la cultura hippie y al anarquismo militante. En nuestro dogmatismo, considerábamos los celos como sentimientos pequeño burgueses a erradicar. Intentábamos no tener celos cuando la chica que nos gustaba estaba en brazos de otro. Lo asumíamos mentalmente, pero a nivel emocional no funcionaba lo teórico, aunque nos aguantábamos. En teoría, si realmente amamos a alguien y deseamos su felicidad no debería importarnos que estuviera con otro si eso iba a satisfacerle. El amor se interpreta como un intercambio: tú das pero exiges recibir a cambio. Los celos existen, no nos engañemos, y funcionan como tortura y como desencadenante de conflictos muchos de ellos incontrolables y violentos. Y creo que en ese tema, como en otros, hemos retrocedido, que muchos jóvenes consideran a sus parejas como propiedades, las marcan, son suyas.

**Me gustaría que nos comentases una frase extraída del relato *El dedo perdido en el aire*. “Nacemos y morimos un montón de veces hasta que morimos en el recuerdo de quien alguna vez fue importante, y ahí se acabó todo”.**

Es un concepto sobre el que constantemente doy vueltas, que vivimos un montón de vidas a lo largo de la vida, que el niño que fuimos, el adolescente, luego, casi no lo reconocemos desde nuestra perspectiva de adulto, es como un ser extraño que recuperamos, en parte, cuando miramos nuestras viejas fotos y se activan los recuerdos en nuestro cerebro. La vida es, también, las decisiones que tomamos y las que no tomamos, los trenes de que dejamos pasar y que ignoramos adónde nos habrían conducido. Yo he experimentado a lo largo de mis casi 70 años todas esas transformaciones mentales que han acompañado a las físicas. A todo ser vivo que razone le cuesta admitir el no estar en un momento determinado, el dejar de existir, y uno se plantea qué sentido tiene venir a este mundo si es algo temporal, y nos irrita lo mal que aprovechamos eso tan breve y preciado que es la vida que muchos literalmente dilapidan. Algunos se perpetúan con los hijos, porque la naturaleza nos pone esa trampa agradable para que procreemos, y en ellos podemos reconocernos; otros a través del arte. Yo aspiro a perpetuarme a través de los hijos, lo más importante, de los que me siento enormemente orgulloso, y con mis libros. Pero también vivimos y morimos en los recuerdos de otros. Mis padres, que fallecieron para mi desgracia hace muchos años (tenía 24 cuando me quedé sin padre), siguen vivos, de alguna forma, en mí, y morirán conmigo.



## Entrevista de Gonzalo Sáenz a Sancho Arabehty



**Es para mí un placer entrevistar a Sancho Arabehty, abogado y flamante ganador del premio Clarín de novela con su obra *Asomados al pozo*.**

Muchas gracias por haberme convocado, por la entrevista y por la difusión.

**Gracias a ti, Sancho. Hace solo tres meses que has recibido el premio Clarín con tu primera novela y hoy mismo ha salido a la venta con una reconocida editorial. Podemos decir que has cumplido el sueño de todo escritor, triunfar con una primera novela. ¿Qué emociones te embargaron cuando te nombraron ganador?**

Lo primero que me embarga es el asombro, esa sensación de sorpresa. Para mí es inesperado haber ganado el premio, fue absolutamente impensado que me seleccionaran entre las diez mejores novelas y, mucho más todavía, ganar el premio. Mucho antes de participar y ganarlo, siempre le he tenido cariño, siempre leía a los autores ganadores y siempre tuve mucho respeto por este premio, que en Argentina está muy bien valorado: es uno de los más importantes en el ámbito nacional. Y además se dio

que, por la circunstancia de la pandemia, participaron más de mil novelas, casi el doble de participantes que en el Premio Planeta, lo que hizo mucho más difícil quedar seleccionado. Lo primero ha sido asombro. Luego ya uno se va acostumbrando a la situación y va teniendo que hacer frente a cosas inesperadas: primero, hablar con editores; después, hacer las correcciones. Cuando uno ha escrito durante su vida de manera totalmente amateur, sin intención de publicarlo, todas estas cuestiones están fuera del radar; discutir la contratapa, discutir la biografía, un montón de temas y detalles con las que uno no lidiaría y ahora, a partir de hoy que, como decías vos antes, el libro ya apareció en librerías, ya se puede comprar on-line, ya se puede comprar el e-book, está la cuestión de ir siguiendo si el libro se vende bien y cómo evolucionan las cosas. Y lo que más pudor y un poco de miedo me da son las críticas, que inevitablemente van a aparecer ahora en distintos medios, en revistas de cultura y demás. Eso es lo que en este momento me da un poquito de miedo, qué recepción va a tener. Por un lado, de ilusión y, por otro, de miedo.

Cuando uno no publicó nunca un libro, da algo de pudor pensar que lo va a leer tanta gente. Cuando yo escribí esta novela no tenía la ilusión de que se publicase como algo concreto. Ahora uno está enfrenteado a un número de personas, a un número de lectores, a algo que no estaba pensado. Da un poco de pudor pensar que toda esa gente va a entrar dentro de este mundo que uno crea cuando escribe y lo hará con todo el derecho a sentir empatía o no y a vincularse con los personajes, con las situaciones o no. Uno siente como que le abre el alma a mucha gente y, obviamente, yo no estoy acostumbrado. Es un poco raro.

Esas son las sensaciones que te puedo resumir después de todo este shock que fue haber ganado el premio.

**Estoy seguro de que las críticas van a ser muy buenas, porque ya las estás teniendo. Es unánime reconocer que tienes una prosa brillante, una prosa fluida, una prosa clásica. Tú eres abogado, Sancho, eres un buen abogado que llevas muchos años en esta profesión, una profesión que conlleva mucha implicación y muchas horas de trabajo. ¿Cómo has llegado a cultivar, aparte del talento innato que tienes, esa prosa tan soberbia?**

Bien, estos son caminos creo que diferentes. Siempre me gustó escribir y fui robándole algunos ratos a mi profesión, a mi trabajo, a mi familia también... Evidentemente, las maneras de encarar el relato y las técnicas de escritura son absolutamente distintas. A veces, uno no puede evitar estar influenciado por el lenguaje forense pero, a veces, mi novela no tiene temática jurídica ni criminal, nada que se relacione con mi profesión. He escrito algunos cuentos en esa temática y ahí es donde brota el abogado y su lenguaje en ciertas cuestiones de estilo que se relacionan con la profesión, pero creo que no es el caso de esta novela porque, justamente, no se han tocado temas ni cuestiones de estas.

Ahora que me lo mencionas, sí... al final tengo alguna alusión a cuestiones de derecho. Por ahí surge un poquito, pero son dos cosas diferentes, son cosas que van paralelas y que tienen poco punto de contacto, más allá de que sí, el ejercicio de escribir acá en Argentina es un procedimiento habitual para mi especialidad, que es propiedad intelectual. Casi todo se hace por escrito, con lo cual uno tiene el ejercicio de escribir.

**Efectivamente, Sancho, la trama no tiene que ver directamente con tu profesión. Es una trama luminosa y, a la vez, inquietante, es un descenso psicológico a las profundidades de la adolescencia y lo haces a través de dos personajes antagónicos. ¿Cuál ha sido el proceso de creación de una trama tan singular? ¿Tiene algo de autobiográfico?**

Por un lado, sí; hay algo autobiográfico. Son dos historias paralelas; una de ellas tiene que ver con un hecho que sucedió en mi infancia, un asunto de bullying que sufrí de una chica y que me dejó una impresión muy fuerte. Se dio la casualidad —y esto también es real— que, por cuestiones azarosas, la madre de esa chica y mi madre terminaron siendo socias en un emprendimiento comercial y yo terminé teniendo una relación, por nuestras familias, que no deseaba; pero resulta que nos encontrábamos en distintos lugares y yo tuve que empezar a interactuar con esta situación y con su hermana. Esto es un poco el inicio de la novela; es una historia real. El resto es ficción, pero lo que sí es real es que todos los lugares donde transcurre toda esta primera parte de la historia son de una casa en las afueras de Córdoba. Es un entorno real, todos los lugares que tienen que ver con mi infancia. Vuelvo a la cuestión de las dos historias paralelas: la segunda historia la empecé a esbozar en un pequeño relato. Cuando empecé a escribir la novela necesitaba una contrapartida a esta parte de júbilo de la infancia y del despertar sexual; necesitaba una contrapartida,

una parte un poco más oscura. Me vino como anillo al dedo aquel texto que yo había escrito, que me permitió ir desarrollando el personaje, emanándolo a partir de estas primeras palabras que transcurrían en una habitación de un hotel, las de un personaje atormentado, sin hogar, con su vida que transcurría en distintas habitaciones, en distintas ciudades y, al final, no tenía un anclaje claro. Y, a partir de ahí, se fue armando una historia paralela que se complementó bastante bien con la historia principal. La fui encarnando, capítulo a capítulo, y así se estructuró esta novela compleja, con esta característica de pasar de la luz a la oscuridad en cada capítulo y de tener contrapeso.



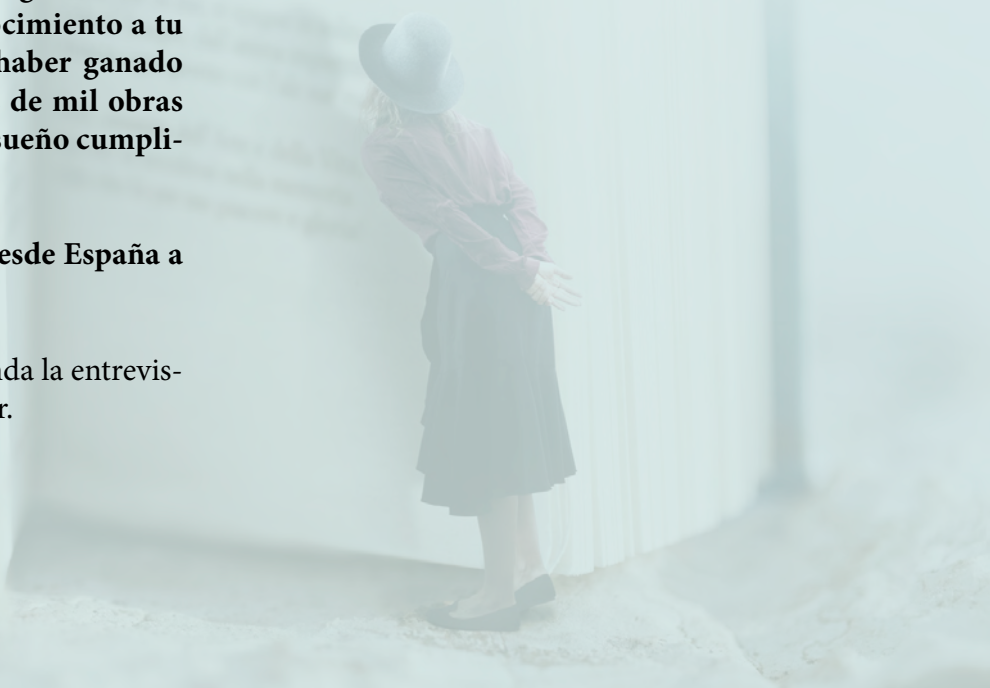
**¡Qué interesante, Sancho! Me alegra que hayas llegado hoy al gran público, que tu novela esté ya a la venta en las librerías y en los plataformas de internet, porque es un placer poder tener esa narración de manera asequible. Es una obra que recomendamos leer desde aquí. Una última pregunta: ¿estás trabajando en otros proyectos? ¿Estás escribiendo otra novela? Cuéntanos cuáles son tus futuros proyectos, Sancho.**

Sí. Desde ya. El día del premio ya se me instaló el deseo desatado de seguir escribiendo y arrancar con algo más. No es que no lo tuviera de antes, pero se potenciaron mucho las ganas de seguir escribiendo. Tener una recepción positiva alienta mucho y aporta mucho a la seguridad personal y a escribir con más convicción de que lo que uno empieza va a terminar en algo sólido y compacto. El mayor problema, cuando uno está en una novela —es lo que me pasó en esta—, es esa incertidumbre de si va a terminar y si vas a poder cerrar todas las líneas argumentales, los personajes y demás de una manera coherente para que alguien lo lea. Hasta que uno no lo hace y lo prueba, siempre tiene la inseguridad lógica, creo, de que la historia se pierda, sea aburrida, no esté bien relatada... Cuando uno ve que esto da sus frutos y que la novela está en las librerías, se encara con otro optimismo, con otras ganas; y eso fue lo que hice. Empecé, tengo una cosa empezada, muchos personajes colgados, pero tengo la fe de que, basado en que me ha ido bastante bien con la primera novela, va a funcionar. Eso es lo que resulta diferente. Saber que uno tiene cierta experiencia, que esa experiencia fue buena y que va con otra confianza. Tengo bastantes cosas diseñadas y páginas escritas. Con mi anterior trabajo me tomé mi tiempo y tuve paciencia; la paciencia fue la clave para que saliera algo bastante potable. Ahora pienso hacer lo mismo. Dejar que las ideas maceren, decanten e ir con esta tranquilidad de que el tiempo realmente mejora lo que uno hace y las primeras ideas que uno tiene.

**Estoy seguro de que los lectores de tu primera novela estarán impacientes por que saques nuevas obras. Es un placer escucharte hablar desde la humildad que tienes, cómo desmenuzas el proceso creador y cómo reflejas esa inseguridad que has podido llegar a tener y que, de alguna manera, todavía tienes, a pesar del reconocimiento a tu novela y a tu prosa magistral y de haber ganado el Premio Clarín de Novela con más de mil obras presentadas. Eso es, desde luego, un sueño cumplido, y con mucho merecimiento.**

**Sancho, un abrazo muy grande desde España a Argentina. ¡Un placer, Sancho!**

—El placer es mío. Ha sido muy linda la entrevista y, cuando quieras, volvemos a charlar.



## Entrevista de Gonzalo Sáenz a Daína Chaviano



Es un placer enorme para mí poder presentaros a Daína Chaviano, una escritora consagrada, considerada como una de las tres mejores escritoras de ciencia ficción y literatura fantástica junto con Angélica Gorodischer (Argentina) y Elia Barceló (España) con quienes integra la llamada “trinidad femenina de la ciencia ficción”.

**Hola, Daína. Encantado de poder entrevistarte para la revista *Literatura Abierta*.**

Muy buenas, Gonzalo. Estoy de verdad muy agradecida y emocionada por esta oportunidad.

**Yo sí que estoy emocionado, porque es un verdadero privilegio poder conversar con una mujer que ha consagrado su vida a la literatura y que ha llegado a tener tanto éxito, con una prosa tan singular y magistral como la tuya. Tengo que decir que eres licenciada en Lengua y Literatura Inglesa, pero que ya desde niña, desde estudiante, escribías y llegaste a recibir en Cuba un premio literario, el primero que se otorgaba a narraciones de ciencia ficción. ¿Es así?**

Sí, yo me sumergí en la literatura desde que era niña, que fue cuando empecé a escribir. La verdad es

que no pensaba ser escritora, pero a pesar de eso seguí haciéndolo. Recibí mi primer premio en la primera convocatoria que se hizo para un concurso dedicado exclusivamente a la ciencia ficción. Fue mi madre la que me dijo: “¿Por qué no envías algunos relatos? Total, no vas a perder nada, porque ya los tienes escritos”. Y entonces, sin pensarlo ni esperarlo, los envié y obtuve el premio.

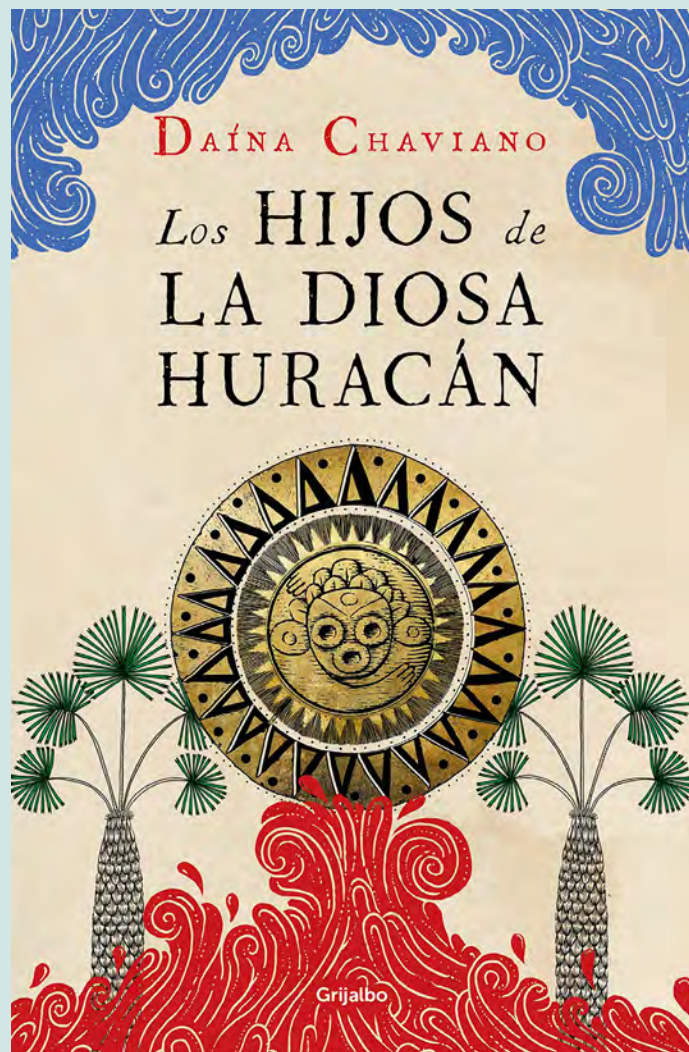
**Luego, en la época de los noventa recibes ni más ni menos que el Premio Azorín por tu novela *El hombre, la hembra y el hambre*, una novela que tuvo muchísimo éxito, que te dio fama internacional, y que realmente es estudiada incluso en las universidades y desde distintos puntos de vista, no solamente el literario, porque realmente abor das una manera de entender incluso la psicología y la espiritualidad de todo un país, su diversidad cultural... Realmente es una novela asombrosa. Ya hace más de veinte años de aquello. ¿Qué recuerdas? ¿Qué puedes decirnos de aquella época?**

Bueno, yo había salido de Cuba y me había instalado en Estados Unidos. En Cuba tenía ya una carrera, me conocían por varios libros publicados, que siempre llegaban a las listas de los más vendidos, e incluso había tenido un programa de televisión donde comentaba sobre ciencia ficción. Todo fue bastante difícil, porque obviamente cuando llegué a Miami nadie sabía quién era. Fue en el año 1991 y tuve que empezar de cero. Seguía escribiendo, pero no conocía nada del mundo literario fuera de Cuba. Por ejemplo, no sabía que era importante tener un agente literario, porque eso facilita los contactos editoriales. No sabía nada de eso, pero seguí escribiendo. Había terminado ya dos novelas cuando me enteré de la convocatoria para el Premio Azorín. Envié la tercera y última novela que había escrito, *El hombre, la hembra y el hambre*. A partir de ese premio, se me abrieron las puertas. Significó mi entrada nuevamente al mundo editorial, pero esta vez fuera de la isla.

**Y desde ese momento ya no han parado los premios porque los sigues recibiendo. Tengo aquí este libro tuyo, *Los hijos de la Diosa Huracán*, que es impresionante. Invito a todo el mundo a que lo lea, porque es sorprendente. Es un thriller histórico que se mueve entre dos tiempos: a finales del siglo XVI, cuando se producen los primeros contactos entre indígenas taínos y los conquistadores españoles que llegaron a las islas, y en un futuro hipotético cerca-**

no. Y, además, es tremendo porque la obra mezcla el suspense, con el misticismo, la espiritualidad, la historia... No sé cómo puede salir de una mente una ficción tan brillante...

Gracias por los elogios. Y los tomo, digamos, como un regalo al final de un trabajo que duró una década. Esa es la novela que más tiempo he empleado en escribir, porque requirió de una larga investigación, algo que caracteriza mi trabajo. Hago mucha investigación, pero la verdad es que esta fue todo un reto. Y, como bien dices, en una novela donde se mezclan muchos temas y puntos de vista. Me gusta hibridar géneros. La gente suele preguntarme: “Esta novela ¿qué es? ¿Género romántico, fantástico, un thriller?”. Y les respondo: “Es de todo”. Si fuera a clasificarla para facilitarle al lector entender de qué va, podría decir que es un thriller histórico. Es una trama donde hay un elemento de misterio que conduce a una serie de asesinatos y que se mueve entre dos mundos. El primero es la época de la conquista. Transcurre en el momento en que llegan los españoles y empiezan los primeros contactos con los nativos, en este caso, los indígenas cubanos: los taínos. Al mismo tiempo, se va desarrollando una historia paralela, que ocurre en un futuro más o menos cercano al que algunos lectores han calificado de ciencia ficción, porque describe una Cuba donde tienen lugar las primeras elecciones democráticas, después de casi un siglo, entre varios partidos. Allí se produce un descubrimiento extraordinario en una cueva. No voy a decir de qué se trata. Solo diré que encuentran tres elementos que no deberían estar ahí por razones históricas. Toda esa trama futura se va alternando con la historia del pasado y, obviamente, ambas tienen una relación que no se devela hasta el final. La novela aborda muchos temas. Por ejemplo, he tratado de analizar la tristemente célebre leyenda negra española, pero a partir de hechos históricos reales, porque en toda historia no hay nada ni nadie que sea completamente bueno, ni completamente malo. Hubo indígenas y pueblos enteros indígenas que traicionaron a los suyos para unirse a los conquistadores, y viceversa. Ciertamente que durante la conquista se cometieron asesinatos y masacres, pero entre los conquistadores españoles también los hubo que trataron de defender a los indígenas y de contrarrestar estos hechos. Todo esto se muestra en la novela. Además, también trato de dar una nueva visión reconstruida del mundo taíno, que no se conoce. Ni siquiera los cubanos, si se les pregunta, saben realmente cómo era ese mundo, porque en la literatura se ha hablado mucho de culturas indígenas como la maya y la azteca, pero poco o nada sobre las culturas del Caribe. Quise recrear todo un universo y explorar la espiritualidad y la vida familiar de los indígenas cubanos.



**Esta novela ha recibido a posteriori el premio literario más importante de Florida, que no es el primero de ellos que obtienes, sino el segundo, porque también lo recibió tu novela *La isla de los amores infinitos*, donde igualmente encontramos, por cierto, el tratamiento de la diversidad cultural. En tus obras aboradas las diferentes psicologías y tradiciones culturales que integran un país o una civilización. Creo que es algo que caracteriza tu literatura y que quizá emane de tu propia vida, porque tus orígenes son también multiculturales, franceses y españoles. ¿Es así? ¿Es posible que tu propia vida haya influido en tu literatura?**

Así es. Hay incluso un concepto, relacionado con eso, que me gusta citar: el concepto de la memoria genética. Pienso que, si escuchamos lo que nos dicen el alma, el cuerpo, los genes, llegamos a tocar nuestros orígenes. Quizás por eso empecé a escribir esta serie de novelas donde exploraba las diferentes etnias que componen la nación cubana —la española y la africana son las más conocidas—, pero en *La isla de los amores infinitos* me sumergí también en el universo de la etnia china, que es un elemento importante de la cultura cubana, y en el cual, por alguna razón extraña, ningún



escritor cubano había indagado a profundidad. Traté de reflejar toda esa complejidad étnica a la novela. Lo mismo me ocurrió con *Los hijos de la Diosa Huracán*. Después de terminar *La isla de los amores infinitos*, y mientras repasaba la bibliografía que consulté para esa novela, me di cuenta de que en esa exploración de la cultura cubana faltaba el elemento indígena, que no había abordado. Por eso decidí escribir *Los hijos de la Diosa Huracán*. Pero vuelvo a lo de la memoria genética. Hace poco me hice unas pruebas de ADN, con dos de esas compañías donde uno envía muestras de saliva para conocer los orígenes genéticos. Resulta que llevo sangre indígena. Es un porcentaje pequeño, pero tengo genes taínos. Muchas veces se ha dicho que los taínos se extinguieron, pero no es así. No solo quedan sus genes entre nosotros, sino que incluso hay familias enteras, que viven en el oriente de Cuba, que descienden directamente de esa etnia. También encontré que poseo genes del norte de África, eso que llaman el Magreb (Argelia, Libia, Marruecos, Sáhara Occidental, Túnez); también de Escocia, del sur de Francia, de Irlanda, de España, de Portugal, y de otras regiones más. Es decir, cargo con una mezcla sanguínea enorme, y creo que mi interés por la hibridación cultural en la literatura me llega a través de mis genes. No en balde he trabajado con tantas mitologías de todas partes. Y me gusta pensar, quizá un poco poéticamente, que esto tiene que ver con mis genes.

**Daína, al hilo de lo que estás diciendo, estoy pensando en la teoría de Richard Dawkins, que considera los genes como una unidad evolutiva fundamental y con entidad propia, y desde luego, seguramente tengas muchísima razón en lo que estás diciendo. Nuestra carga genética, esa información que se va almacenando tiene una identidad en sí misma y resulta que son los genes —y no las personas— los agentes sobre los que opera la evolución. Y, para terminar, Daína, te quería preguntar por tus futuros proyectos después de estos libros maravillosos. ¿Hacia dónde se está encaminando tu literatura? Porque, bueno, la aboradas desde los cuentos, la poesía, la novela... ¿En qué te estás ocupando ahora?**

Soy bastante supersticiosa con relación a mis libros. Jamás revelo un título hasta que no está publicado, y tampoco hablo mucho de lo que estoy haciendo. Pero para tratar de responder a lo que me preguntas, digamos que estoy regresando a mis orígenes literarios, aunque de una manera diferente. Quiero regresar a la ciencia ficción, pero no descarto seguir hibridando géneros. Por el momento, estoy escribiendo cuentos. Después de una novela tan larga, deseaba hacer

algo distinto y me he sumergido en un libro de relatos. Tengo otros proyectos de novela, pero decidí tomarme un descanso trabajando en algo opuesto a lo que he hecho últimamente.

**Pues deseando que lleguen al mercado, deseando leerlos, porque de verdad que todo lo que llega de ti es maravilloso, y ahí está ese reconocimiento internacional que tienes, que no es para menos. Así que, Daína, de verdad, un placer haberte tenido con nosotros en *Literatura Abierta*. Un fuerte abrazo.**

Igualmente. Muchas gracias.



# 54<sup>ta</sup> EDICIÓN FERIA DEL LIBRO VALLADOLID | DEL 4 AL 13 DE JUNIO

PLAZA  
MAYOR



## Reseña: *Señorita*, Juan Eslava Galán

Juan Eslava Galán. Premio de novela Fernando Lara 1998. Editorial Planeta.

Por Luis Miguel Rufino.

Acabo de terminar de leer una novela que me recomendó Menchu Sarrión a raíz de un comentario que hizo en Facebook: «Eslava me dio clases y me dijo que la había escrito con la técnica del *bestseller*: anticipar y no contar». Me llamó la atención aquel comentario y tuve curiosidad por saber qué era eso de *anticipar y no contar*.

Por aquello de *anticipar*, vaya por delante que soy un entusiasta seguidor de Juan Eslava Galán desde que me dejó sin reaccionar, sentado de culo una semana seguida, tras haberme bebido de un tirón su *En busca del unicornio* (1987), con la que ganó el premio Planeta de aquel año. Últimamente, lo que más disfruté de su producción fue *La mula* (2003), aunque también he pasado momentos memorables oyéndole dictar algunas conferencias y charlas, donde siempre sabe mezclar la dosis justa de erudición y amenidad con un discurso cargado de socarronería y fino sentido del humor. Adicionalmente, y a través de su prosa, me parece haber deducido que Eslava, además de un gran historiador, es un hombre aficionado al rijo, lo cual es un detalle que conforta bastante.

*Señorita* (1998) ganó el premio Fernando Lara de aquel año y trata, fundamentalmente, de aviones, de espionaje y de amor. Una novela de ficción histórica.

La acción fluye en el periodo que va desde julio de 1936 hasta la segunda mitad de 1945, es decir, desde el inicio de la Guerra Civil Española hasta un poco más allá del final de la II Guerra Mundial. La historia se mueve gracias a tres personajes fundamentales: Carmen, una modistilla sevillana que pierde todo lo que tiene, su padre y su hermano, activistas comunistas, fusilados en las primeras horas del Alzamiento Nacional en Sevilla; Rudolf, un noble prusiano, barón, brillante piloto de la Luftwaffe; y Yuri, cuyo padre, agricultor, sabe escalar socialmente gracias a la política y consigue que su hijo se convierta en un mediocre piloto de las Fuerzas Aéreas soviéticas. La narración va saltando continuamente de Sevilla a diferentes puntos de Alemania y de Rusia, con la agilidad de la cinematografía; también pasa circunstancialmente por Lisboa y París para tener su clímax en Sevilla y



resolverse muy lejos de allí, en Ekaterimburgo, en los confines de Rusia. Los cambios de escenario son muy rápidos y, prácticamente, coinciden con cada capítulo, en cuyo encabezamiento se suele enunciar el punto geográfico donde discurre. Si dividimos las 448 páginas que tiene la edición que he manejado entre los 106 capítulos, cada capítulo se resuelve, de media, en cuatro carillas. Muy cortos.

De la novela tengo que decir cosas buenas y otras no tan buenas. Quizás las buenas contengan a las otras y viceversa. Eso suele ir en gustos.

Lo bueno: la novela engancha, el tema es interesante, el dinamismo del estilo impide que haya parones en la acción —salvo en las ultimísimas páginas—; los personajes, tomándolos uno a uno, son creíbles y están bien contruidos —a pesar de algunas inconsistencias que ocurren cuando Eslava los relaciona entre sí—; y los escenarios están bien dibujados. Uno puede decir que ha estado allí. En el despacho de Stalin, en el aristocrático castillo de los von Balke, en el corra-

lón de vecinos de Triana. El lenguaje es cómodo para cualquier lector, aunque solvente. Eslava, de vez en cuando, deja caer alguna palabra suelta que —si eres de los *hartibles* como yo— tienes que buscar inmediatamente en el diccionario, por curiosidad, lo cual es bueno porque así todos avanzamos y mejoramos. Los términos usados en ruso y alemán no suelen estar directamente traducidos —¿para qué usarlos entonces?—, sino que, en la mayoría de los casos, el autor los explica sin hacer ostentación de la explicación.

Por otra parte, me he permitido buscar la biografía de algunos personajes secundarios y, para mi contento, he descubierto que una parte sustancial de ellos son reales. Algunos Incluso mantienen el nombre y apellidos. Hablamos de miembros del PCE, del PCUS, de ases de la aviación alemana y soviética, de la nomenclatura de Hitler y de la de Stalin. Otros solo están inspirados, como el gobernador militar de Sevilla con Queipo, al que Eslava solo le cambia el nombre y su manera de abandonar esta tierra. El resto, incluida la casa donde vivía en la calle Jesús del Gran Poder y quiénes eran sus amigos, parece que está fidedignamente sacado de la realidad.

Juan Eslava Galán demuestra un conocimiento desmesurado de dos temas (entre otros muchos): la historia y la política de los tres países concernidos durante el periodo en cuestión; así como de la aeronáutica militar, de las destrezas que deben atesorar los aviadores en el combate para hacerse con los aviones, y de los complicados entresijos mecánicos y técnicos que estos requieren para levantarse del suelo y volver a él sin más contratiempos. Lo cual está bien, sin duda, se aprende y hace que uno a veces se sorprenda, pero, otras veces, Eslava incurre en una innecesaria prolijidad en los detalles —no siempre precisos para entender el curso de la narración—, que complican y distraen en el seguimiento de algunos lances.

Hay detalles que no parecen verosímiles como, por ejemplo, que una chica joven y sin experiencia en nada, pobre e inculta, que vive en una corrala de Triana, pueda suplantar a la hija de un marqués de Madrid con el entrenamiento forzado que le dan durante un mes. En ello se empeñan tres mentores: una francesa, un argentino y un ruso. Por muy guapa, lista y naturalmente elegante que sea, solo por el asunto del acento sevillano versus el madrileño, aquello no funcionaría (*My fair lady*). Sin embargo, el maestro Eslava no se deja coger en esa auto celada y ya se preocupa de que la acción discurra por los cauces adecuados para que esa inconsistencia jamás llegue a materializarse.

Se nota que el autor tiene gusto por el tema cuando describe a los milicianos, a los legionarios, a los regulares, a los militares en general. También domina las complicadas relaciones que se daban entre los anarquistas, los comunistas y los socialistas, las diferentes facciones enfrentadas entre sí dentro del bando republicano. Da precisas pinceladas sobre cómo funcionaba un ejército y cómo lo hacía el contrario, con las consiguientes relaciones entre la soldadesca y el mando. Unos años más tarde, cuando sacó *La mula* (excelente novela ya citada más arriba y pésima película) Eslava, confesaría que desde pequeño exprimió todos los recuerdos que su padre tenía de la Guerra Civil, con los que fue capaz de componer una *casi* biografía de este en aquel libro.

Eslava se permite licencias con los nombres de algunos personajes, lo cual nos regala algunas gotas de un humor bien destilado. Por ejemplo, hay una señora sevillana que ostenta el título de marquesa de Pingüesarcas. Todos los milicianos tienen por primer apellido un pueblo de la provincia de Jaén (la tierra del autor) y de segundo un adjetivo curioso. El aviador alemán se mueve por Sevilla conduciendo un Studebaker igual que el del mosaico gigante que hay en la calle Tetuán. Tienen cierta gracia los nombres (reales) de las asociaciones de las que provenían los milicianos voluntarios: «Ateneo Ecléctico», «Liga de Esperantistas Antiestatales», «Asociación de Naturistas Pentálicos» o los «Filis de Puta». Por terminar, la sargento auxiliar (prostituta redimida por la Revolución) que dispensa favores sexuales a los milicianos previa entrega de un vale expedido y firmado por el coronel («Vale por *dose por vos*») se llama Evangelina Mollar Parihuela. Evangelina vive una tierna escena junto a otro sargento que tuvo la feliz idea de cambiarse el nombre de Juan de Dios por Juan de Lenin.

Por terminar —no sé si será cuestión de la edición digital que he manejado—, pero me ha sorprendido que la edición no esté demasiado cuidada en algunos detalles. (Ya se sabe que cuando una novela gana un premio como el Fernando Lara, la editorial corre mucho para tener el libro impreso en las tiendas a poquísimos días de la cena de entrega en el Alcázar de Sevilla). Da la impresión de que, por las prisas, se hubiera editado y maquetado con poco cariño, sin que el texto haya sido revisado por un número adecuado de ojos, los que se necesitan para evitar según qué errores (saltos de línea indebidos, o suprimidos, diálogos mal puntuados, inconsistencias entre los titulares...). En este sentido, también me ha dado la impresión de que Eslava se esmera mucho en algunos pasajes, desa-

rrollando una prosa muy cuidada, pero en otros corre que se las pela y no repasa (ni tiene quién le repase): verbos o sustantivos repetidos en dos líneas seguidas, conceptos o información ya dicha al lector que repite sin que sea necesario o sin que sea un recurso literario al uso, o que todas las mujeres bellas que son descritas a lo largo de la obra tengan, aproximadamente, la misma estructura y consistencia corporal.

En definitiva, no es una gran novela, pero tampoco es cuestión de estar todo el día leyendo *Guerra y paz*. Por el contrario, sí es una narración amena e instructiva, por lo que me parece una buena idea dedicar un tiempo a conocer la historia de Carmen Albaida, su peripecia como mujer honrada, falsa aviadora, espía circunstancial y enamorada pertinaz; su trepidante peripecia y su sorprendente final.



## Reseña: *El síndrome de Bergerac*, Pablo Gutiérrez

Por José R. Cortés Criado. Doctor en Filología Española, Profesor Investigador de la Universidad de Málaga (UMA). Experto en Literatura Infantil y Juvenil.

“El orgullo no sirve para nada, es un lastre. Si yo me dejara dominar por el orgullo, habría renunciado a hablar contigo, por ejemplo, o con Connor. No se lo ponéis fácil a un chico nuevo en este instituto”. Pedro Gutierrez: *El síndrome de Bergerac*.

Pablo Gutierrez escribe esta obra inspirándose en un grupo de alumnos que con dieciséis años se empeñaron en montar *Cyrano de Bergerac* y tuvieron un enorme éxito en su instituto; contaron con la ayuda de una madre que cosía estupendamente, unos compañeros de clase de música que amenizaron la representación, un maestro de esgrima, unos profes entusiastas...

Con esa idea, el autor crea una serie de personajes de bachillerato, matriculados en Literatura Universal, que deciden montar esa obra de teatro, de sus problemas como actores y como personas, surge una trama muy bien hilvanada que entremezcla ensayos, preocupación por el montaje y desavenencias personales entre los alumnos.

Cuentan a su favor con el apoyo de la nueva profesora de la asignatura, de la de música, de una madre costurera, de un padre tramoyista, electricista y carpintero, y el recelo del equipo directivo que no sabe muy bien cómo acabará eso.

La historia se cuenta en tres actos: el primero, *La extraña*, hace referencia a esa profesora nueva que llega al instituto y al tanteo entre ella y el alumnado hasta que llegan a conocerse un poco; el segundo, *La hermandad*, se refiere al grupo formado para llevar a cabo el proyecto, se denominan *Hermandad de la Sagrada Nariz*; y el tercero, *Traición y rescate*, que tiene que ver con el desenlace de la obra.

La narradora es una de las protagonistas, es el alma de la representación, es la que adapta la obra al momento actual, se sabe todos los papeles..., en fin la directora de todo, aunque no lo quiera reconocer. Nos lo cuenta a modo de recuerdo de ese año tan importante en sus vidas y nos va descubriendo la personalidad de cada uno de ellos y, sobre todo, resalta el papel tan importante que jugó la Literatura en ella y los demás.



A lo largo de las páginas hay un canto a grandes obras literarias, por un lado, un guiño al mundo de la Literatura Infantil y Juvenil, con la saga de *Harry Potter* escrita por la autora británica J. K. Rowling y sus personajes destacados, y *La amiga más amiga de la hormiga Miga*, de Emili Teixidor, *El guardián entre el centeno*, de J. R. Salinger; por otro, a grandes obras de la Literatura Universal: *Cyrano de Bergerac*, *Romeo y Julieta*, la *Ilíada*, la *Odisea*, el *Decameron*...

Lo mejor de la novela es la fuerza que va cogiendo página tras página. Cuando comencé a leerla pensé que estaba ante una historia como muchas otras y algo sososa, pero pronto cambié de idea. La trama toma agilidad y te atrapa poco a poco, en el segundo acto ya no pude dejar de leer y me contagié del ánimo del alumnado y su afán por hacer algo importante. Lo leí de un tirón y muy entusiasmado.

Seguro que muchos alumnos se sienten reflejados en alguno de los personajes, en el montaje de la obra y en los problemas que surgen entre ellos, ya sean celos, reproches, enamoramientos, abandono del grupo, reencuentro, en la convivencia con el profesorado y en su amor por los libros.

Este libro, que recibió el XXIX Premio Edebé de Literatura Juvenil 2021, nos muestra una comedia heroica y divertida donde amor, soledad, bravuconería, amistad, fidelidad... se dan la mano y nos hacen reflexionar sobre la vida misma.



# Reseña: *Ocultos en el bosque*, Mitsumasa Anno

Por José R. Cortés Criado.

Mitsumasa Anno ha recibido los mayores reconocimientos artísticos y literarios: Medalla Kate Greenaway (1974), Manzana de Oro de la Bienal de Ilustración de Bratislava (1979), Premio de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil de Bolonia (1980), Premio Hans Christian Andersen (1984)...

*Ocultos en el bosque* se publicó en Japón, en 1977, es un clásico de la ilustración nipona, su autor nos adentra en un bosque desde diferentes perspectivas, con una visión múltiple del entorno, en el que sitúa un centenar de seres vivos, ya sean humanos, simios, reptiles, aves, mamíferos, insectos... algunos domésticos y otros salvajes.

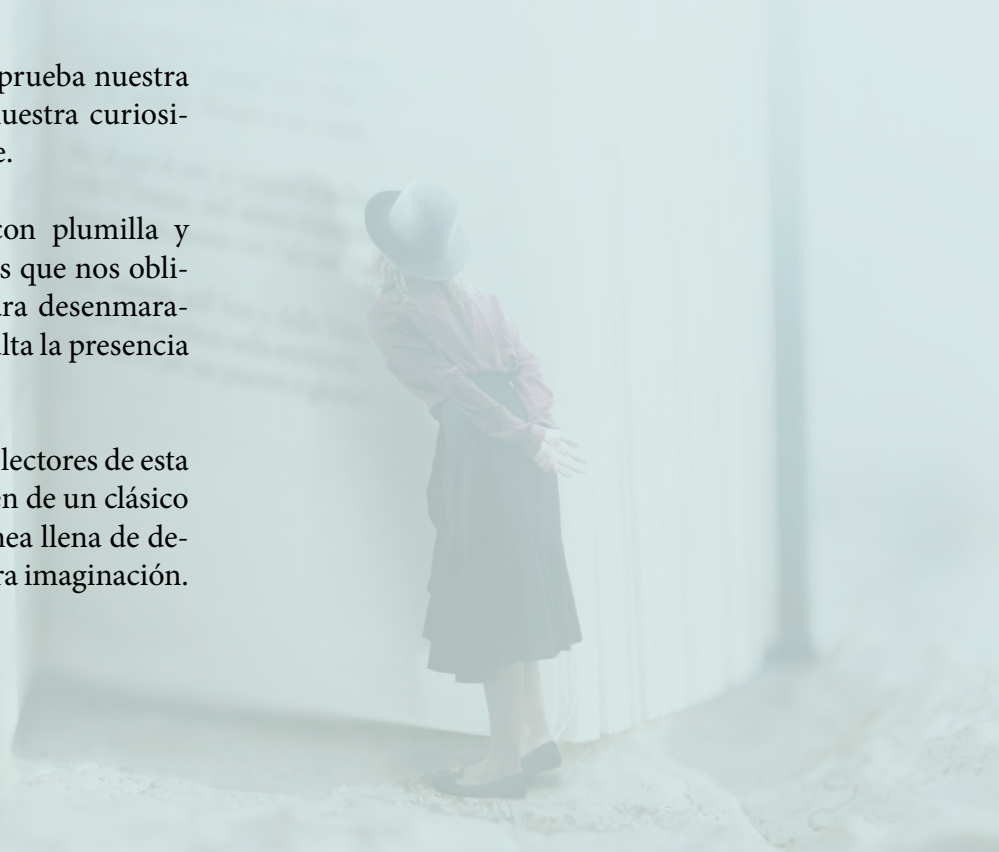
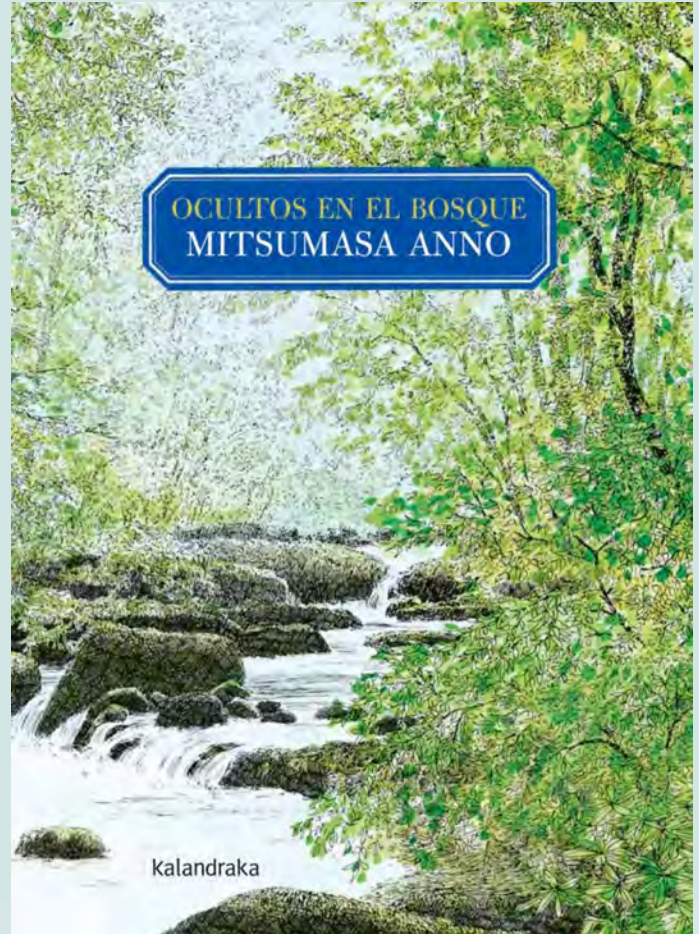
En las páginas de este libro no hay más letras que las del título y el nombre del autor, es una obra visual en su integridad, que nos lleva de viaje a un entorno verde en el que debemos prestar atención a las hojas y al tronco de los árboles para detectar sus misteriosos personajes.

El lector debe relajar la vista antes de abrir el libro y, después, sin prisas, escudriñar todo matorral, sombra, camino, árbol..., porque no es tarea fácil descubrirlos, yo he necesitado más tiempo del que sospeché y no estoy seguro de haber descubierto a todos los visitantes de este mágico bosque.

Estos dibujos sirven para poner a prueba nuestra agudeza visual, nuestra inteligencia, nuestra curiosidad y nuestra capacidad de aprendizaje.

Las ilustraciones están creadas con plumilla y acuarela, y juegan con ilusiones ópticas que nos obligan a precisar nuestra observación para desenmarañar esa masa verde y negra que nos oculta la presencia de seres magistralmente camuflados.

Espero que los pequeños y grandes lectores de esta colección de Libros para soñar, disfruten de un clásico de la ilustración japonesa contemporánea llena de detalles y precisión para desarrollar nuestra imaginación.





## Reseña: *A tumba abierta*, Joe Hill

Por **Ginés J. Vera**.

Nada más abrir el libro *A tumba abierta* (Nocturna), de Joe Hill, superado el índice, el hijo de Stephen King nos regala una deliciosa introducción llamada: *¿Quién es tu padre?* En ella no solo habla de su relación con aquel.

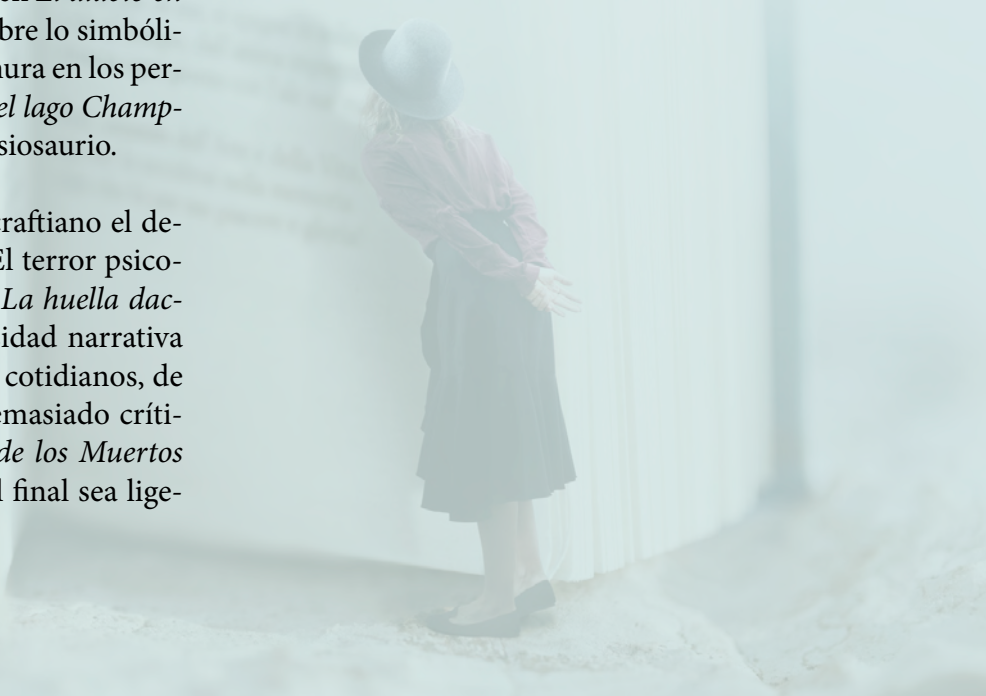
También de sus lecturas, de cómo llegó a ser escritor. Porque Hill es un novelista superventas como lo atestiguan títulos como *Cuernos* (2010), *NOS4A2: Nosferatu* (2013) —adaptada a la televisión por AMC— o *Fuego* (2016).

En esa introducción nos habla de una especie de juego al que les gustaba jugar a ambos, a King y a Hill cuando este era pequeño. Uno que tiene que ver con la película *El diablo sobre ruedas* de Spielberg. Quizá por eso la portada y el primer relato que encabeza estos trece es *Acelera*. Escrito a cuatro manos con su padre evoca a ese otro relato *Duelo* que sirviera de inspiración al cineasta y al propio Hill. HBO prepara la adaptación de esta novela corta, *Acelera*, con lo que su lectura nos resultará doblemente atractiva. Entre este *Acelera* y el último de los relatos, *En la hierba alta*, coescrito también con su padre (además de que sirvió de inspiración para la película estrenada en 2019 por Netflix, encontramos once historias terroríficas.

El terror de lo cotidiano, de conflictos humanos, de situaciones verosímiles incluso cuando algunos elementos fantásticos se nos aparecen como tras la niebla, en el andén de un tren o en nuestro propio hogar. Quizá sorprenda el aura de misticismo en *El diablo en la escalera*. Quizá nos invite a pensar sobre lo simbólico en *La estación de Wolverton*. Hay ternura en los personajes de *Junto a las aguas plateadas del lago Champlain* cuando hallan lo que parece un plesiosaurio.

En cambio, se me antoja casi lovecraftiano el desarrollo de *El carrusel de las sombras*. El terror psicológico es el verdadero protagonista en *La huella dactilar*, *Rosas* o *Queda libre* por la intensidad narrativa y el tratamiento de Hill de los horrores cotidianos, de nuestros miedos inconfesos. Sin ser demasiado crítico, creo que *Tuiteando desde el Circo de los Muertos* tiene un buen formato aunque quizá el final sea ligeramente predecible.

Trece relatos componen como decía este *A tumba abierta*, trece historias no aptas para timoratos/as o supersticiosos/as. Trece inquietantes puertas abiertas al horror, al miedo, a lo siniestro y lo fantasmagórico de la naturaleza humana con Joe Hill como maestro de ceremonias.



## Reseña: *A fuego lento*, María Amor y Javier Martín

Por Ginés J. Vera.

El libro que traigo aquí hoy, *A fuego lento* (Almuzara), de María Amor Martín y Javier Martín, me ha llegado muy dentro por dos caminos. El literario y el gastronómico.

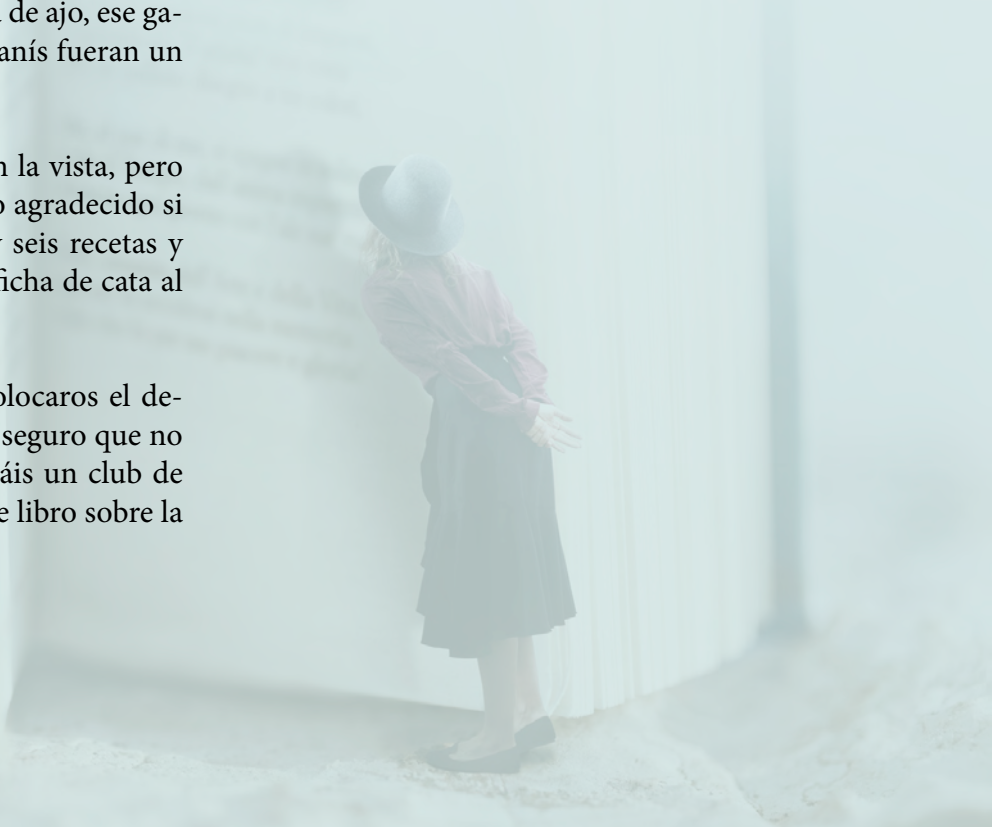
Me siento a la mesa, me coloco la servilleta y os comento. *A fuego lento* es un libro de relatos, eso de aperitivo, es una antología de historias a cuatro manos, las de María Amor y Javier Martín. Historias divertidas, reflexivas, hilarantes y, sobre todo, vertiginosas. Algo así a irse de pintxos o de tapeo.

Personajes como una ministra de Hacienda, un presidente de Gobierno, la cocinera de ese mismo cargo comparten mesa metafórica en estas páginas con un chapuzas, un librero, una madre o una adivina por poner algunos ejemplos. Todas y todos tienen algo en común, eso que vertebra este *A fuego lento*, eso que me ha ganado también en lo extraliterario. Lo gastronómico.

Se olía ya, sin duda, como el guiso de una madre conforme nos acercamos a la cocina. Y es que en *A fuego lento* sus autores se valen de recetas tradicionales, modernas unas, más clásicas otras, mediterráneas, americanas, asiáticas; ya entrantes ya primeros platos ya postres, para maridar estas historias con un plato, su preparación y un vino singular. Cada receta genera así una historia aderezada con sus ingredientes, como si esas migas, esa merluza con muselina de ajo, ese gazpacho manchego o esas rosquillas de anís fueran un personaje más en cada relato.

*A fuego lento* se lee, se disfruta con la vista, pero ay, que también notaremos el estómago agradecido si nos dejamos llevar por estas sesenta y seis recetas y los vinos que las acompañan —con la ficha de cata al final del libro.

Os animo a leer, a disfrutar y a colocaros el delantal de cocina con este *A fuego lento*, seguro que no os faltarán amigas y amigos si organizáis un club de lectura o un club gastronómico con este libro sobre la mesa. A vuestra salud.



## Reseña: *Necios y ridículos*, Gonzalo Calcedo

Por Ginés J. Vera.

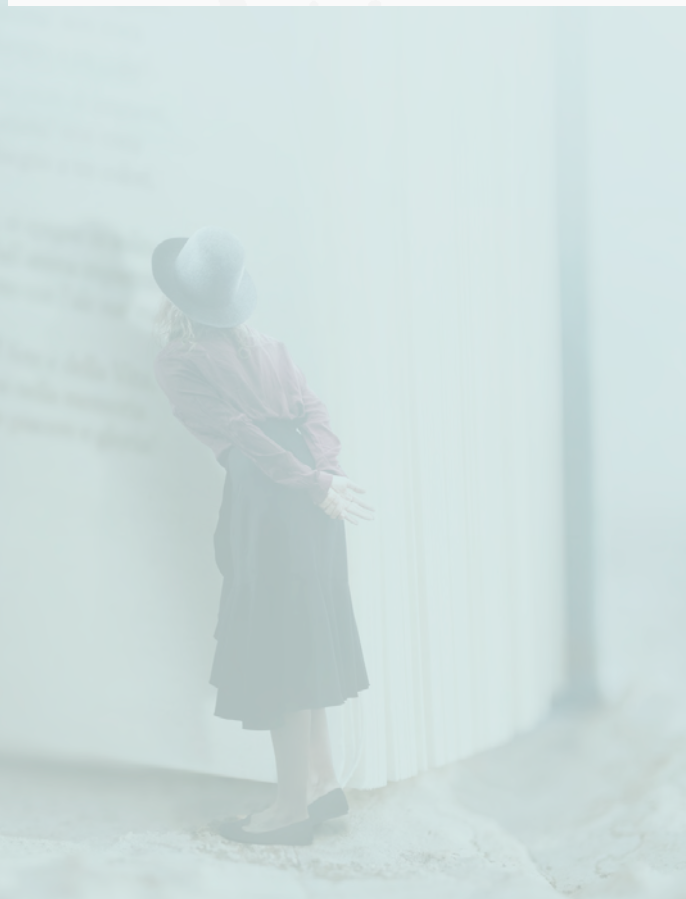
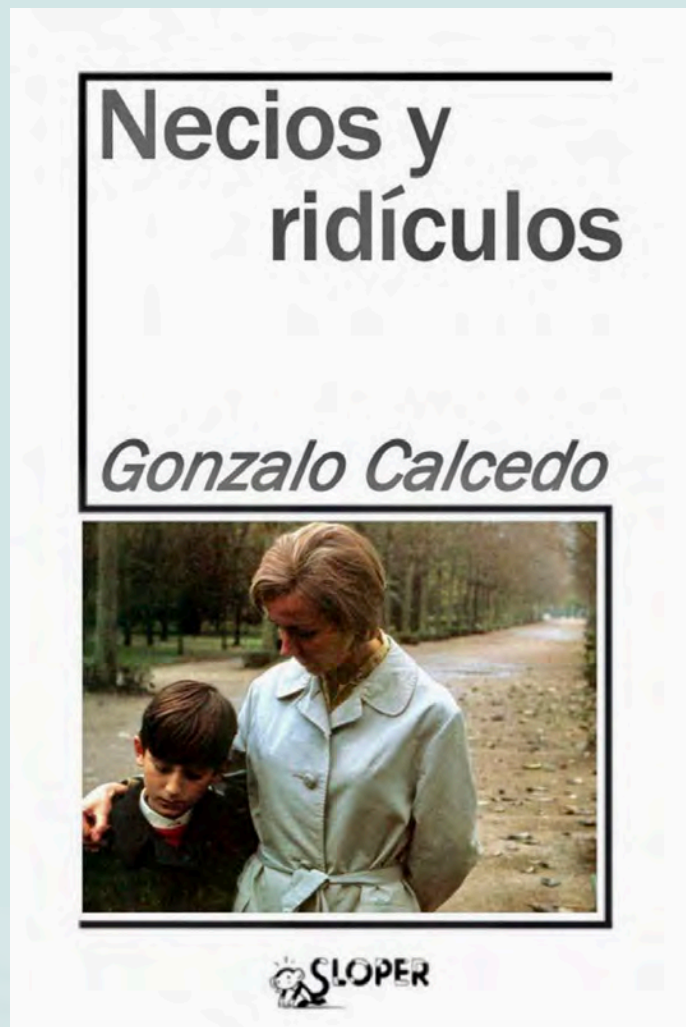
He disfrutado con los siete relatos de *Necios y ridículos* (Sloper), de Gonzalo Calcedo. Son siete historias en la que la mayoría de los protagonistas son jóvenes. Adolescentes a veces, carne de instituto o de los problemas familiares. También hallamos a una madre en busca de su hijo o a un veinteañero con aspecto de boxeador.

Calcedo no tiene piedad con sus protagonistas, les sitúa en la cruda realidad, confiando en la fuerza motivadora de estos para salir airosos de situaciones complejas. El protagonista de *El bidón de bencina* se mueve entre el descaro y la valentía, reverberan las hazañas escolares con su compañero en una búsqueda diaria de esa heroicidad adolescente, disconforme con el mundo y sus reglas. Algo parecido a Jana, en el relato que da título al libro. Las decisiones racionales como las irracionales marcarán su devenir, hay una sucesión de apegos y desapegos vitales, una suerte de dolor, penitencia y purgatorio cotidiano.

En *Del montón* nos sumergimos en la épica de la protagonista en un instituto escolar, en el rompecabezas de quien busca su lugar entre las astillas de un sistema fracturado y corrupto. Quizá los dos relatos más descarnados sean *Abierto las 24 horas* y *La barrera del sonido*. Quizá porque en el primero de ellos los dos protagonistas sean una pareja a la que se le une un tercer elemento catalizador de una manera sutil, sibilina, casi centrípeta.

En *La barrera del sonido* una madre busca a alguien desde el dolor, la culpa y el pequeño infierno de ser consciente de ello. Con la prosa descarnada y directa, llena de imágenes orfebres, Calcedo pinta, testimonia y retrata siete historias para leer y reflexionar durante y tras el punto final de cada relato en *Necios y ridículos*.

Gonzalo Calcedo (Palencia, 1961), funcionario en excedencia, es autor de una quincena de libros de relatos, entre ellos, *Esperando al Enemigo* (1996), *La Madurez de las Nubes* (1999), *Apuntes del Natural* (2002), *El peso en gramos de los colibríes* (2005), *Saqueos del corazón* (2007), *Cenizas* (2008), *El prisionero de la Avenida Lexington* (2010) y *Siameses* (2011). En 2003 publicó la novela, *La Pesca con Mosca*. Ha participado en numerosas antologías como *Los Cuentos que Cuentan* (1998), *Cuentos de Hijos y Padres* (2001), *Lo que Cuentan los Cuentos* (2001) y *Cuentos contemporáneos* (2001), obteniendo, entre otros, los premios NH en todas sus modalidades, Alfonso Grosso, Tiflos, Caja España, Cortes de Cádiz y Hucha de Oro.

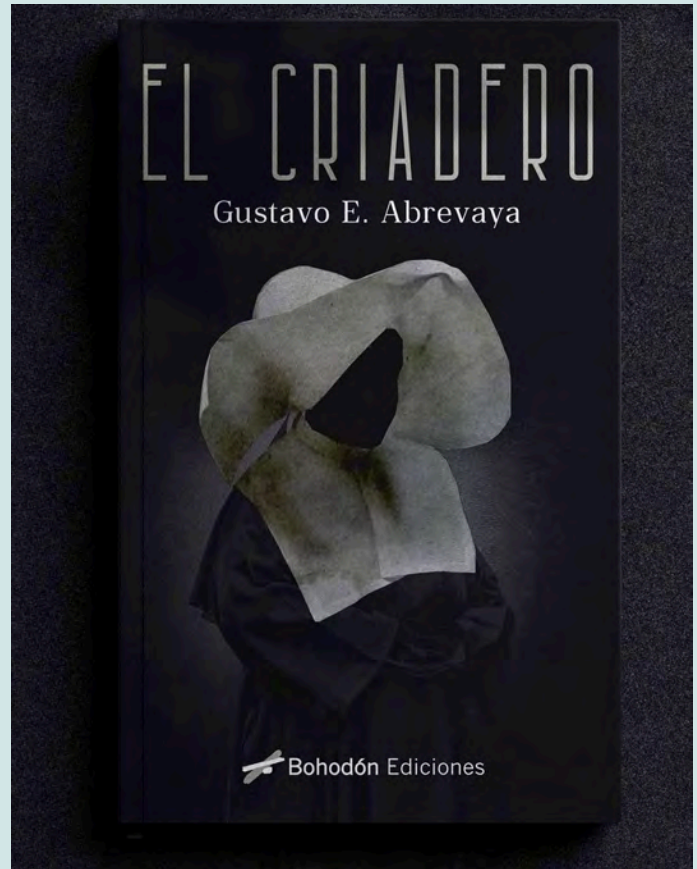


## Reseña: *EL criadero*, Gustavo E. Abrevaya

Por José Luis Muñoz.

Hay formas de atrapar al lector. El argentino Gustavo E. Abrevaya, psiquiatra en ejercicio, maestro de tramas, personajes y atmósferas, se las sabe todas. Pero *El criadero*, nombre siniestro por lo que el lector irá descubriendo a medida que devore las páginas de esta novela adictiva publicada en Argentina por Revólver, tras ser premiada con el José Boris Spivacow, y publicada en España por Ediciones P. G. (mis felicitaciones por tan buen ojo), no tiene trampa ni cartón, nos mete de un zarpazo, desde el segundo cero, en la pesadilla de Los Huemules, el escenario. *En este pueblo están todos locos, a la noche matan a la gente y al día siguiente salen a trabajar.*

Imaginemos un pueblo perdido en el desierto, la nada, que se llama Los Huemules, en referencia a unos míticos ciervos. *Se incorporó, abrió la puerta, caminó hasta que la luz amarilla lo tomó y, entonces, justo enfrente suyo, vio un huemul. El animal pastaba junto a un árbol, gritaba un poco, se detenía, alzaba su cabeza y Álvaro notaba por las astas que era joven y no creía lo que veía, el huemul giraba hacia él, su hocico se abría, venteaba a Álvaro y volvía a pastar.* Cérvidos que fueron exterminados por los cazadores (que siguen cazando otras criaturas) de ese pueblo que no aparece en ningún mapa, cuyos habitantes viven de acuerdo a sus propias leyes primitivas, bajo la égida de un sacerdote fanático, el Padre Dupree, el cacique. A ese pueblo, las casas (porque no parece ni urbanizado, como muestra la excelente portada de la novela), va a parar, por una avería fortuita de su cupé Chevy (también en la portada), Álvaro, un obseso del cine que todo lo filma con su cámara. *Elizabeth, I give you Eternal life-recitó Álvaro mostrando sus incisivos. Y era Gary Oldman, qué duda podía haber.* (Gustavo E. Abrevaya ha visto mucho cine y se nota porque su narrativa remite automáticamente a imágenes), y su novia Alicia. *Álvaro se detuvo mirándola caminar. Desde atrás veía el ángulo de ella que más amaba, montado sobre dos piernas que generaba y en las bases los pies sufriendo como los apóstoles el rigor del desierto. Alicia de espaldas era su perdición.* La pareja se aloja en un motel tan siniestro como el de Norman Bates. *Entrando a la habitación nada resultaba demasiado novedoso, salvo la idea misma de un albergue transitorio en el desierto, detrás de un basural habitado por gaviotas, a la entrada de un pueblo que por ser las siete parecía demasiado vacío.* Y Alicia, una noche, mientras Álvaro duerme, después de una sesión de sexo satisfactorio, que incluso gravan con la cámara, desaparece sin dejar rastro porque quizá vio lo que no debía ver.



Si hubiera que buscar un adjetivo, uno solo, para *El criadero*, yo elegiría siniestro. Los Huemules y su criadero, el cotolengo que regenta Sor Aurora, no es un buen lugar para perderse. *Este pueblo parece estar maldito, nace gente malformada. No sé si eso tenga una explicación, parece una revancha del destino, cuantos más mataron más nacieron.* Página a página, el autor va lanzando sutiles sondas al lector que lo preparan para un ritual que tiene lugar cuando se pone el sol en Los Huemules. *La maldición eran los débiles mentales, los mestizos, gente que nacía de uniones prohibidas. Padres conviviendo con sus hijas, eso es lo que más se ve, también hay muchos casos de hermanos entre sí, hubo casos en que una madre quedaba embarazada de su propio hijo, a veces no se podía saber de qué hijo se trataba.*

Adereza la trama el autor argentino con zarpazos siniestros de humor negro y salvaje en, por ejemplo, la conversación entre Álvaro y el eviscerador, que le muestra los cadáveres anónimos, y en no muy buen estado, del depósito, para que los identifique, uno de los tramos más duros del libro porque al lector se le comen las larvas y siente en la piel el horror de la muerte. *Mire, yo conozco a todo el mundo, así que me encargo de identificar los cuerpos, aunque no es mi trabajo, ya le dije, acá*

*hago de todo. Y si no puedo yo, siempre viene alguien. Habrán sido los perros cimarrones, seguro, bichos peligrosos, dan trabajo a la morgue. Pero con éstas comieron como jabalíes, han roído hasta el hueso, vea, a una le falta el maxilar inferior, se lo sacaron de cuajo. Y a la otra le comieron toda la frente y un parietal está impracticable. Qué va a hacer, son gajos del oficio, dijo la mandarina.*

Con maestría descriptiva y un uso eficaz de los diálogos, el argentino dibuja personajes con fuerza y cuatro rasgos. *Álvaro es el perfecto complemento, el ying del yang, duro y distante, mal afeitado, perfil castigador, el pucho cuelga de su boca, los Ray Ban espejados reflejan el horizonte mortífero mientras se mantiene con una sonrisa suave, apenas insinuada.* Toda buena película no es tal sin sus secundarios, y por extensión, toda buena novela. En *El criadero* están ahí, mientras transitamos con Álvaro por Los Huemules. Aurora, la monja que solo mueve la cabeza; el obeso padre Dupree, el dios que maneja los hilos; el corrupto policía Ayala, que nada hace, un Quinlan sacado de *Sed de mal*; Saviona, el encargado de la morgue, el eviscerador; Castelo, el abogado morfinómano. ¿Hay alguien normal? No, porque estamos en el terreno de la monstruosidad. Una pintura negra de Goya, la mejor etapa del pintor, sin duda.

Gustavo E. Abrevaya no obvia detalles escabrosos, por necesarios. Las buenas novelas emocionan, o conmocionan, o te vuelven del revés el estómago. *Álvaro miró las manos pero estaban destruidas, se veían las mordeduras, faltaban algunos dedos. Pidió verla desnuda. Saviola resopló, la sacó de la bolsa y la recostó en el suelo.* Tampoco la violencia: uno siente los mordiscos y los disparos que se prodigan. Un escritor es lo que lee, también lo que ve en este mundo de imágenes. Así es que *El criadero* remite a *La carretera* de Cormac McCarthy, *La isla del Dr. Moreau* de H.G. Wells, *El ángel exterminador* de Luis Buñuel, las pinturas negras de Goya, *Las babas del diablo* de Julio Cortázar y *Carretera perdida* de David Lynch. Un buen combinado.

Lean esta novela de una tacada. El argentino maneja los tiempos y el ritmo es imparable. Fraseado breve, diálogos eficaces y atmósfera que hasta se huele. Hibridación perfecta, aunque monstruosa, claro, al cruzarse novela negra con fantasía y terror. Gustavo E. Abrevaya no decepciona ni en su final, a la altura de todo el artefacto literario inicial, y allí borda con hilo de oro esta obra maestra que eriza los vellos y nos hace pensar en el horror conradiano, y en el horror de las juntas militares argentinas. El mejor libro de género negro que he leído últimamente, sin duda. Sería un delito perderse semejante monstruosidad.



**SALVADOR ROBLES MIRAS**

# **CONTRA EL CIELO**



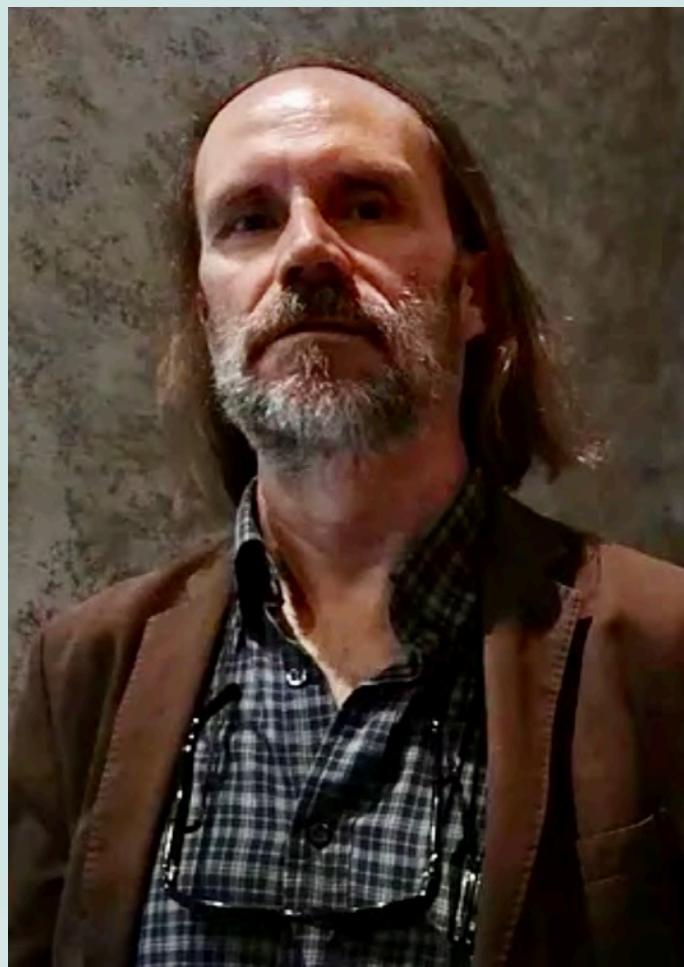
TORRE DE TIS

## Artículo: Sobre la mala y la buena suerte

Por Salvador Robles Miras.

No conozco a nadie que escriba un excelente libro por suerte, o que pinte un cuadro maravilloso por azar, o que termine triunfalmente una carrera universitaria por casualidad —excepción hecha de los privilegiados a quienes les regalan títulos en algunas universidades—, ni tampoco sé de nadie que coseche la admiración de los demás merced a la buena fortuna (hablo de la admiración genuina, no de la adulación interesada). Pudimos conocer de casualidad a la persona a la que amamos y nos ama, pero sólo nos mereceremos el amor (no meramente la pasión) de esa persona si contraemos los méritos suficientes en nuestro quehacer cotidiano. Sin embargo, sí conozco a unas cuantas personas que no han podido escribir ningún libro excelente por la mala suerte que les ha perseguido durante casi toda su existencia; también conozco a congéneres que, a pesar de sus indudables dotes intelectuales, no gozaron de las oportunidades suficientes para emprender la carrera universitaria que anhelaban; asimismo, sé de otros que, en la flor de la vida, cuando se sentían dichosos de lo que eran y de lo que hacían, fueron vapuleados por una enfermedad terrible que truncó sus proyectos presentes y futuros... (Ay, mi difunto hermano).

La suerte es fundamental en la vida. Bueno es que tengamos presente esta obviedad no sólo en los momentos malos, sino también cuando las cosas nos vayan bien, incluso cuando triunfemos a lo grande en alguna actividad artística o laboral. Sin suerte, en mayor o menor grado, el éxito resultaría imposible. La humildad es imprescindible para seguir haciéndonos merecedores del éxito real o virtual (el que cosecharemos algún día). Sin esfuerzo, el éxito auténtico (no hablo de popularidad o de dinero) se antoja una quimera. Pero podemos esforzarnos al límite de nuestras posibilidades y, en cambio, no lograr nuestros objetivos, por infortunio o porque no damos la talla. Llegados a este punto, nuestra esencia genuina debería aflorar con ímpetu arrollador atronando nuestras entretelas: “Hiciste lo que podías y debías. Estoy orgulloso de ti”. Y, entonces, independientemente de lo que la suerte (la derivada de las circunstancias, los genes o la lotería de la fatalidad) haya determinado, habremos gozado del éxito auténtico, el que dictamina el juez más justo de todos. Qué suerte tener el privilegio, el mérito más bien, de confiar la suerte de nuestra vida a esa entidad intangible que nos acompaña, día tras día, en la soledad más solitaria, la que nadie podrá arrebatar nos nunca: nuestra conciencia.



**Salvador Robles Miras, nacido en Águilas (Murcia) y residente en Bilbao, es periodista y pedagogo. Ha publicado más de 30 libros de narrativa, ensayo y novela.**

**Entre los premios que ha obtenido, están: Premio de Relato Valentín Palacio, Premio de Relato Francesc Candel 2013, Premio José Rodríguez Dumont 2014, Premio de Relato del Ayuntamiento de Cornellá 2017, Premio de Relato Carmen Holgueras 2018, Premio La Pluma del Guirre, Premio Wilkie Collins de Novela Negra 2016. Su novela “La exclusiva del asesino” fue finalista del Premio Euskadi de Literatura al Mejor Libro del Año (2016).**

## Artículo: El arte moderno y el sueño, Ángela Martín del Burgo



**Por Ángela Martín del Burgo. Novelista, autora teatral, poeta, doctora en Filología y profesora de Lengua española y literatura.**

Fernando Pessoa nos decía que *El arte moderno es arte de sueño* y que, *Si alguien quisiera resumir en una palabra la característica del arte moderno, la encontraría perfectamente en la palabra sueño.*

Contraponía el vértigo y la rapidez de la vida moderna a la lentitud y claridad del sueño: *“Cuanto más rápida y turbia es la vida moderna, más lento, quieto y claro es el sueño”.*

Años antes, Baudelaire, el poeta de la vida moderna, afirmaba igualmente la felicidad que es soñar y la gloria que es expresar lo que se soñaba:

*“De día en día el arte va perdiendo el respeto a sí mismo, se prosterna ante la realidad exterior, y el pintor*

*se vuelve cada vez más propicio a pintar, no lo que sueña, sino lo que ve. Sin embargo, soñar es una felicidad, y era una gloria expresar lo que se soñaba; pero, ¡qué estoy diciendo!, ¿conoce ahora el pintor esa felicidad?”.*

Hacia estas afirmaciones en un artículo de estética titulado *“El público moderno y la fotografía”*, publicado como Carta al director de la *Revue Française*, pues, como ustedes ya saben, Baudelaire fue, además de poeta, crítico de arte.

El sueño era divisa del simbolismo, y conducía al poeta soñador a vivir y expresar los éxtasis y visiones a que aquel lo arrastraba. Visiones donde el objeto contemplado terminaba por desaparecer en beneficio de una visión vaga, melodiosa y vertiginosa al mismo tiempo.

El sueño era común denominador de las distintas artes; no sólo de la poesía, de la literatura, pintura, fotografía..., sino también y, específicamente, del cine, esa linterna mágica o máquina de sueños, como se le ha llamado.

*“Cuando el cine no es documento, es sueño”*, escribía Ingmar Bergman. *“Cine como sueño, cine como música. No hay arte que, como el cine, se dirija a través de nuestra conciencia diurna directamente a nuestros sentimientos, hasta lo más profundo de la oscuridad del alma”.* Y afirmaba: *“Fellini, Kurosawa y Buñuel se mueven en los mismos barrios que Tarkovsky (en el espacio de los sueños)”*<sup>1</sup>, a quien juzgaba el más grande de todos.

Recordemos aquel bellissimo sueño de *“El discreto encanto de la burguesía”*<sup>2</sup> de Luis Buñuel:

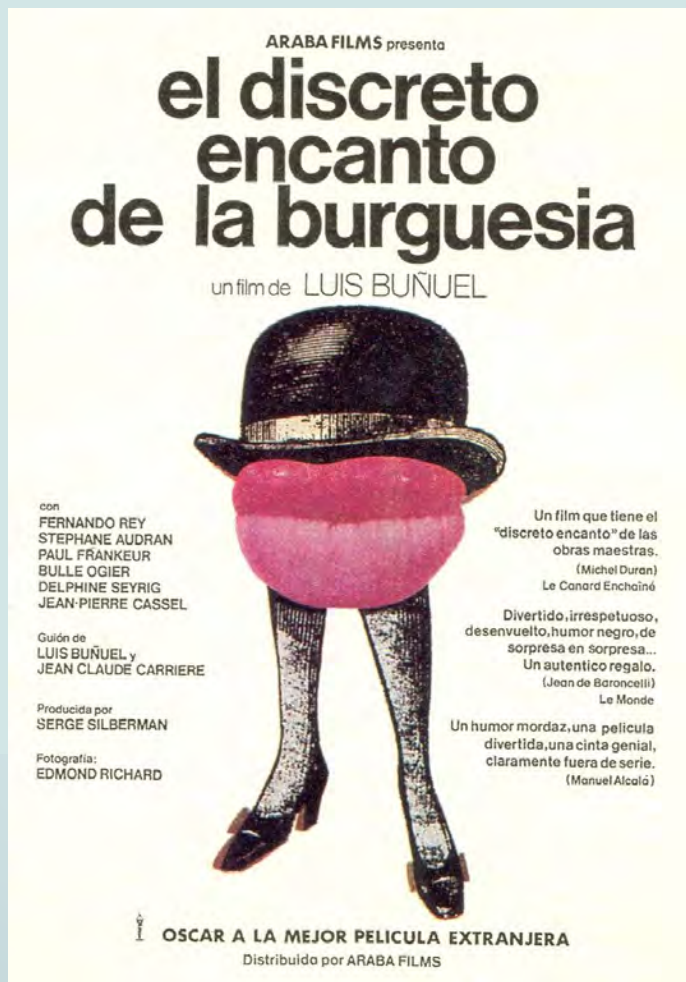
Un joven soldado transita un atardecer por una calle comercial, vacía de gente; un tañido fúnebre de campanas es el único indicio de lo sobrenatural, que nos sobrecoge. Se encuentra con un antiguo amigo; éste le dice que ahora vive aquí y que lleva seis años. *“¡Estás pálido!”*, exclama él. *“¿Y tú? ¡No te has visto!”*, le replica el amigo, que desaparece de la escena. El soldado encuentra a un segundo conocido, que le hace saber que aquél lleva muerto seis años, y, tras decir esto, también se ausenta de la escena.

<sup>1</sup> Ingmar Bergman, *Linterna mágica*, 1987, Editorial Tusquets, Barcelona. Traducción de Marina Torres y Francisco Uriz.

<sup>2</sup> Luis Buñuel, *El discreto encanto de la burguesía*, 1972. Guion de Luis Buñuel y Jean Claude Carrière. Protagonizada por Stéphane Audran y Fernando Rey, entre otros.



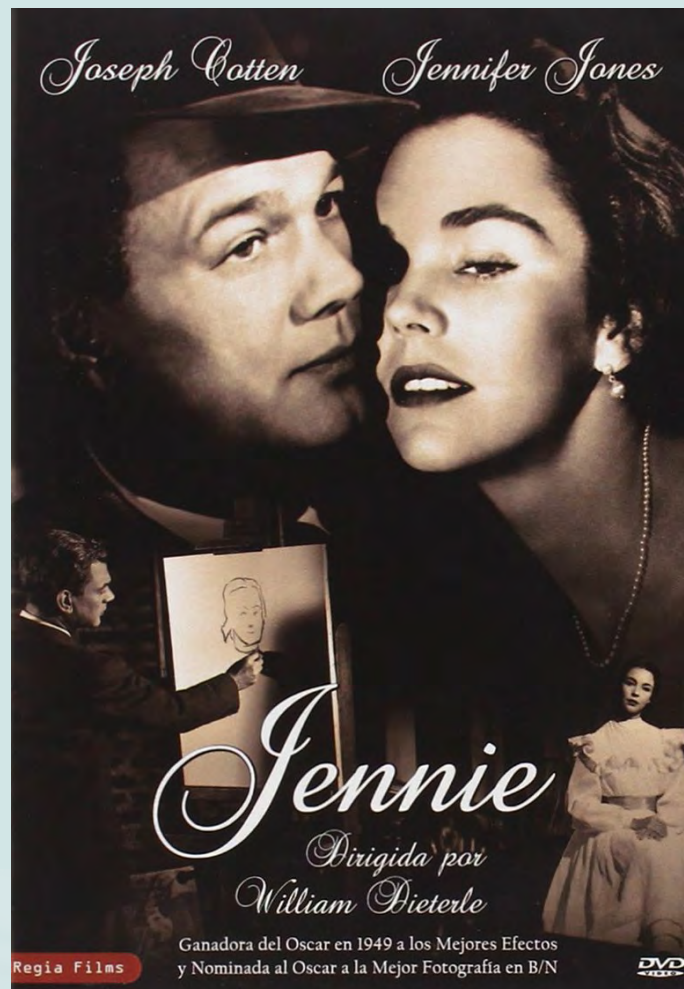
El joven sigue caminando por la misma calle solitaria. Se cruza con una muchacha rubia, de pelo largo y vestido blanco. Se cogen de la mano y él le recrimina que le hubiese rechazado tiempo atrás. Ella dice que lo ha buscado. Él le habla del conocido recién encontrado y va a buscarlo para presentárselo, pero cuando regresa sin haber encontrado al amigo, ha desaparecido la mujer. Y entonces grita: “¡Madre, te busco entre las sombras!”



La piel del espectador se eriza al escuchar aquello. Pocas veces el cine, dotado de una magia semejante —recordemos *Jennie*<sup>3</sup> de William Dieterle, obra precisamente muy del gusto de Luis Buñuel—, tiene la fuerza suficiente y la maestría como para atravesar fronteras, y, entre éstas, las más tercas y recalcitrantes, de la vida y de la muerte, de lo innombrable, y ello gracias a la virtud del amor, del amor soterrado del hijo por la madre.

Estupenda y poderosa lección de surrealismo y lección de cine. Es Buñuel rebelde hasta con el misterio, invocándolo a viva voz, trayéndolo a escena, sirviéndolo en bandeja ante los ojos asombrados, emocionados y agradecidos del espectador.

Y es que el sueño es motor y revulsivo mágico del surrealismo, pues nada como el mundo de los sueños puede subvertir el mundo de apariencias y orden de la vida cotidiana, cuya falsa claridad inútilmente oculta la oscuridad luminosa del corazón y de la mente humana.



Ángela Martín del Burgo es novelista, autora teatral, poeta, doctora en Filología y profesora de Lengua española y literatura. Sus últimas novelas publicadas son: *Un camerino en el María Guerrero*, *El recitador de poemas*, *El mundo entero pasa por Marsella* y *Asesinato en la Gran Vía*.

3 William Dieterle, *Jennie* o *Portrait of Jennie*, 1948. Protagonizada por Joseph Cotton y Jennifer Jones. Música compuesta por Claude Debussy y Dimitri Tiomkin.

## Artículo: Arrecia el *todismo*



**José Javier Muñoz. Periodista de RTVE durante cuatro décadas, doctor en CCII y exprofesor en las dos Universidades de Salamanca. Autor principal de veintitrés libros, con referencias en cuatrocientas universidades de Europa y América. Entre los libros sobre Comunicación: *Redacción periodística: teoría y práctica. Argot del periodismo actual* (prólogo de Gonzalo Torrente Ballester). *Diccionario de Periodismo. ¿Globalización o incomunicación?* Seis novelas publicadas, entre ellas *¿Quién mató a Larra? El anzuelo de Bagdad. La baraja del duque de Otranto*. Premios de novela: José María Pereda, Juan Pablo Forner y Zayas de Madrid. Premios de ensayo: Sociedad Castellano-Manchega de Sociología, Príncipes de Tadmur y Gran Vía. Premio Certamen Internacional de cuentos Lena. Finalista, entre otros certámenes de novela: Fernando Lara, Herralde, Carolina Coronado, Felipe Trigo, Dulce Chacón, Barbastro y Wilkie Collins de novela negra.**

Propongo a los colegas escritores, en particular a los noveles, que sometan sus originales a la siguiente prueba en el ordenador: escribir en la casilla “buscar” del editor de texto las letras *tod*, para que aparezcan las veces que utilizan la palabra *todo* y sus derivados (*toda, todos, todas, totalmente...*).

Verán que sobran la mayoría de esas palabras, así como *absoluto* y los adverbios *siempre, jamás, nunca...* Son correctas y se ajustan a la realidad cuando se aplican a hechos incuestionables, como que *todos* vamos a morir y *siempre* que llueve escampa. También sirven de recurso retórico, ya sea poético, coloquial o publicitario (la publicidad se lleva la palma en la utilización de términos enfáticos), en cuyos casos disculpamos la inexactitud que conllevan porque inconscientemente ponemos un filtro reductor a la exageración. El problema se da cuando se abusa del lenguaje “total” y además en mensajes que deberían ser cultos, objetivos o realistas.

Lo cierto es que cada vez se utiliza con más frecuencia. Si aplicamos el espíritu crítico a la radio, los periódicos y las revistas, la televisión y las páginas informativas o literarias de internet, comprobaremos que el *todismo* se ha convertido en una plaga. En la radio y la televisión, particularmente, apenas hay improvisaciones, entrevistas, crónicas, concursos o anuncios que no incluyan sin venir a cuento alguno de los términos *todo, absolutamente o siempre*.

Para hacer lo más completo y objetivo posible el análisis de los escritos de mis alumnos de la facultad de periodismo, diseñé hace un cuarto de siglo un método de evaluación de la redacción que incluye seis aspectos: contenido, estructura, léxico, sintaxis, ortografía, tono y valores artístico-literarios. En lo que concierne al léxico, la corrección de cerca de seis mil ejercicios me demostró que el *todismo* es indicio de una de estas tres condiciones: exageración temperamental, pereza mental o pobreza expresiva.

Pero su proliferación en ambientes presumiblemente cultos rebasa esa explicación individual. Cabe hablar de una mentalidad lingüística totalitaria: una forma de enfocar las cosas y las ideas como si fueran de una sola pieza, sin matices ni excepciones. A la hora de definir, explicar o relatar, la solución generalizadora consiste en recurrir a un cómodo conceptualismo absoluto. Además de la falta de originalidad que denota, achaco la expansión del fenómeno a tres motivos. Por una parte, a pereza intelectual; es más fácil hablar a bulto que afinar. En segundo lugar, a una mentalidad demagógica que tiene que ver con el igualitarismo mal entendido: enfocar a las personas, las ideas y las cosas como si fueran de una sola pieza, sin matices ni excepciones. En tercer lugar, a la creciente

sacralización de lo mediocre, de la uniformidad y del término medio. Y en el trasfondo late la maldición de lo políticamente correcto. En el subconsciente colectivo se ha instalado un indicador que avisa de que es más seguro el *totum revolutum* que lo minoritario, disidente o excepcional.

La cuestión no es baladí porque las palabras compartidas y más usadas son indicios del estado intelectual y moral de una sociedad. Como puso de relieve el entonces director de la Real Academia Española, Víctor García de la Concha, con ocasión de un encuentro internacional sobre léxico latino celebrado en Salamanca, «Las revoluciones culturales comenzaron con revoluciones léxicas. La fijación de los términos influye de forma directa en estos cambios».

Así nos va en la información, la publicidad, la educación, la literatura y la política.



 | **35** FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO DE GUADALAJARA®



27 nov  
5 dic ▾ **2021**

**P  
E**

**R** INVITADO  
DE HONOR

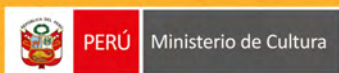
**U**



EXPO GUADALAJARA ✕ [FIL.COM.MX](http://FIL.COM.MX)



PREMIO  
PRINCESA  
DE ASTURIAS  
**2020**  
CONSEJO Y PROMOCIÓN



## Relato: *El equipaje rojo*, Mar Sancho



**Mar Sancho. Poeta y narradora, pertinaz viajera, crítica y articulista. Ha publicado libros de poesía, relatos y novelas breves. Su obra literaria ha recogido numerosos premios nacionales e internacionales y ha sido traducida al inglés y al francés.**

«Con tal atención y ahínco procuraban mis ojos desquitarse de la privación en que durante diez años habían estado, que tenía suspensos todos los demás sentidos, y por todas partes hallaban impedimentos a su distracción, que así la sonrisa de aquel rostro angelical con su antiguo atractivo me embelesaba». Había abierto el libro por una página cualquiera y leído la primera frase hallada, pareciéndome incomprensible y a la vez repleta de significaciones. Era un tomo voluminoso, amarillento, con el cansancio manándole del lomo. Recuadrado por guirnaldas vegetales el título en oro, la *Divina Comedia*, precedía a un retrato oval de Dante y después, en letras esbeltas y de menor tamaño, decía *Edición ilustrada por el notable artista inglés Juan Flaxman*. La cerradura de la maleta había cedido con facilidad. A la primera incisión con el abrecartas, sin que fuera preciso recurrir como otras veces a herramientas más vigorosas, la cajita de la combinación saltó. Las ruletas de números rodaron por la tarima, primero raudas, después apaciguadas hasta caer iner-

tes. La apertura de la tapa descubrió un interior de raso fruncido, como si de un joyero con música tintineante se tratase, y un contenido parco que se limitaba a una prenda de abrigo y un libro al que el ajetreo había descolocado del orden que hubo de ocupar en un momento inicial. Posé el libro sobre la mesa, embebido aún en su frase recién leída, y desdoblé el abrigo. Era rojo, de tinte intenso, y de un tamaño tan comedido que solo podía pertenecer a una mujer. Al girarlo, su interior se mostró esplendoroso, más bermejo aún, y dejó escapar la remembranza de un perfume dulzón capaz de extirparme del pensamiento a Dante para sugerirme el porte de su propietaria. Hundí las manos en los bolsillos a la busca de algún hallazgo que me revelase nuevos indicios y, al fondo de cada uno de ellos, encontré un par de guantes suaves, con los manguitos más largos de lo habitual, que imaginé sugerentes, alcanzando casi el codo de una desconocida que, aún en el aeropuerto, rellenaría formularios de reclamación ante el mostrador de la compañía aérea. Cerré las fauces de la maleta y acaricié su lomo nacarado hasta apaciguarla, me senté después sobre ella, deposité el abrigo en mis piernas y, sin pretenderlo, abrí de nuevo el corpulento libro. «No sé si fue larga su respuesta, porque estaba ya delante de mis ojos la que embargaba toda mi atención. Hallábase sola y sentada sobre la desnuda tierra, cual si hubiese quedado allí para guardar el carro que había atado el biforme monstruo».

La maleta giraba sugerente en la cinta de equipajes número ocho. Destacaba sobre el primer grupo de bultos que se deslizaban procedentes de un vuelo recién llegado desde Berlín y, al contemplar su esmalte rojo, desdeñé el resto de bienes que sinuosamente hacia mí avanzaban. Con frecuencia contemplo el rotar de los equipajes durante largo tiempo, hasta que sus dueños poco a poco van retirándolos y la cinta se detiene para volver a girar con la llegada de otro vuelo con nuevos portes. En ocasiones la elección de una maleta requiere largas horas de expectación hasta que, sorpresivo, brota del hueco un equipaje diferente a los demás, una pieza tan incitante como para merecer el conocimiento de su contenido y la revelación de las historias que encierra. Aquel equipaje rojo, pequeño y resplandeciente, cautivó mi atención como ningún otro lo había logrado antes y, con la premura precisa para que el poseedor de la maleta no la divisase primero, y con la exigida naturalidad para que nadie pensase que no me pertenecía, lo alcé resuelto y partí sin volver la vista hasta salir de la terminal. Hace años

que me empeño en este pasatiempo. Poco después de mudarme al pueblo colindante al aeropuerto, el tedio de las tardes de domingo me sugirió acercarme hasta las terminales y contemplar allí el deambular apremiado de las gentes, sus rostros disparejos que se alejaban para no volver a verlos más, o adivinar sus vidas transitorias con un pasado y un futuro susceptibles de ser inventados en escasos minutos. Cuando este entretenimiento inocuo dejó de satisfacerme, y coincidiendo con mi estancia una tarde tristonera por la lluvia en la zona de recogida de equipajes, resolví de repente sustraer cualquier maleta de una cinta en torno a la cual no habían aparecido aún viajeros reclamantes. Con el corazón redoblándome vertiginosamente la llevé hasta casa,forcé su cerradura, extraje todos los objetos que contenía, los examiné con detenimiento, especulé sobre cada uno de ellos y el uso cotidiano que su dueño les daría y presumí, en fin, cómo sería ese dueño, inventando así una vida con la destreza de un supremo creador. Rehice después el equipaje con minuciosidad, procuré situar cada mínima cosa en el lugar que antes ocupaba, cerré la tapa y lo circunvalé con cinta adhesiva para que no sufriera el riesgo de abrirse de nuevo. El siguiente domingo regresé al aeropuerto y lo olvidé sobre la misma cinta en la había aparecido, consciente de que a pesar del retraso habría de llegar a su dueño. Me aficioné después, sin proponérmelo apenas, a coleccionar una maleta cada semana, exceptuando las fechas navideñas que acostumbro a pasar en casa de mis padres. Desentrañé las posesiones de anodinos hombres de negocios, de amas de casa amantes de grandes valijas, de parejas en luna de miel, de audaces contrabandistas, de viudas opulentas, de impúberes mochileros, de viajeros con muestrarios, de colegiales recién graduados, de frailes misioneros y de octogenarios retornantes de rincones soleados. Nunca determiné leer el nombre que aparecía escrito con tinta borrosa en una ventanilla al costado de la maleta o en etiquetas trabadas al asa, pues tratándose de una aportación insustancial, no me era requerido para deleitarme auspiciando la naturaleza y condición del propietario. Sin embargo, el incomprendible contenido del equipaje rojo, las palabras exquisitas de su libro, y el calor que me infundía aquel abrigo sobre las piernas, sacudieron mi curiosidad hasta hacerme levantar con fervor de la maleta y buscar en ella el fragmento capaz de revelar algo, aunque fuese tan solo un nombre, sobre la mujer a la que pertenecía. De uno de los asideros pendía un papel enfundado en plástico que decía Beatrice *Esterházy*. *Porzellangasse 7, Wien* con una caligrafía abigarrada. Para dotarle de realidad, pronuncié el nombre en voz alta, Beatrice, y disponiendo el abrigo sobre una percha lo

colgué de uno de los brazos de la lámpara, en el epicentro de la habitación, hasta que llegase el siguiente domingo. Su figura vacía se mostraba airosa, seductora, y a su contemplación y a la lectura del libro dediqué la totalidad de mis horas en los días sucesivos. Al llegar al final de sus páginas, comencé a leer la obra de nuevo y así habría proseguido una vez y otra, concluyendo y recomenzando, si no fuese porque, tras detenerme irremediamente en la frase «el respeto que embarga todo mi ser con solo oír las primeras o las últimas letras de su nombre, me hacía inclinar la frente como quien se siente acometido de sueño», determiné hacer todo lo posible para conocer a la enigmática mujer de la maleta. Telefoneé al aeropuerto y solicité que me comunicasen con la sección de equipajes extraviados donde requerí la dirección o el teléfono de contacto que hubiera dejado la señora Beatrice Esterházy para recibir noticias sobre su ausente propiedad. No constaba reclamación alguna bajo ese nombre. Ni mi insistencia inicial ni las subsiguientes llamadas apremiando la búsqueda del expediente de reclamación, quizás traspapelado, surtieron fruto alguno. Con una infinidad de conjeturas palpitándome en las sienas marqué el número de información telefónica y solicité los dígitos para acceder al servicio de información de Austria, en concreto de la ciudad de Viena. Se demoraron considerablemente en la respuesta y, al final, un hombre de voz madura y extrañada, me dictó las cifras y colgó antes de que yo terminase de darle las gracias. Llamaría, demandaría el teléfono correspondiente a ese nombre y dirección, lo marcaría después, sonaría varias veces conquistando con su campanilla alborozada toda la casa, alguien — la casera, su padre, una hermana, su marido— contestaría y me proporcionaría el preciso paradero de Beatrice Esterházy que, llegada al aeropuerto hacía escasos días, no habría de hallarse muy distante de mí. Yo no hablaba alemán y por ello resolví servirme de la tía Etelvina que en su juventud había sido profesora de lengua en el Círculo Germanófilo. Extraje su número de la agenda, llamé iniciando la conversación con las esperadas cortesías y concluí solicitándole el favor, alegando que se trataba de un asunto de negocios. Le prometí acercarme la siguiente semana a tomar el té con ella y abonarle el coste de las llamadas y, tras colgar, mientras aguardaba alterado a que ella llamase para participarme de sus pesquisas, volví a abrir el libro. «¡Oh imaginación, que a veces nos enajenas hasta el punto de no sentir una cosa alguna, aunque suenen mil trompetas alrededor!». Tardó poco y, con su voz menguada, me hizo saber que el listín telefónico de Viena no registraba ningún abonado bajo ese nombre. Por otra parte, la operadora le había infor-

mado de la imposibilidad de proporcionar números adscritos a una dirección. Desalentado, agradecí a la tía Etelvina su gestión y me empeñé el resto del día en telefonar a todos los hoteles de la ciudad. Sustituí a Dante por la guía telefónica y procedí en orden alfabético hasta que, de madrugada y sin ningún fruto, me quedé dormido a la mitad de la letra eme. Cuando desperté, el sol empapaba de luz las paredes y el abrigo rojo suspendido por encima de todo destellaba extremadamente bello. Retomé obstinado la tarea sin levantarme del sofá y comenzaba a abandonar toda esperanza cuando la recepcionista del hotel Plaza contestó a mi pesquisa de manera positiva. La señora Beatrice Esterházy se alojaba en la habitación cuatrocientos seis. Me vestí atropelladamente y salí en dirección a la ciudad. Las calles apenas habitadas a la hora del almuerzo me permitieron llegar raudo, embriagado por la agitación, hasta el establecimiento. Sin planes preconcebidos, entré al ascensor y pulsé el botón que conducía al cuarto piso. Cubierto de una alfombra azul y rizada, el pasillo llevaba hasta las habitaciones. Avancé aturdido por el estrépito de mi propia respiración y, poco antes de alcanzar el final, hallé sobre una puerta idéntica a todas las demás el número cuatrocientos seis en bronce resplandeciente. Estrellé mis nudillos contra la puerta, como si percusionase una melodía mezclanza de temor y de deseo, pero nadie respondió a mi llamada. Las conjeturas se apagaban con la luz cíclica del pasillo y volvían después a encenderse, llevándome a creer que Beatrice dormía o tomaba un baño sin posibilidad de escuchar el repique en la puerta y así me empeñaba en golpear de nuevo con el puño acalorado. Transcurrió un tiempo largo y determiné reclinar me contra la pared para aguardar, en la monótona contemplación de la entrada cerrada a aquel cuarto, la llegada de su huésped. El ascensor arribó repetidas veces haciendo latir mi expectación sin que ninguno de los desconocidos se encaminase hasta la habitación que persistía frente a mí. Poco a poco el inicial desasosiego fue extinguiéndose y el tedio pasó a apoderarse de mis reflexiones hasta sumirme en un sueño incómodo. El equipaje rojo reposaba ajeno a mis anhelos en casa, su propietaria Beatrice Esterházy demoraba su regreso al hotel perniciosamente y yo, abatido sobre la alfombra pisoteada, dormitaba divagando aconteceres que nunca habrían de suceder. El eco seco de un portazo me devolvió la razón y resolví escribir una nota apresurada y escueta en la que informaba a la mujer de cómo el azar me había llevado a hallar su maleta e insistía en mi intención de entregársela en persona lo más pronto posible. Con el mismo esmero caligráfico firmé mi nombre sin quererlo acompañar de apellidos y bajé a

la recepción del hotel donde demandé un sobre en cuya solapilla esboqué mi dirección postal para que pudiera utilizarla a efectos de correspondencia. Encargué al recepcionista aletargado que entregase la misiva a la señora Esterházy en cuanto tuviese ocasión de hacerlo y regresé a casa amparado por las primeras luces de la alborada. En los días sucesivos revisé el buzón pertinazmente sin que la respuesta ansiada apareciese en su interior y, al llegar el domingo, alentado aún por la esperanza, no acudí al aeropuerto a devolver la maleta como siempre lo había hecho. Abrí un hueco ostentoso en mi biblioteca, un estante completo, y deposité en él la *Divina Comedia* no de costado, como reposaban los demás libros, sino de frente, de manera que se pudiera admirar su porte con facilidad. Encerré el abrigo rojo en el ropero, destacaba sobre todas las prendas oscuras y anodinas que allí colgaban e invadía el armario de ese aroma azucarado que durante varias semanas siguió emanando de sus entrañas de lana. Prendí los guantes de las cortinas, cercanos al techo, donde en ocasiones la brisa los agitaba dotándolos de vida como pájaros quiméricos. El caparazón rojo de la maleta quedó sepultado tras los faldones de la colcha, bajo la cama, después de haberle sido extirpado el papel colgante que desvelaba el preciado nombre de su propietaria. Abandoné el hábito de pasar las tardes de domingo en el aeropuerto y sustituí aquella afición por la lectura inmensurable del libro de Dante con un ahínco tal que, a los pocos meses, era capaz de recitar sus párrafos de memoria en el convencimiento de que, aún ajeno a los ámbitos académicos, había logrado convertirme en uno de los mayores expertos en la obra de todo el país. Precisamente una de esas tardes dominicales, al principiar el otoño, repiqueteó jovial el timbre de la puerta. Abrí despreocupado, vaticinando la visita de mis padres o el requerimiento anodino de algún vecino. Era una mujer alta, con un largo gabán ceñido del que tan solo asomaba su rostro blanquecino y armonioso. Tenía los ojos inmensos de color ambarino, idéntico al de sus cabellos, la frente grandiosa y las mejillas redondeadas, apenas sin sonrojo como frutas inmaduras. Pareciera haberme concedido unos instantes para que la contemplase embriagado y después, con voz inesperadamente grave, saludó las buenas tardes y pronunció mi nombre. Comprendí entonces que se trataba de Beatrice Esterházy y quise coleccionarla en el interior de mi casa como desde algún tiempo atrás venía haciendo con sus posesiones. Balbuceé una invitación a que entrase pero la rechazó tajante, relatando apresurada la pérdida de su equipaje la última vez que viajó a la ciudad y la nota que le había sido entregada en el hotel. Fingí desconocer el asunto y alegué que la dirección que le

constaba debía de ser errónea o, más allá, la nota podía ser obra de algún bromista que me conocía y había utilizado mi nombre y dirección con aviesas intenciones. Su mirada permaneció impasible, inundada de incredulidad, insistió de nuevo en el asunto, perseveró en su voluntad de recuperar la maleta extraviada y rechazó mi segunda proposición de cruzar el umbral y buscar juntos una explicación a aquel insólito asunto bebiendo una taza de café. Extasiado por la prestancia de la mujer, resolví adentrarme presuroso en casa y regresar con el bermejo equipaje en el propósito de tornar alegre aquel rostro hasta ahora incommovible. Pero pronto recapacité sabedor de que, incluso en ese generoso caso, la presencia de Beatrice Esterházy era fugaz y, con su partida, yo perdería también aquella parte prodigiosa que ya poseía ella. Recalqué entonces mi desconocimiento de la cuestión, me ofrecí a acompañarla en su búsqueda y cuando, ignorando mi fervor por ayudarla se despidió lacónica, cerré la puerta y a continuación los ojos para encerrar en ellos la imagen exquisita de aquella mujer que nunca más volvería a ver. Los abrí mucho después, me llegué hasta los estantes de la biblioteca, tomé el libro y, tras abrirlo al azar, me pareció seguir viendo a Beatrice retratada en una de aquellas ilustraciones a plumilla. En letra menuda, bajo el dibujo, se leía una frase carente de significado pero cuya lectura lenta sigue produciéndome un placentero consuelo: «Y a medida que iban acercándose, advertíase el contentamiento de que gozaban por los vivos fulgores que despedían». Así perdí el sublime vigor de mi fantasía.

**Fin**

© Mar Sancho





## Relato: *Los ojos de mi muñeca*, Andrea More



Me gustaba tanto estar en las nubes que hice de ellas mi hogar. Mi nombre es Andrea More y escribo relatos para salir a respirar. A simple vista puede parecer que lo que leéis son pequeñas historias sobre la vida, pero os invito a que hagáis una inmersión más profunda. Descubriréis un mundo paralelo lleno de significados.



—¿Por qué estás tan calladito hoy, Julio? Ha sido explosivo, como siempre, sabes muy bien cómo hacer disfrutar a una mujer. Mariona presumía de lo buen amante que eres, pero nunca imaginé que lo comprobaría yo misma. Sé que no te gusta que te lo diga, pero pienso que lo mejor que le podría suceder ahora a ella es que no despertase nunca o se muriera de una puta vez, así nos dejaría vivir en paz.

Julio, irritado por el comentario, se cubrió la cara con las manos.

—Me siento mal, esto que hacemos no está bien, ella no se lo merece.

—¿Irás después a verla al hospital? —le preguntó Sara.

—Claro que sí, ¿acaso no voy todos los días?

—Me voy a la ducha —concluyó Julio, levantándose con gesto serio de la cama.

Un cuarto de hora más tarde, ambos se montaron en el coche y durante el trayecto ninguno articuló palabra. Al llegar al hospital, aparcaron en el estacionamiento contigo. Un cielo plomizo ensuciaba la atmósfera con su vaho gris.

—¿Sigues molesto conmigo por lo que dije? Perdóname —suplicó Sara.

En silencio, se dirigieron a la habitación y, una vez allí, contemplaron a Mariona, que seguía inconsciente en su lecho. A su lado estaba Rina, su madre, que no se había separado en ningún momento de su hija desde que entró en estado vegetativo.

—Rina, ¿otra vez ha pasado la noche aquí? —le regañó Julio—. Los médicos dijeron que nos fuésemos a casa, se lo he dicho muchas veces, que aquí no hacíamos nada.

—¿Tú me vas a decir lo que tengo que hacer, cuando no fuiste capaz de mirar a mi hija desde que perdió al bebé? Lo que no tienes es vergüenza, y tú, Sara, todavía menos. No sé cómo tenéis la cara dura de presentaros juntos.

—Te recuerdo que soy su mejor amiga, y quiero verla.

—Precisamente por eso. Igual te crees que soy tonta, o te piensas que Mariona no sabía nada. Pero ella está aquí por vuestra culpa.

—Eso no es verdad —intervino Julio—. Mariona estaba enferma.

—Enferma de amor, un amor no correspondido por ti y traicionada por su mejor amiga. —Rina miró a los ojos de Sara de modo desafiante y, con hiel en la voz, le dijo entornando los parpados y señalándola con el dedo—: Yo te maldigo, Sara, deseo que tu vida cambie y no haya día que te arrepientas de lo que has hecho. En cuanto a ti, Julio, nunca te perdonaré. Si aún deseáis tener un buen gesto hacia ella... marchaos y no volved nunca más por aquí.

—Bruja, eso es lo que eres, una bruja —replicó Sara— una bruja. Que sepas que no le tengo ningún miedo a sus tonterías, y ojalá que su hija se muera porque así Julio, será mío para siempre.

Su cuerpo temblaba de ira, mientras sus ojos transmitían un odio contenido hasta entonces.

—Pero ¿qué dices, Sara? ¿Acaso te has vuelto loca?, yo no pertenezco a nadie. Lo siento, Rina, es cierto, no me he portado bien. Me marcharé y no volveré, solo te pido que, si despierta, por favor me llames.

Julio marchó herido por las palabras de Rina. Sara corrió tras sus pasos por el largo pasillo en un intento de seguirlo, pero él la cogió por los hombros con firmeza y le dijo:

—No, por favor, necesito estar solo.

Julio llegó a casa con lágrimas en los ojos. Cogió la maleta que tenía encima del armario con intención de marcharse lejos. Al abrirla, se encontró con algo inesperado: la muñeca que Rina le había regalado a su hija poco después de decirle que estaba embarazada. Ella nunca le hizo mucho caso, mientras que a él le parecía un juguete único. Años atrás, Julio había trabajado con un anticuario y sabía que aquella muñeca tenía más de cien años. Era una auténtica joya, que Rina había encontrado de casualidad envuelta con un plástico y enterrada en el suelo del desván de la casa del pueblo. Cuando Mariona, celosa, descubrió el interés que Julio tenía por la muñeca, ésta desapareció como por arte de magia.

\* \* \*

Sara estaba aturdida, no podía mover ningún miembro, ni la cabeza, pero sí veía perfectamente todo lo que ocurría delante. Sus ojos miraban absortos la nuca de Julio mientras conducía. Intentó decirle algo, pero de sus labios no brotó ninguna palabra.

Julio giró la cabeza porque sintió como si alguien le estuviera observando la nuca, pero al hacerlo, solo vio a su muñeca sentada en la parte de atrás del coche.

Estuvo conduciendo durante horas, hasta llegar al pequeño municipio donde vivió su infancia antes de que ocurriera el accidente de sus padres. Subió corriendo a su habitación por una desvencijada escalera y la encontró exactamente igual que la dejó la última vez, antes de quedarse huérfano y lo acogiera Rina, que era la mejor amiga de su madre y quiso quedarse con él.

Julio cogió la muñeca y la dejó sentada en el sillón que tenía frente a su cama. Después, se acostó para descansar.

Sara, en el interior de la muñeca, solo podía ver y escuchar. Al principio no comprendía lo que estaba sucediendo, pero recordó la maldición de Rina y sintió un miedo atroz.

—Te diré una cosa —dijo Julio, dirigiéndose a la muñeca—. Toda la vida estuve enamorado de Mariona, nos criamos juntos, todo lo hicimos juntos por primera vez. Yo la adoraba, era tan dulce... Lo tenía todo, era guapa, inteligente, olía siempre tan bien... Sin duda, es la mejor persona que he conocido nunca. Yo la quería y la quiero aún, pero desde que se obsesionó con la idea de ser madre todo cambió, y lo peor vino cuando murió el bebé. Desde entonces ella siempre estaba ausente. Sara venía a consolarla, pero Mariona no estaba en este mundo, así que a quien consoló fue a mí. Es injusto lo que hice y estoy tan arrepentido. ¿Sabes?, cuando te vi por primera vez, me di cuenta de que eras una muñeca diferente. Nunca había visto algo tan hermoso como tú, nada más verte le propuse llevarte a un museo de juguetes donde todo el mundo pudiera contemplar tanta belleza transformada en muñeca. Pero ella no quiso donarte y te escondió en la maleta.

\* \* \*

Lejos de allí, en el hospital, Mariona se despertaba lentamente del estado en el que se encontraba y lo primero que vio fue a su madre sentada a su lado, durmiendo en la butaca.

—Mamá, mamá —dijo con voz débil.

Rina la escuchó entre sueños y despertó de su letargo sobresaltada.

—Hija, pensé que no volverías a la vida. ¡Qué alegría! —La abrazó y la besó entre lágrimas, alzando los brazos al cielo y dando gracias a Dios.

—Mamá, ¿dónde está Julio?, ¿por qué no está aquí?

—Mariona, ¿cómo puedes preguntar por él después de lo que te ha hecho?

—Porque le quiero, yo le quiero mucho, mamá — confesaba con los ojos fijos en Rina.

—Le dije que se marchase y no volviera nunca más. Pensé que no desearías verlo.

—Llámalo, por favor, dile que venga, lo necesito.

—Hija, por Dios.

—Sí, sí, llámalo, llámalo, quiero verlo.

\* \* \*

Julio se había quedado dormido, exhausto del largo viaje. La música del teléfono lo despertó y, volviendo a la realidad, contestó sobresaltado:

—¡Sí!

—Hola, Julio, soy Rina. Mariona se despertó y quiere verte.

El rostro de Julio se contrajo. Luego, hizo un mohín propio de un niño, y lloró, lloró de alegría.

—Julio, espero que de verdad la quieras porque si le haces algo, te juro que te mataré con mis propias manos.

—La quiero, sí, la quiero con locura.

—¿Dónde te encuentras? —le preguntó Rina.

—Ahora estoy en el pueblo de mis padres, solo. Bueno, solo no, me traje conmigo la muñeca que le regalaste a tu hija cuando se quedó en estado, la encontré en el interior de una maleta.

—Quiero que me hagas un último favor antes de venir, no me preguntes por qué, solo quiero que lo hagas y no me falles.

—Por supuesto, ¿qué desea?

\* \* \*

Julio cogió una pala oxidada del sótano y, en una esquina del jardín cavó un profundo hoyo. Después subió por la muñeca, la envolvió en una bolsa de plástico y la tiró al negro agujero.

Cuando comprendió que la iban a enterrar viva, Sara atrapada intentó gritar, pero ningún sonido salió de su boca.

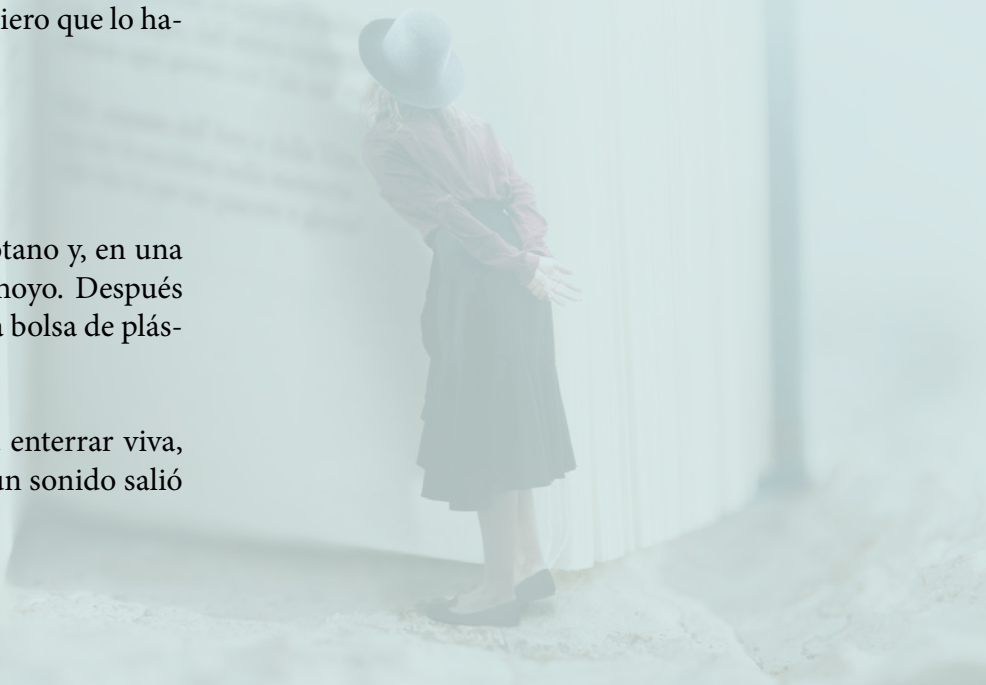
Pese al cansancio de las muchas horas de viaje, Julio fue directo a ver a Mariona. La besó y la abrazó como nunca lo había hecho.

Pasaron años viviendo como dos auténticos enamorados, hasta que un día Mariona, haciendo limpieza, extrajo unos libros de la estantería y vio que detrás había una bolsa escondida. Echó un vistazo y reconoció de inmediato su muñeca.

Sara abrió los ojos.

**Fin**

© Andrea More



## Relato: *El crimen no debe pagar*, Eduardo Goldman



**Eduardo Goldman es licenciado en psicología, escritor, dramaturgo y compositor.**

**Ha publicado cuatro novelas:**

*Como perro que aúlla en la oscuridad* (Huso Editorial, Madrid, 2019)

*El último chiste del Gran Jacobi* (Huso Editorial, Madrid, 2018/ Nuevo Extremo, Buenos Aires, 2008)

*Ni siquiera nos queda París* (Extremo Negro, Buenos Aires, 2014)

*Adiós héroe americano* (Extremo Negro, Buenos Aires, 2010).

**También libros de humor como:** *Teléfonos Pinchados* (Al fondo a la derecha), *Diccionario Sendra-Goldman de psicología cotidiana* (Perfil), *Todo lo que usted siempre creyó saber acerca del sexo (y en realidad no sabía ni medio)* (Ediciones de La Flor), *Cómo ser intendente y no morir de angustia* (Torres Agüero), *Ni loco vuelvo a ser presidente* (Puntosur), y otros.

**Su comedia dramática *El patio de mi vecino* obtuvo el primer premio de la Fundación Banco Caseros(1984).**

**Su comedia infantil *El bosque de los villanos* fue preseleccionada en 2018 para finalista de Buenos Aires en los premios Hugo Federales.**

**Su comedia infantil *La princesa Clodovea, petisa y matadragones* fue preseleccionada en 2019 para finalista de Buenos Aires en los premios Hugo Federales.**

**Ha colaborado con artículos y cuentos en diversos medios de la Argentina, México, USA e Inglaterra. También en programas de televisión. Sus canciones infantiles han sido grabadas en la Argentina y España.**

Se le hacía más que un pasatiempo imaginar una laguna oscura en cuyo centro un remolino lo succionaba con fuerza de las piernas hasta hundirlo en la profundidad cenagosa de donde, lo aterraba, ya nunca podría salir a flote. El juego consistía en tomar conciencia de que solo se trataba de su taza de café, y que el remolino cesaría en cuanto dejara de revolver la cucharita. Una estrategia mental que le brindaba el efímero alivio de saber que la realidad no podía ser tan espantosa como esa tragedia fantaseada. Lo circundante, sin importar cuán terrible llegara a ser, no le deparaba ni por asomo la angustia de hundirse en las aguas de un pantano. Sólo que esta vez, por una razón que solo él conoce, su truco no está dando resultado.

—Muy rico el postre —aprueba el senador Valdez, al tiempo que se pasa la servilleta por los labios manchados de chocolate—. Debería probarlo, Robledo.

—No me apetece —repone el aludido—. A mi edad se pierde el gusto por los sabores intensos. Además, no encuentro nada más acogedor que un buen café después de cenar. —Echa una mirada a la joven periodista—. Apenas ha comido.

Ella abandona la cuchara sobre su *charlotte*, como quien tira la toalla.

—Casi no como de noche. En serio, ni siquiera me preparo un té. Llego muy cansada del canal y...

—Hace muy bien, Karina —se interpone Valdez—. Yo tampoco ceno cuando estoy en Buenos Aires. Mejor acostarse liviano. —Y mira a Robledo—. Lo de esta noche es una excepción. Por su cumpleaños.

—Todavía me sorprende que me haya invitado —murmura ella, y espera a que Robledo termine el último sorbo de café antes de seguir—. ¿Sabe que me cuesta dirigirme a usted por su nombre?

Valdez ríe ampulosamente, buscando llamar la atención.

—Yo hace rato superé ese prejuicio —alardea—. Llámelo como lo haría en uno de sus reportajes. Señor juez le diría, ¿no?

—Ex juez —aclara innecesariamente el magistrado, quizás porque odia que hablen por él—. Ahora soy un humilde abogado.

—No tan humilde, Robledo. Debe haberle salido una fortuna este reservado, sólo para nosotros.

—Es algo que todavía no me cuaja —agrega ella, y enfoca sus almendrados ojos de gata en el rostro del juez, previendo algún indicio de incomodidad por lo que va a exponer—. Festeja su cumpleaños sólo con dos personas que, usted bien sabe, lo detestan. Y en un restaurante boutique carísimo. ¿Qué busca? ¿Que lo amemos?

Contra todos los pronósticos, Robledo sonríe muy calmo.

—¡Sí que lo amamos! —se apresura Valdez, restando veladamente a la chica—. O al menos lo respetamos, yo lo respeto. —Y por no saber cómo seguir, levanta su copa chisporroteando malbec—. ¡Por sus setenta y tantos años, Robledo!

El juez inclina la cabeza, como quien acepta un cumplido.

—Muy gentil, Valdez. Pero usted sabe que a partir de la cero hora voy a contar ochenta primaveras.

—No lo parece —resulta lo único amable capaz de entregar la periodista. Y recoge su copa.

El brindis y la consiguiente ingesta de un buen vino se hace mecánica, gustosa pero aburrida. Las copas a medio tomar regresando al mantel blanco dejan tras de sí una orfandad de palabras. ¿Y ahora qué? Solo el más inseguro abomina el silencio.

—Debo protestar ante su insistencia de venir sin regalos —se lamenta Valdez, abriendo las manos como si ofreciera su pecho—. Me incomoda no haberle traído un presente, aunque sea una pavada.

—No se preocupe, senador. En realidad, soy yo quien va a agasajarlos con un obsequio.

—¿A nosotros? A ver si le entendí, Robledo. ¿Usted nos trajo un obsequio?

—Tómelo como uno de esos *souvenirs* de cumpleaños. Es lo que se estila. ¿no?

Sin esperar a que Valdez termine de fabricar la maqueta de un gesto emotivo, Robledo recoge del piso un gran portafolio de cuero, de esos que se usaban antes de que naciera el *attaché*, lo abre y extrae una gruesa carpeta de tapa celeste. La apoya sobre la mesa y cierra el portafolio para dejarlo nuevamente en el piso. La mirada de Valdez juega un pin pon entre la carpeta y la cara del juez.

—¿Qué nervios! —bromea el senador—. No me diga que va a regalarme un título de propiedad. ¿Una casa en Miami tal vez?

Karina lo festeja con una sonrisa frágil. Su mirada se ausenta y revolotea hasta la silla contigua, vacía, de cuyo respaldo cuelga su cartera marrón. Se pregunta si habrá recordado encender la pequeña grabadora que esconde en su interior. La duda le acentúa el ceño. Últimamente olvida cosas. La memoria le viene fallando desde agosto, más precisamente el 7 de agosto, San Cayetano, fue cuando confirmó lo que tanto temía.

—¿Pasa algo? —le pregunta el juez, hábil cazador de gestos.

Ella sacude la cabeza y le devuelve una mirada esquiva.

—No me deje así, Robledo —se impacienta el político, mientras alisa con los dedos su prolija barba candado—. ¿Qué hay en esa carpeta?

El juez la deja descansar por un instante en su mano, exacerbando una intriga que acompaña con una mirada incisiva sobre su interlocutor. Finalmente, se la extiende a Valdez para que éste se apropie de ella con mano rapaz. Al senador le lleva pocos segundos exprimir una sonrisa lánguida frente a la carátula. Luego, con los rasgos momificados, hojea rápidamente algunas páginas, alejando de a poco su nariz, como si el expediente oliera a meo de rata. Hasta que cierra la carpeta y libera un gesto de fiera acosada.

—¿Tiene idea de lo que está haciendo? —desafía.

—Por supuesto, es la prueba de su mayor acto de corrupción en su paso por el ministerio. Esa compra de material de tercera, a un precio exorbitante. —Y mira satisfecho a la periodista—. Usted lo debe recordar. El ferry que se hundió causando decenas de víctimas.

Karina entreabre la boca, las palabras que debieran acudir se extraviaron en algún lugar de su mente. No sabe si el juez está jugando con fuego o simplemente inicia el conocido periplo de la extorción.

—¿Qué es esto? —inquieta Valdez—. ¿Una trampa? —Su voz suena mecánica, inexpresiva. La furia volcada en una entonación estéril es la más amenazante.

—Ninguna trampa, mi querido senador. Esos folios son justamente mi obsequio.

—¿De qué habla?

—Lo que tiene en sus manos es la última copia que existe de sus, digamos, actividades comerciales. No queda nada que lo incrimine, ya me encargué de borrar todas las pruebas. No me pregunte cómo hice.

Valdez repiquetea los dedos sobre el mantel, bajo su propia, escondida mirada. Parece estar ajustando la mente a una situación inédita que le cuesta comprender. Su atención regresa a Robledo.

—¿Y ella? —dice, señalando con su índice a la chica—. Todo esto me suena a trampa.

Robledo sonrío.

—¿Lo dice por la grabadora que lleva escondida en su cartera?

A Karina se le incendia la mirada. Sus labios reprimen un leve temblor antes de abrirse en una sonrisa tiesa.

—¿A qué se refiere...? —musita.

—A la pequeña grabadora profesional que, a mi modo de ver, sin necesidad, guarda en su hermosa cartera símil cuero.

Ella se defiende con un gesto de perturbación.

—Siempre llevo una grabadora, soy periodista. Pero le aseguro que...

La mano de Valdez arrancando la cartera de la silla desvalija sus excusas.

El senador se hace de la grabadora. La sacude en su mano, examinándola. Y aprieta el botón de *stop*.

—Lo que dije, una trampa.

—Solo en su imaginación, Valdez. —El juez trata de aplacarlo acariciando el aire con sus palabras—. Piénselo, usted no ha dicho nada que lo involucre con nada. El único que se compromete en esa grabación soy yo.

—Entonces, si me permite... —Aprieta el botón rojo que indica *delete*—. Voy a descomprometerlo.

—¿Deme mi cartera!

Valdez se la devuelve con una sonrisa que inspira al asesinato.

—Y la grabadora.

—¿Cuando termine de borrar todo, tramposa!

Karina encara al juez.

—¿Como lo supo?

—Uh. Es lo que dicen por ahí. El diablo sabe por diablo pero más por viejo.

La mirada ofuscada de Karina se dirige al senador, quien no deja de manipular la grabadora.

—¡Deje eso! ¡Ya borró lo que quería!

Valdez no para de apretar botones y acercar la oreja al aparato.

—Si confiara en los periodistas no sería político —murmura—, no al menos del oficialismo.

El juez carraspea como una llamada a la tregua, y vuelve a centrarse en el tema que más le interesa.

—También hay un obsequio para usted, Karina —revela—. Bueno, en realidad, no es un obsequio, sino un intercambio.

—¿Intercambio? ¿Qué quiere decir con intercambio?

—No se apresure, ya habrá tiempo para explicaciones. ¿No termina su *charlotte*?

—Ya le dije que estoy llena. Es más, creo que ya debo irme.

—Solo un poco más, al menos hasta que brindemos a las doce, por mi cumpleaños. —Empieza a irritarlo la ráfaga de voces que el senador reproduce al manipular la grabadora—. Valdez, ¿le molestaría dejar eso en paz?

—Pero... es que debo asegurarme...

—Ya debe haber borrado hasta la marca del aparato. Por favor, confíe en mí. Lo que se habló acá no sale de esta mesa.

El bufido de Valdez resuena como una bandera blanca que se agita en la trinchera. Sin embargo, esquivando la mano de la periodista y dejando la grabadora detrás de la botella de vino.

El juez se quita los lentes y utiliza la servilleta que cubría su pantalón para limpiarlos con suavidad.

—No quisiera olvidarme de felicitarla, Karina —comenta—. Por su premio. Muy merecido.

Ella vuelve a quedar descolocada. No sabe con qué se viene ahora ese tipo.

—Gracias —dice cautamente.

—¿Qué premio?—pregunta el político, sin que por eso le interese la respuesta.

—Por su documental acerca de los años 70.

Valdez cambia su actitud, vislumbra como en un espejismo que la periodista, después de todo, podría ser una impensada aliada política.

—¿De los 70? —exclama, acariciándose el mentón—. Temo que no lo vi. Pero voy a buscarlo. Me parece muy bien que se homenajee a nuestros muchachos en esos duros años de la lucha armada. —Y levanta su copa para dedicarle un trago—. ¡Por su premio!

Karina sonrío preparando la estocada.

—Mi documental no es un panegírico de criminales, senador.

Valdez se atraganta con el vino.

—Muy cierto —confirma el juez—. Se trata de una obra maravillosa sobre la vida de su padre. ¿No es así, Karina?

Ella aprueba, sensible y guerrera al mismo tiempo.

—Mi padre creyó en las ideas maravillosas de la solidaridad, la justicia, la libertad. Y sobre todo, el respeto a cada persona. A cada ser viviente.

—Ya veo. —El labio torcido de Valdez solo puede significar desprecio—. Uno de esos ilusos que se la pasaba oliendo florcitas.

—¿Usted no tiene idea de quién era él! —dice Karina mordiendo las palabras—. Fue un hombre que buscaba mejorar el mundo. No destruirlo, como hicieron sus muchachos y los militares mesiánicos. Todavía no nos reponemos de toda esa locura.

—¿Locura? —La carcajada forzada de Valdez derrama cinismo—. Locura es esta democracia mal entendida que estamos viviendo. Y que tarde o temprano vamos a cambiar. ¿No le parece, Robledo?

El juez deniega la complicidad con el senador. Exhala cansancio, pero se mantiene erguido en su silla.

—Amigo, Valdez —se aviene a contradecir—. No me haga perder tiempo defendiendo lo indefendible, no estamos en el Congreso. Así que vayamos al grano.

—¿Al grano? —exclama el senador aguzando los ojos, desconfiado hasta de su propia corbata a rayas.

—Es la mejor idea que escuché en toda la noche —exclama Karina—. Terminemos con esta opereta, Robledo. —La rabia le permite llamarlo por su nombre—. ¿Para qué diablos me citó? ¿Para usarme como testigo impotente de su acto de corrupción? Porque desbaratar pruebas de un delito tan grave como el del senador, es un descomunal prevaricato.

—Es cierto —acepta el juez—. Soy culpable de lo que usted me acusa. Tan culpable como Valdez, por su valioso aporte a esta mafia multisectorial a

la que hipócritamente llamamos república. —Vuelva a colocarse los lentes—. Pero ahora hablemos de usted, Karina.

Ella se indigna.

—¿Ni siquiera lo intente! No trate de igualarme porque no soy como ustedes. Me gano la vida honestamente. Jamás me metí en una transa, como algunos de mis colegas. ¡No tiene nada que achacarme!

—No se enoje, nada tiene que ver su honestidad en todo esto, que bien resguardada está y por eso la respeto.

—¿Entonces qué? ¿Tiene algo para decir de mí?

—Más precisamente... de sus manos.

Ella lo mira sin comprender. Dirige la mirada a sus propias manos, agarrotadas en puño sobre la mesa. Luego le regresa la atención, algo tensa.

—¿Qué pasa con mis manos?

—Cada vez que agarra su copa, algunos de sus finos dedos parecen temblar, y es como si debiera hacer un esfuerzo para controlarlos. En un momento casi se le resbala la copa.

—Es cierto —interviene Valdez—. Lo noté. Pero... No me pareció importante. —Interroga al juez con un gesto—. ¿Lo es?

—Responda, Karina. ¿Lo es?

Ella se revuelve en la silla, incómoda.

—Claro que no. Los nervios. Esta charla me fastidia. Es todo.

—No tiene que disimular sus males, Karina. Estamos... entre amigos.

Valdez se regodea.

—¿Qué es? ¿Qué secreto esconde, señorita periodista?

—No se haga ilusiones —lo frena el juez—. Ninguna de las miserias que a usted y a mí nos caracterizan. Más bien, es una cruz. ¿Verdad, Karina?

Ella se pone de pie, abruptamente. Se inclina sobre la mesa para agarrar la grabadora y la introduce en su cartera. Camina hacia la puerta cuando una palabra, una terrible palabra pronunciada por el juez la paraliza. "Huntington".

—¿Qué dijo? —curioseas Valdez, sin obtener respuesta.

Ella acuchilla a Robledo con los ojos, se acerca a él, desafiante.

—¿Cómo lo supo? —Su voz es barroca, el tono gélido—. ¿Acaso tiene espías en todas partes?

—Digamos que sí. Prerrogativas de un juez. Siéntese, por favor. Entiendo su dolor, pero la cena no ha terminado. —Ella duda. El juez se incorpora y le acerca la silla—. Por favor.

La voluntad de la chica flaquea, se sienta, sus brazos no dejan de abrazar la cartera, necesita algo de qué agarrarse. Robledo se acomoda junto a ella y le sirve más vino.

—Beba, le hará bien —sugiere.

Luego de un momento ella lo hace, de un largo y desesperado trago. Valdez se encoge de hombros.

—Perdón, creo que entré a mitad de la película. ¿Alguien va a explicarme que es lo que pasa aquí?

El juez parece esperar a que ella responda. Ante el silencio, decide hacerlo por su cuenta.

—El Huntington es un mal degenerativo de las células nerviosas. Puede empezar con esa torpeza en los dedos de la mano, y termina con la pérdida total de control de todo el cuerpo, y la mente. Es una agonía terrible, donde el final, la muerte, es una verdadera liberación.

Ella se sirve más vino. Antes de beber le dedica su odio.

—No tenía por qué recordármelo. A menos que disfrute al hacerlo.

Valdez se pasa el dedo por el interior del cuello de la camisa, incómodo. Tarda un poco en decir lo que cree que debe decir.

—Bueno, pero... debe haber una cura para eso, ¿no? Hoy día... la medicina...

Ella se apresura a dinamitar tanta palabra vacía.

—No hay cura —dice, con sequedad.

—Pero... algo con qué aliviar ese suplicio...

Un nuevo trago arranca de la periodista una sonrisa burlona, le place enterrar a Valdez en la impotencia de un consuelo pronunciado más para sí mismo que para ella.

—Solo un milagro puede aliviarme —declara— Yo no soy precisamente devota.

Es la palabra que esperaba escuchar el juez para intervenir.

—Sin embargo, Karina, los milagros existen.

Ella deshilacha una risita socarrona, casi despreocupada por el efecto anestésico del alcohol.

—Camine sobre el agua, señor juez. Transforme el agua en vino, y entonces quizás me convenza.

—Solo puedo convencerla de que no soy quien usted cree.

La risita desemboca en carcajada.

—¡A eso sí lo llamaría un milagro!

—¿Qué cree que soy?

Ella bebe el último sorbo de su copa. Hace un minúsculo buche y lo traga.

—¿De veras está dispuesto a escuchar?

—Por supuesto.

Valdez se cruza de brazos y los apoya en la mesa, acercándose, como dispuesto a presenciar una función de teatro, esto se pone interesante, murmura.

—Vamos, Karina —insiste Robledo—. Después de todo, fui yo quien arrojó la primera piedra. Hábleme de la pésima impresión que tiene usted de mí.

—Se queda corto con lo de pésima. Creo que usted es un verdadero hijo de puta. Lo he visto en los programas de televisión, pavoneándose ante las preguntas de sus periodistas adictos. Lo he oído defender su libro, su maldito libro.

—Nómbrelo. “El crimen no debe pagar”. Un compendio de todas mis ideas acerca de la sociedad.

—El elogio al psicópata, lo llamaría yo. Quizás usted sea uno de ellos.

Es más de lo que Valdez puede aceptar, ¡cuidado con lo que dice, señorita!, la espeta, ¿no sabe con quién está hablando?

—Lo sabe muy bien, Valdez. Por eso quiero escucharla.

La voz de la periodista se hace más grave, de alguna manera, sosegada.



—Su... su teoría acerca del criminal inocente... sus enseñanzas en la facultad cuestionando las bases mismas del Derecho... Le ha lavado el cerebro a generaciones de abogados...

—No he obligado a nadie a pensar como yo. Si los he convencido es porque debo haberles hecho tomar conciencia de algo.

—No se vanaglorie, señor juez. En un país normal nadie lo tomaría en serio. Pero estamos en la Argentina, hubo una dictadura militar, ¿se acuerda? Hubo gobiernos corruptos, autoritarios... Nos han legado una trágica herencia... El límite impreciso entre lo que está bien y lo que está mal.

El juez mira su copa y solo atina a levantarla.

—Brindo por sus convicciones, y su vehemencia. Es usted muy valiente.

—¡Por favor! —salta el senador—. ¡Es una irrespetuosa! —Y baritonea su índice frente a la nariz de la chica—. ¡Sepa que el juez Robledo es respetado en todo el mundo por sus ideas de avanzada!

—Ideas que ningún país cuerdo aplicaría, senador.

—¡Usted no es quien para afirmar una cosa así! Está ninguneando al más brillante de los hombres de leyes que ha dado el país. Y no lo digo solo como juez, también como respetabilísimo abogado.

Robledo asiente con la cabeza.

—Es curioso, Valdez. Ha tocado el tema que deseaba charlar con ustedes. Mi actividad como abogado. —Acerca la mano al plato de postre de la periodista—. ¿Me permite?

Ella se encoge de hombros. Robledo lleva para sí el *charlotte* a medio comer y lo prueba. ¡Riquísimo!, exclama entrecerrando los ojos. Valdez se rasca los bigotes, lo tiene hartado esa afición del juez por crear expectativa.

—La primera defensa que encaré fue hace unos cinco años, cuando me jubilé como juez. El caso Belfiore. ¿Lo recuerda, Valdez?

—¡Cómo no voy a recordar! —se jacta el senador—. Un caso apasionante, digno de su estatura. ¿Belfiore dijo? El caso de... de... —Y el chasqueo de sus dedos marca el ritmo árido de su desmemoria.

—Una chiquita de ocho años, violada por tres salvajes y luego estrangulada —aclara la periodista, para de inmediato dirigirse al juez—. Homicidio *criminis* causa en el peor de los delitos. Y usted defendió a los tres asesinos.

Valdez deja caer las manos sobre la mesa en un gesto de hartazgo.

—¿Y qué tiene eso de malo, señorita periodista? Todo sospechoso tiene derecho a la mejor defensa posible, ¿no? Está en la Constitución. ¿O va a negar eso?

—No lo niego. Solo que el ex juez utilizó todos los trucos legales y manipuló al jurado sembrando dudas por todas partes, para que los terminaran condenando solo a cuatro años. ¡Cuatro años lo que debió ser cadena perpetua para esos miserables!

—O pena de muerte —sentencia el juez.

El senador toma su copa y reflexiona antes de beber.

—Cierto. La verdad que esos animales merecían morir como ratas. Lástima que nuestras leyes no permiten la... —Un corto sorbo le aclara la memoria—. Ahora que recuerdo. ¿No los habían matado a esos criminales? Sí, sí. Al poco tiempo de salir de la cárcel. Los mataron uno por uno. Me acuerdo que hasta acusaron a alguien de contratar a un sicario, un profesor de la chiquita en el orfanato. Pero creo que fue absuelto.

El juez se queda mirándolo.

—En efecto, fue absuelto. El hombre era inocente.

—¿Cómo está tan seguro?

—El asesino usó una Bersa 9 milímetros, de numeración limada, que aun debe estar hundida en el fondo del río. Muy cerca del muelle de los pescadores.

Las miradas confluyen en el juez. Valdez esboza una risita que es más bien una muestra de confusión.

—¿Y usted como lo sabe, Robledo?

—Es que... yo la arroje ahí. A las pocas horas de ejecutar al último de los criminales.

El silencio cae como una llovizna helada, los ojos navegan sin rumbo. El senador apresura las palabras.

—¿Qué dice Robledo? ¿Qué clase de broma es esta?

—Ninguna broma. Lo planeé cuidadosamente. Presenté una defensa brillante para sacarlos de prisión en poco tiempo. Consideré que una cadena perpetua no era suficiente para ellos. Les hice creer que saldrían bien librados de todo. Les alimenté una falsa esperanza, para que la muerte fuese aun más dolorosa. Debieron ver las caras de cada uno al recibirme en sus viviendas miserables. Al ver a su amigable abogado sacar el arma para dejarlos tiesos. Murieron con la incredulidad en los ojos.

—Nos está tomando el pelo —reacciona ella.

—No, Karina. Me estoy adelantando a su descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento?

—Yo sé que usted está armando un programa especial sobre el caso. No me pregunte cómo, simplemente lo sé.

—Pero...

—Sin duda hará preguntas en el orfanato donde se resguardaba a la niña, el hogar Belfiore. Y sé que pronto descubriría que ese hogar recibía puntualmente un cheque para que a la niña no le faltara nada. Más aun, que los cheques los firmaba yo.

Fiel a su estilo, sumado al impacto por tamaña revelación, Karina lo deja hablar sin interrupciones.

—La obvia conclusión, confirmada en un análisis de ADN, develaría que la niña era hija mía. Ilegítima, claro. Sé que suena extemporáneo, pero tuve miedo a lo que se diría de mí. Su madre, con quien tuve una relación efímera y secreta, era poco menos que una prostituta. Ella murió en el parto y... tengo que aceptar que no lo viví como una mala noticia. —Su mano toma el pocillo vacío de café, y sepulta la mirada en el fondo blanquecino—. En cuanto a la niña... Debí reconocerla. Debí aceptarla como mi hija. Debí cagarme en la opinión de todos mis colegas. Pero ya es algo tarde para eso, ¿verdad? —Usa la servilleta para secar el sudor de su frente—. No pude darle un padre, pero al menos pude vengarla.

Karina cruza miradas con Valdez. Ambos se ven conmocionados por el peso de la confesión, y cada uno reacciona a su manera.

—Tranquilo, Robledo —intenta contener el senador—. Yo... Por supuesto que no he escuchado nada de lo que dijo. Nada. —Se dirige a la periodista—. Y espero lo mismo de usted, señorita.

—¿Pretende que calle esto?

—No tiene pruebas. Y yo pienso negar cada afirmación que usted haga.

—Usted no entiende, senador. Se trata de un crimen. No importan los motivos, ni que los malditos se lo hayan merecido. Es un crimen.

—¿Y qué? ¿Tiene idea de lo que se mata en este país, y por razones insignificantes?

Ella siente que habla con una pared, y dirige su impotencia contra Robledo.

—¿Usted es... más miserable de lo que pensé! Le importa una mierda las miles de víctimas fogueadas bajo sus ideas, pero cuando le toca sufrir a usted, viola sus propias normas convirtiéndose en asesino.

—Lo sé. Y es por eso que merezco la pena capital.

Valdez intuye que alguna idea nefasta sobrevuela la mesa.

—¿Qué dice, Robledo?

—Merezco esa condena. La destrucción y el olvido a mi persona, pero no a mi libro.

—Su libro y usted son lo mismo —acusa ella.

—Ya no. —El juez se sirve el resto de vino que queda en la botella, quizás deseando que fuera la cicuta que acabó con Sócrates—. Se olvida que mis propias ideas me condenan, Karina. Maté a tres víctimas de la sociedad.

—Tres asesinos —define ella.

—A los que ejecuté sin remordimientos. Merezco el mismo fin.

La confunde esa doble mirada del juez. Desde su libro habla de víctimas, desde su dolor, en cambio, de asesinos que merecían la muerte. ¿Cuál es el verdadero juez?

—De acuerdo —decide. Le propongo un linchamiento público si eso alivia su sentimiento de culpa. Un reportaje. Una confesión frente a las cámaras del canal.

—¿Esta loca? —estalla Valdez—. ¡Nunca vamos a permitir semejante cosa! El juez Robledo es patrimonio de nuestro partido. Nuestro caballito de batalla en el Poder Judicial. El juez no se toca. Y si sabe lo que le conviene, usted se olvida de todo lo que se habló aquí.

—¿Me amenaza?

—Puede tomarlo como quiera.

Los sorprende el campanilleo de la copa que el juez golpea suavemente con la cucharita de café.

—No es necesario ser grosero, Valdez —amonesta, al parecer de mejor ánimo—. Karina no hablará de todo esto.

—¿Por qué está tan seguro? —pregunta ella enarcando una ceja.

—No lo estoy, pero confío en que así será. Hace un rato le hablé de un intercambio.

—Explíquese.

—Le dije que existían los milagros, la posibilidad de que usted no sufra la agonía de esa cruel enfermedad. Esa que ya empieza a entorpecer el control de sus piernas. Le propongo ese milagro, a cambio de su silencio.

Ella sacude la cabeza, turbada.

—Va a tener que hablar más claro.

—Le estoy ofreciendo un milagro, queda en usted aceptar o no. La supervivencia de mi libro queda en sus manos.

El senador entorna los ojos y se masajea la nuca.

—La verdad que no entiendo nada, Robledo. ¿Qué le está proponiendo a la chica?

Karina empieza a entender. No le importa que sean las doce menos cinco, ni que haya entrado el mozo con una botella de champagne. Ni que extraiga el corcho sin ruido, ni que sirva cuidadosamente en las copas que ha traído sobre una bandeja plateada. Ahora entiende por qué ha sido invitada a esa cena. El afán de Robledo por recibir su castigo, no por haber matado, sino por violar las reglas de su propio libro, al que otorga más importancia que a su vida misma, ya que ese libro no es más que su ego proyectado al infinito, inmortal como un dios, y al que no quiere dejar la mancha de su inconducta. Esa noche el juez morirá para que su libro sobreviva. Pero como un acto final, imprescindible, debía confesarlo todo para de alguna manera sentirse redimido. Y que fuera precisamente ella, su más dura crítica, quien escuchase la comisión de su crimen, para dar un valor objetivo a su absolución. Pero también era muy importante que la periodista callara, que no develara el fiasco que condenaría a su libro por la falsedad de su autor. Y ese silencio estaba garantizado por algo que Karina no podía negarse a aceptar. El milagro de no sufrir esa lenta, inútil agonía. ¿Por qué no? ¿Acaso no fue ella misma quien suplicó a ese médico piadoso que terminara con una inyección el sufrimiento terminal de su madre, a quien tomó de la mano para verla cerrar los ojos por última vez, y la que vuelve a tomar en cada una de sus pesadillas? Por un momento se rebela. No quiere morir, no así, de golpe, sin despedirse de los suyos. De sus amigos, de su perro. Toma el impulso de incorporarse pero su pierna derecha le falla, y su trunco movimiento no parece más que un fallido intento por acomodarse en la silla. El mozo se retira. Ella mira el portafolio de Robledo en el piso. Se pregunta si allí se esconderá la bomba. O si la habrá colocado bajo la mesa, al momento de llegar, antes que sus invitados. Solo le intriga la presencia de Valdez en esa última cena. Qué sentido tendría arrastrarlo también a él hacia la muerte. Ciertamente es un delincuente, como muchos en la política. Pero Robledo no lo castigaría por ello con la pena capital. No igualaría esos pecados con su terrible crimen.

—¿Qué me dice, Karina? —pregunta Robledo, ofreciéndole una copa burbujeante de champagne—. ¿Acepta el milagro?

Ella le sostiene la mirada por un instante. Acepta la copa y la eleva apenas.

—Feliz cumpleaños, señor juez.

Valdez toma su copa y los mira extrañado.

—¿Se puede saber qué significa todo esto?

Robledo se lo aclara:

—Significa... que son las doce.

Un brutal fogonazo da paso a la oscuridad.

Todos los medios de la mañana reflejan la tremenda explosión seguida por un conato de incendio ocurrida en el reservado de un notorio restaurante de la zona de Belgrano. Abundan los reportajes a figuras del medio televisivo acongojadas por la muerte trágica de Karina Bedoya, la querida periodista y premiada documentalista argentina. Varias personas han dejado flores y todo tipo de mensajes en la puerta del canal donde trabajaba.

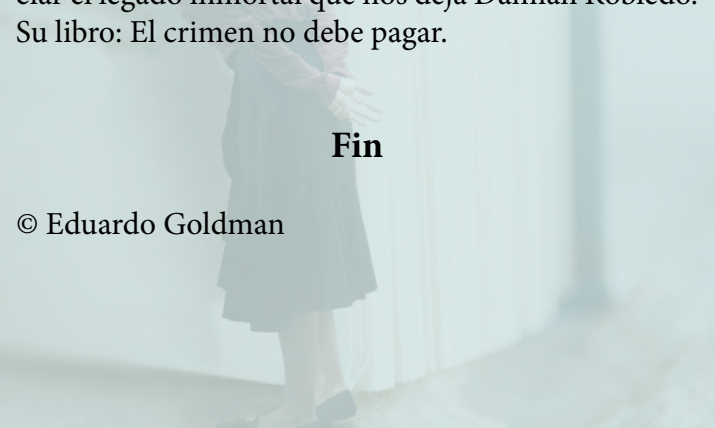
Hay estupor en los medios judiciales por el atentado que terminó con la vida del ex juez Damián Robledo, un intachable hombre de leyes, reconocido internacionalmente, que fundó su vida en la búsqueda de una sociedad más humana y equitativa.

No sucede lo mismo con el diputado Ricardo Valdez. Si bien el Congreso ha suspendido las sesiones en señal de duelo, se tejen versiones diversas que lo señalan como el verdadero objeto del atentado, según trascendidos, por sus negocios con la mafia sindical y los zares de la droga. Fuentes policiales aseguran que se ha abierto una investigación por un posible ajuste de cuentas.

A solicitud de varios juristas, hoy por la noche se velarán los restos del ex juez Robledo en el palacio de los Tribunales. Se descuenta la emotividad del acto, ya que en el mismo habrá un stand donde se podrá apreciar el legado inmortal que nos deja Damián Robledo. Su libro: El crimen no debe pagar.

**Fin**

© Eduardo Goldman



## Relato: *El General David, Osvaldo Beker*



**Osvaldo Beker. Profesor y Licenciado en Letras (orientación de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras, UBA), Profesor y Licenciado en Ciencias de la Comunicación Social (orientación de Periodismo, Facultad de Ciencias Sociales, UBA), Magister en Análisis del Discurso (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) y Doctorando en Ciencias Sociales (UBA).**

**Docente e Investigador en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, en la UCES (Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales) y en el Instituto Superior en Letras Eduardo Mallea.**

**Ha publicado *Narrar-se: la autobiografía en el taller de escritura* (Proyecto Editorial), *La Mecha: El Taller de Escritura y las Consignas* (Zeit), *El Gatillo: El Taller de Escritura y las Consignas* (RyC Editores), *Los contrastes en Alfred Hitchcock* (Zeit), *Escribir la Ciudad: El Taller de Escritura y la Crónica Urbana* (Zeit).**

**Ha participado en jornadas y congresos nacionales e internacionales sobre comunicación, semiótica, lengua y escritura.**

Pedro le ladró todo el tiempo desde que se soltó a correr como un desesperado hasta que se detuvo bajo el ceibo enorme donde se agachó y comenzó a pensar y repensar la táctica bélica que necesitaba articular de modo urgente. David le había prometido nombrarlo mariscal

de campo, o capitán, o edecán en el mejor de los casos, siempre que cumpliera con las órdenes de manera inmediata y sin ningún tipo de contrariedad (el pedido resultaba a todas luces ocioso porque Pedro actuó siempre de manera obediente, casi servil, con su superior). Al lado del grueso tronco añoso, por el que se veía circular en una firme subida una pequeña hilera formada por decenas de hormigas hacendosas, ambos miraron hacia la tierra despejada de hojas donde el niño condecorado por una veintena de países ideó el nuevo mapa de acciones. El labrador del color del champagne cesó su ímpetu por un instante y se quedó, patas delanteras estiradas en alerta, ojos hipnotizados, mirándolo perplejo. El chico sabía que era vigilado, e incluso admirado, y eso le daba cierto aire de calma y seguridad. A su vez, la fijación del perro por él le hacía despertar un sentimiento de conmiseración. La casa, el territorio, era enorme, con un parque (mucho césped, árboles, pileta, flores) que permitía fácilmente el despliegue de las fuerzas de las tropas patriotas.

La madre y el bebé permanecían desde temprano dentro de la casa. La madre estaría corrigiendo ejercicios de sus alumnos de matemáticas de algunas de las muchas escuelas públicas y privadas en las que trabajaba de manera incansable, como si fuera una obsesiva, y el bebé dormiría seguramente una de sus interminables siestas de toda hora (¿cómo una persona podía dormir tanto, por favor?). El bebé, de once meses ya, era el hijo de Miguel, su padrastro, el “novio de mamá”, hombre bueno que a esa hora estaría en el taller discutiendo los presupuestos con sus clientes y dirigiendo la cuadrilla de chapistas, pintores, electricistas y mecánicos. Como si fuera un fiel apéndice —debía seguir comportándose de ese modo para acceder pronto al nuevo rango castrense—, Pedro continuaba escrutándolo a la espera de nuevas instrucciones y directivas. El chico se incorporó y se sacudió con ambas manos la tierra de las rodillas desnudas. Estaba preocupado por las acciones que tomarían los enemigos siempre acechantes, siempre cambiantes en sus operaciones arteras. En la última batalla —en los pantanos del sur de Bélgica muy cerca de un río de nombre impronunciable— había sido herido seriamente, pero el tiempo, bálsamo misterioso, cicatrizó las marcas de un disparo en el hombro que lo había arrojado al suelo estrepitosamente, en cámara lenta, muy cerca del ceibo. Más allá de las ligustrinas, las casas de los vecinos, los Vera, los Baldarenas y los Martini (a quienes su madre había retirado el saludo por culpa de un altercado que tuvo un remate de insultos procaces), a cada lado y enfrente, lo rodeaban

todo como si se tratara de un valle en el medio de las montañas. “Para la batalla necesitaré que me envíen suministros vitales y provisiones médicas”, rezongó, ahora de pie, pero igual de estático y pensativo. “No podré ofrecer una buena estrategia si mis soldados no se alimentan y se abrigan bien”. El perro, lengua afuera y frenético en sus movimientos, le ladró de nuevo, impaciente por tanto tiempo de quietud —imploraba determinaciones que pudieran servirle como excusas para un ir y venir enardecido. Le chorreaba baba de su lengua colgante y las orejas estaban erguidas como radares militares. El General David lo oyó, miró hacia un costado, luego hacia otro (intentando vigilar que no hubiera ningún intruso en el panorama), y comenzó a marchar con su fusil-ramita al hombro con un ritmo rígido pero constante. Dio una decena de pasos con dirección a la casa (en algún momento vio que la madre estaba sentada en su sillón favorito y hablando enfáticamente, como si estuviera discutiendo con alguien, por el teléfono celular), luego giró intempestivamente y prosiguió hacia el lugar donde estaba la bicicleta que había dejado tirada la tarde anterior. A un par de metros se detuvo bruscamente, como si hubiera sido presa de una revelación. Pedro volvió a ladrarle: fue muy brusca su decisión. “El frente oriental está desprotegido, lo sé, pero ¿qué podemos hacer? Todos nuestros insumos deben destinarse para resguardar Francia”.

Por todo el cielo azul las nubes trazaban su elegante recorrido vigiladas por un sol de enero enérgico luego del mediodía. Por la calle pasó, distante (pero claramente visible), un hombre caminando. Estaba vestido con un traje gris y zapatos lustrosos. Con su mano izquierda sostenía un portafolios negro. “Ha de ser un espía”: nunca faltan los traidores. Era Sebastián Vera, el vecino de al lado, el que jamás le había devuelto una pelotita de tenis porque aseguró que cayó en un lugar incierto en el techo de su garaje, al que no podía accederse fácilmente. Mentiras. Él es el enemigo que está entre nosotros. Se ha vendido fácilmente a los rusos. O mejor: se ha alquilado “como una prostituta fácil y de alto vuelo”. Le disparó con su rama ahora devenida en ametralladora. Lamentablemente no pudo dar en el blanco. Mejor: conviene mantenerlo vivo para luego indagarlo con la luz cegadora y la máquina de la verdad. “Pedro, andá a la puerta, ya. Necesito tu informe sobre el frente occidental. No puedo entender cómo mis informantes no llegan. Andá vos”. Pedro obedeció moviendo la cola, alegre, y corrió como una tromba no bien el chico extendió el brazo en esa dirección con el énfasis de las cejas arqueadas y del dedo índice apuntando. Llegó hasta la puerta, practicó una mirada desafiante desde allí, como provocadora y expectante, y volvió a la carga hasta quedar exactamen-

te a su lado no sin antes lengüetearle las piernas. “Pedro, otra vez. A la puerta. La patria necesita tu coraje. Ya”. El perro nuevamente, de manera diríase desesperada, encaró hacia la puerta, cerca de donde pasó el maldito espía, y desanduvo su camino con la misma vehemencia, con una graciosa torpeza. Y sí: llegó a su lado y le pasó la lengua por las piernas: se las dejó embadurnadas de saliva al General David, pero qué impertinencia.

David vio que la madre dejó de hablar por teléfono y salió apenas por la puerta-ventana que daba hacia el parque:

—David, David, ¿me estás escuchando? David, no te vayas a olvidar de lo que te pedí ya dos veces, por favor —le gritó la mujer con un tono imperativo desde el umbral.



El perro, no bien la vio, se echó a correr hacia ella (la dueña del hogar ni se inmutó; es más: cualquiera hubiera jurado que el animal fue invisible desde su perspectiva) y, cuando llegó, advirtió que no fue correspondido en el cariño y retomó sus pasos vertiginosa aunque sumisamente hacia su superior. El General sí la escuchó: era una tarea decididamente imposible no oír la voz de esa mujer:

—No, mami, en un rato voy —respondió el chiquito automáticamente, contrariado por la interrupción de sus planificaciones—, te prometo que enseguida voy.

—Hoy ya te dije dos veces, David, por favor. Haceme caso. Tenés que bañarte y vestirte lindo y perfumarte.

David ya había tenido su ducha diaria la noche anterior. Su rutina indicaba solo un baño por día antes de acostarse para dormir. La pulcra costumbre derivó de una asimilación a la práctica de la mujer. La orden materna lo estorbó, más allá de que en ese instante puntual tuviera responsabilidades geopolíticas más importantes que el aseo corporal.

—¿Por qué?

—Va a venir alguien en un rato que quiere verte y necesito que estés presentable.

—¿Quién es, ma? —le preguntó, ahora un poco inquieto por la interrupción de su madre que podría llegar a afectar las maniobras llevadas adelante por los malévolos japoneses.

—Ya te vas a enterar, David. No te puedo decir nada por ahora —respondió la mujer, un poco molesta, pero segura de sus palabras, e inmediatamente se dirigió hacia su amplio escritorio, atiborrado de papeles, carpetas, la computadora, lápices, lapiceras, reglas, escuadras y transportadores, para seguir trabajando con unos exámenes pendientes de la semana anterior.

Acostumbrado a ese tipo de intervenciones fortuitas, como las veces en que se ponía insistente con la comida o las ocasiones en las que debía acompañarla a hacer las compras al supermercado, David ya no la escuchaba. Ahora su atención se concentraba en el plan para tender una trampa genial a los alemanes. Sabía que estos atrevidos eran astutos, hábiles, inmisericordes, pero ellos no contaban con la sagacidad de este general único. Este hombre, una mente brillante, ya ha quedado en las mejores páginas de la historia de la humanidad. “Ríndanse, miserables, bajen sus armas: los insto a capitular definitivamente”. Los gritos enfáticos eran acompañados, de vez en cuando, por gestos ampulosos y por los potentes ladridos del inminente edecán. El chico estaba vestido con un short negro y una remera del mismo color en cuya estampa se podía leer claramente un lema conocido y gracioso del universo de los cómics. Calzaba unas zapatillas rojas enormes que contrastaban con sus piernitas flacas como las de una garza. Las prendas lucían atravesadas por marcas muy evidentes de tierra y pasto. Las zapatillas, en cambio, aún se veían bien: David sabía que si alguna parte del parque se mostraba con barro (que eran los pantanos impenetrables de las estepas rusas) había que mantenerse lejos. Una semana antes, la madre —que en dicha oportunidad adquirió la personalidad de una apasionada enfermera

italiana como en el cuento de Hemingway— había experimentado (hiperbolizado) un ataque de ira porque unas zapatillas blancas quedaron prácticamente inutilizables. Se las había comprado hacía solo un mes cuando el barro las asaltó de manera definitiva y decidió su aciago desenlace. Estas zapatillas, por el contrario, aún mantenían su rojo chillón y sus tiras blancas impolutas rematadas en cordones anaranjados. Eran, en su deriva infantil, unos borceguíes de cuero con los que se podría atravesar cualquier superficie arisca. Especialmente fabricadas para el General David por parte de una empresa de la ciudad de Baltimore (cómo le gustaba la forma de pronunciar el nombre de la ciudad), las superbotas le llegaban hasta por debajo de las rodillas y al tacto parecían sólidas como el acero. Sin embargo, eran sorprendentemente cómodas para el desplazamiento en todo tipo de superficie, ya fuera en un bosque frondoso plagado de vegetación, ya fuera en un lodo que luciera infranqueable en una primera impresión.

El chiquillo héroe de la patria invitó a su perro mariscal para que lo siguiera en una incursión más allá de las fronteras con el invariable propósito de saldar viejas cuentas. Si bien conocía al dedillo su territorio propio y la vereda de su calle, indagar en espacios más allá del portón siempre le hizo ingresar en una zona vertiginosa. Bien se sabe que la incertidumbre y el arrojo suelen estar, en muchas ocasiones, hermanados. Por eso, con paso sigiloso comenzó a acercarse al área enemiga, considerando la eventualidad de un ataque inesperado: su semblante lucía ensimismado. Su segundo lo flanqueaba de cerca como si estuviera evidenciando una subordinación rayana en la obsecuencia. David abrió la puerta que tenía una traba muy dócil, salió a la vereda iluminada por los rayos del mediodía, vio que no había ni gente ni autos y emprendió su marcha de la victoria hacia la esquina, hacia los confines del continente, hasta el quiosco donde siempre lo estaban esperando las múltiples golosinas, a escondidas de la mamá. Pedro fue su silencioso cómplice —y un poco su guardián—. La travesura apenas duró un minuto. Dos veces antes ya se había atrevido a tanto. En la primera de las oportunidades, la madre lo había visto hacer. No bien regresaba y ajustaba la tranca del portón, ahí se le apareció para, de un solo movimiento brusco, alzarlo y llevarlo hasta la habitación como castigo. Estuvo toda una tarde en penitencia, como dentro de una celda de prisioneros japoneses. Fue la tarde más larga de su vida. En la segunda ocasión nadie lo advirtió —ningún radar pudo dar con él. Fue de mañana, y su recuerdo constante lo enorgullecía. Ahora volvía con cautela pero con recelo (también experimentaba el sentimiento de la impunidad), y parecería que al perro le pasaba lo mismo. Fue

silencioso en la simple faena de trabar el portón. Cuando lo hizo, se agachó, notó que estaba en una posición en la que nadie lo veía y le habló al compañero: “Vamos a ver quién llega primero al árbol ahora”.

No supo si el perro lo entendió pero, cuando se incorporó y comenzó la carrera más vertiginosa de su vida, Pedro ya le llevaba varios cuerpos de ventaja. De a ratos el animal se daba vueltas y lo esperaba, como burlándose de un contendiente de menor destreza. Tenían la misma edad (nueve por siete: ¿sesenta y tres ya Pedro?). La madre lo había conseguido en una de esas ferias barriales en las que había un puesto con esas personas amantes de entregar mascotas en adopción y luego lo colocó suavemente dentro de su cuna antes de sacarle veinte fotos. Si bien crecieron desaparejamente, nadie se habría percatado de ello. Ahora corrían alocadamente hacia el árbol del ceibo, el objetivo preciado para resguardarse de los cazas aéreos, de los temerarios e inigualables kamikaze, con los que varias veces tuvo que lidiar, pero por suerte de los que salió airoso siempre que las circunstancias lo obligaron. Los vuelos rasantes de los pilotos japoneses, como mosquitos impertinentes de las tres de la mañana, no impidieron que llegaran sanos y salvos a su meta. Una vez allí, seguros en el sitio familiar, se sentaron bajo la sombra generosa para recuperar el aire invertido en la aventura.

El sol resplandecía en lo alto y sus rayos caían impiosos y verticales. El aire estaba espeso y picaba el calor incluso a la sombra. No había ni siquiera una tímida nube a la vista. Era como si el cielo cóncavo estuviera siendo espectador del enfrentamiento de los batallones. Sería por eso que los kamikaze atacaron sin ningún tipo de miramientos —con la frialdad característica de la raza amarilla. Ya en el ceibo-cuartel, retomando el aire en los pulmones y jadeando de una manera bastante exagerada, el General David, el chiquito de mil años, volvió a sentir las mieles de la victoria gracias a una ceremonia fastuosa. “Reciba esta condecoración de la monarquía británica. Su nombre quedará en la historia como el símbolo de la hidalguía y del valor por los siglos de los siglos”, le dijo un hombre que parecía importante pero que era invisible. “Acepto la condecoración. Muchas gracias. Recibo este reconocimiento con gran amor por mi país y por lo más importante que existe en esta vida: la libertad. Por eso, mis servicios están puestos para seguir luchando por ella día a día”, respondió lacónicamente en un discurso que se esperaba que fuera más extenso pero que de todos modos fue aplaudido largamente por un millar de personas. Tuvo muchas ocasiones similares en las que su palabra salió más fluida a la hora del agradecimien-

to. En Bangkok, en París, en Toronto, en Roma, en Washington, en Ámsterdam y en Buenos Aires. Ahora ya no había tiempo de agradecer los galardones: eran muchas otras las proezas que lo estaban aguardando. Muchas otras. En distintos puntos de la Tierra.

Iniciaron otra competencia que fue desde el ceibo hasta las plantas. “Las plantas” era el nombre que le asignaba al sitio en el que descansaban varias macetas dispuestas en la galería que daba sobre el parque desde el salón. Desde allí veía a su madre, como jorobada, atenta a los errores de los exámenes. Desde allí vio que la mujer consultó su teléfono celular, se levantó velozmente y, con pasos lánguidos, desapareció de su ángulo de perspectiva. Vio todos estos movimientos y, a la vez, vio que Pedro no se enteró de nada, cola movediza, babas colgantes, patas inquietas, los ojos nigérrimos y legñosos hijos en él.

En el fondo de la casa, justo antes de llegar a la tapia que constituía el límite con los vecinos (familia atravesada por la tragedia porque el padre se había desnucado cuando cayó mal desde un andamio), había más árboles, un par de pinos, un nogal y un ciruelo, pero el ceibo era *el* árbol, el elegido por antonomasia, el favorito, el cuartel central de todas las operaciones. Era el sitio que el general y su asistente habían elegido para pergeñar los pasos a seguir en las feroces contiendas. Desde la galería no habría más de veinte metros hasta allí. Una enésima carrera a toda velocidad hasta el ceibo urgía por culpa de un inminente ataque de los japoneses y de los alemanes que, juntos, querían traicionar por espalda. Lo mismo había sucedido un mes antes, cuando, en un raid atropellado, los orientales, entonces sí, solos, sin aliados que los complementaran, cayeron en picada y asolaron todo el campo de batalla. El General David, sabio y viejo, había dispuesto los misiles antiaéreos con dirección hacia el sol naciente y las bajas fueron muchas. “Una victoria pírrica”, resumiría el general a los medios de comunicación que, como máquinas diseminadoras de un virus, dispusieron el rótulo en todos los titulares.

El enorme saldo negativo se debió, ni más ni menos, a la falta de información por parte de los agentes de espionaje. Hacía mucho tiempo que no le acercaban los datos necesarios como para diseñar un contraataque —maniobra que, desde ya, esbozaría debajo del ceibo. Hacía mucho tiempo que no había noticias que le dieran una certidumbre sobre los acontecimientos (largos meses: ¿años quizás?). Tanto le iba sorprendiendo la ausencia de información que naturalmente empezaba a pensar que las cosas iban a quedar así: incluso un mili-

tar de rango superior como él comenzaba a relajarse en la resignación. El ataque fue, de repente, en esa ocasión, imprevisto. Y las bajas fueron muchas. El General y su fiel asistente dieron las condolencias a las decenas de familias que lloraron sus muertos, hombres caídos en circunstancias insospechadas. No obstante, en algún momento se puso a pensar que del otro lado, otras muchas familias estarían derramando lágrimas parecidas.

David, debajo de las ramas del ceibo frondoso, re-concentrado en su deriva sobre los soldados caídos, no oyó detrás de él que alguien se acercaba. Pedro, siempre inquieto es sus movimientos, se había ido a descargar orina cerca de las ligustrinas que formaban la frontera de la casa de los Baldarenas.

—David.

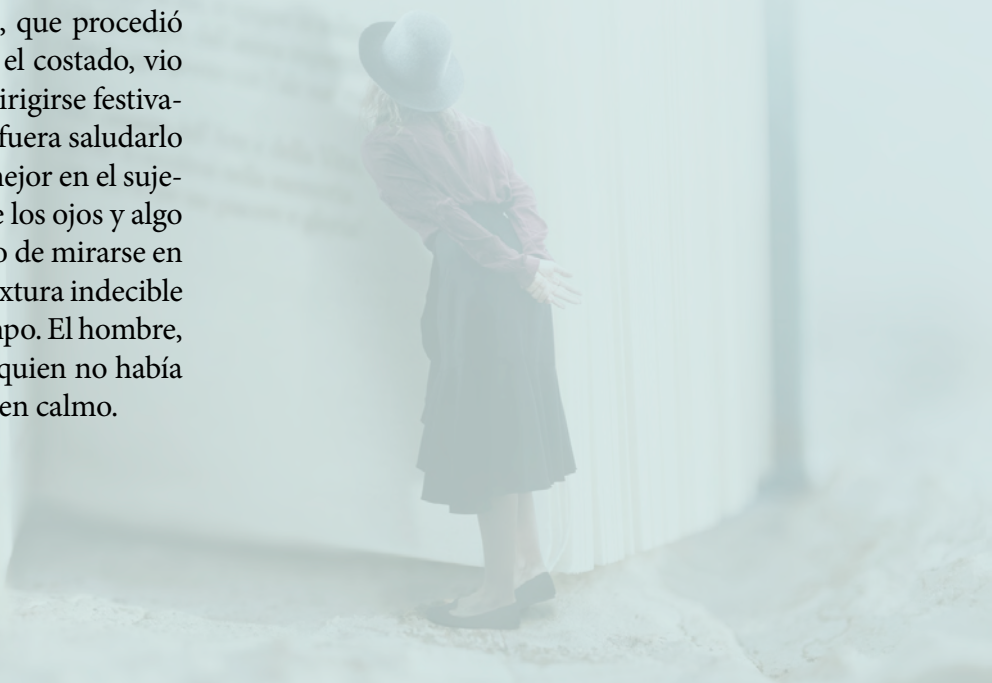
La voz se oyó gruesa y asustó al niño. Se dio vuelta al instante y vio a un hombre alto, de ojos verdes como él mismo, vestido de manera casual con un conjunto de gimnasia y zapatillas blancas, y que había llegado a la casa bastante antes de la hora convenida. Era parecido en el pelo rubio y en el cuerpo, a no ser por la barba colorada, al profesor de educación física de su grado.

—Hola —saludó David entre amable y atemorizado al hombre que parecía alto como el ceibo.

—David, hola. ¿Cómo estás? ¿Bien? Bueno. Acá estamos, David. Yo soy Bernardo. Yo soy tu papá.

Las palabras cayeron lentamente, con una cadencia amistosa. Oyó lo que dijo el hombre y luego estiró el cuello y, a lo lejos, vio a la madre que se asomaba por la puerta-ventana por delante del escritorio de los ejercicios de matemáticas. Sujetaba su celular y lucía seria. El hermanito seguramente seguiría durmiendo sus siestas eternas. Vio al hombre nuevamente, que procedió a agacharse para estar a su altura y, por el costado, vio cómo Pedro regresaba a los saltos para dirigirse festivamente al extraño, como si su costumbre fuera saludarlo todos los días de la vida. Ahora reparó mejor en el sujeto agachado y vio una cifra en el color de los ojos y algo le hizo recordar el automatismo diario de mirarse en el espejo. La presencia le provocó una mixtura indecible de asombro y familiaridad al mismo tiempo. El hombre, todo un general David desarrollado, de quien no había recuerdos prácticamente, parecía más bien calmo.

**Fin**





## Relato: *Impulso*, Antonio Marchal Sabater



**Antonio Marchal-Sabater nació en Murcia (España) el 6 de agosto de 1964. En los años ochenta ingresó en las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado e inmediatamente fue asignado a la lucha antiterrorista dentro de los servicios de información del Estado, circunstancia que le llevó a ser testigo de numerosos acontecimientos de la transición en diferentes lugares de la geografía española: País Vasco, Cataluña o Madrid.**

**En algunas de sus novelas refleja parte de ese pasado adaptándolo a la trama. En su currículum cuenta con varios premios literarios como el del certamen de microcrímenes de Falsaria 2012; 2º premio de relatos cortos organizado por el Ayuntamiento de Lorquí (Murcia), dentro de la celebración de la II Semana Cultural 2013, y el Premio del Público del X Certamen de Narrativa Breve 2014 de la Asociación Canal Literatura.**

Han pasado los años y aún conservo su recuerdo. Sucedió en una ciudad sin nombre o, mejor dicho, en una ciudad cuyo nombre no recuerdo. No es la primera vez que me ocurre, mi profesión me ha llevado dando tumbos de país en país, de ciudad en ciudad, de puerto en puerto, de hotel en hotel...

Como he dicho no recuerdo la ciudad, pero la recuerdo a ella. Recuerdo a Alicia. Una bella mujer encerrada en un cuerpo de niña con piel de seda, labios de miel y mirada marina. Han pasado los años, pero cierro los ojos y puedo verla con aquel vestido cuyos colores emulaban la piel de un leopardo. Aun puedo reconstruir el vuelo de su falda, el contornear de sus caderas. Sus ojos clavados en mí durante unos segundos que ahora son eternidad.

Yo estaba sentado en la terraza de un bar de cuyo nombre ni puedo acordarme ni maldita la falta que me hace. Tú cruzabas la calle y caminabas airosa hacia mí. Al menos eso me pareció. Nuestras miradas se entrelazaron, tú intentabas mirar hacia otro lado, pero la curiosidad no te lo permitió. Yo ni lo intenté, tu cara de niña asustadiza, tu sonrisa traviesa, tus ojos verdes ya me habían atrapado.

Pasaste a nuestro lado. Nosotros éramos varios, ya no recuerdo cuántos, posiblemente todo el equipo, todo el dispositivo que el ministerio había destacado en aquella ciudad donde otro grupo reducido de hombres solitarios planeaba asestar su zarpazo asesino en cualquier otra ciudad sin nombre.

Te sentaste cerca de mí, pero en un ángulo que me impedía verte si no me volvía hacia a ti. Lo hice en un par de ocasiones y nuestras miradas volvieron a cruzarse. Alguien se te acercó, un viejo conocido de tu familia, o quizá fuera de la mujer que te acompañaba, ya no lo recuerdo, pero dijo tu nombre. Eso no lo he olvidado. ¿Cómo podría?

Tu voz quedó prendida de mis oídos, tus ojos de los míos y mi corazón de tu piel. No sabía cómo acercarme a ti, cómo hablar contigo, cómo atraer tu atención. Pedí otra cerveza y supuse que pronto olvidaría aquel flechazo. Craso error, me estaba enamorando. Intuitivamente dejé volar el papel donde una máquina había impreso la cuenta, y el viento cálido de aquella ciudad, eso lo recuerdo bien, lo arrastró hasta a ti.

Me levanté en un acto reflejo y fui a cogerlo. No había calculado mal ni la dirección ni la fuerza con que la brisa lo acercaría a tu lugar y a mí tras él. Tu pie lo atrapó primero, después fue tu mano, la mía chocó con ella. No fue casualidad, ligeramente mis dedos rozaron los tuyos, mientras nuestras miradas se volvían a trabar.

Éramos dos desconocidos, pero sabíamos bien que Cupido nos había vinculado. Ya solo faltaba que unos de los dos diera el paso que uniera nuestras vidas, primero durante unos instantes, después toda la vida. Un paso indeciso, pero eficaz hacia un abismo indefinido. En las cosas del amor se sabe cómo se empieza, pero nunca cómo se terminará.

Gracias Alicia, fueron mis palabras. Tu entrecejo se frunció en un bonito gesto. Estábamos tan cerca que besarte hubiera sido fácil. ¿Nos conocemos? Preguntaste sorprendida. De toda la vida te dije. Las arrugas en tu frente se marcaron de nuevo. La mujer que te acompañaba te miró.

Tus ojos me miraron estupefactos. Cinco minutos pueden ser toda una vida para dos personas que se atraen, te dije y tú sonreíste de nuevo. Alea acta est, pensé. La suerte estaba echada, mi suerte estaba echada, pues ya no podría olvidarte en mucho tiempo.

Volví a mi mesa, me bebí la cerveza, pagamos nuestras consumiciones y nos marchamos. Una mirada de soslayo fue nuestra despedida. De regreso a nuestros quehaceres tu imagen me golpeaba como una ola sobre una roca. No podía ser, no podía concebir que ya nunca más volviera a saber de ti.

Unas calles después nuestro grupo se deshizo, cada uno de nosotros teníamos una misión en aquella ciudad y entre todos un objetivo común, evitar muertes innecesarias de gente innecesaria, pero con derecho a sus vidas.

A medida que me alejaba de ti tu cara, tu sonrisa y tu aroma, se agarraban más a mí. Entonces volví sobre mis pasos. El pulso se me aceleró, el corazón se me agitó, pero tenías que saber que yo quería saber, ¿sobre qué? sobre ti. Tu nombre completo, el tacto de tu piel, de tus cabellos y el sabor de tus labios. Pedí al camarero un papel y en él escribí un verso, debajo mi nombre y a su lado un número de teléfono.

Entonces me dirigí de nuevo a tu mesa. Ahora eras tú la que me viste llegar. Me acerqué a ti y te tendí la nota. No puedo alejarme de aquí sin poner solución a nuestra inevitable separación, te dije. En tu rostro se dibujó la estupefacción, pero de tus ojos se escapó un brillo.

Te di el papelito con el verso de Bécquer: ¿Quieres que conservemos una dulce memoria de este amor? Pues amémonos hoy mucho y mañana digámonos

adiós. Tú lo leíste, comprendiste mi intención, pero no lo guardaste, lo dejaste bajo el plato de aceitunas que había sobre la mesa. No sé si tu amiga, tal vez tu madre, hasta ese momento no me había dado cuenta de su edad, se percató de nuestros sentimientos. Me alejé de allí con la seguridad de haber hecho el idiota, pero con la satisfacción del deber cumplido.

Al día siguiente sonó mi teléfono. No conocía el número, pero los latidos de mi corazón me avisaron cuando oí tu voz, —Hola—. Hola, te contesté. Mi corazón me dijo quien eras y mi subconsciente me avisó: *cuidado chaval, te estás enamorando*. La frase no era mía, se la había oído mil veces a Sabina, pero ahora revotaba entre mis sienes con más sentido que nunca.

Aquella noche quedamos, cenamos juntos en una pequeña taberna del puerto. Ahora recuerdo que la ciudad tenía mar, un mar que intentaba imitar el color de tus ojos y el calor de tu cuerpo. Después buscamos un hotel. Al tacto de tu piel me tembló hasta el apellido. Comprendí que aún había primavera en mi vida, una primavera pintada por unos ojos verdes.

Hoy, cuando ya ha pasado un lustro de nuestro furtivo amor, son los versos de una vieja canción de Serrat los que mejor definen mis sentimientos: *tus recuerdos son cada día más dulces. El olvido solo se llevó la mitad, y tu sombra aún se acuesta en mi cama con la oscuridad, entre mi almohada y mi soledad*.

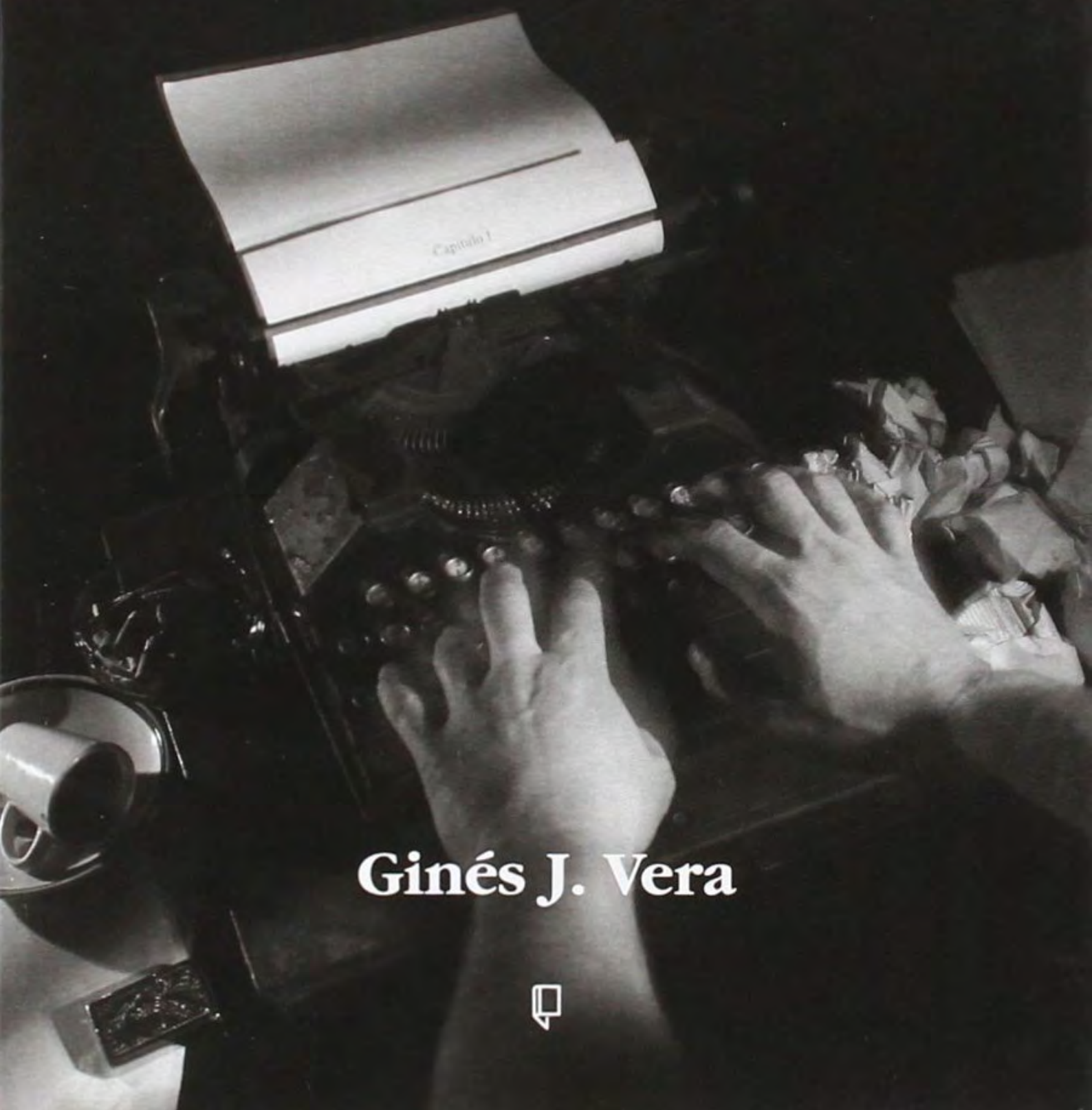
**Fin**

© Antonio Marchal-Sabater



# EL ESCRITOR IMPACIENTE

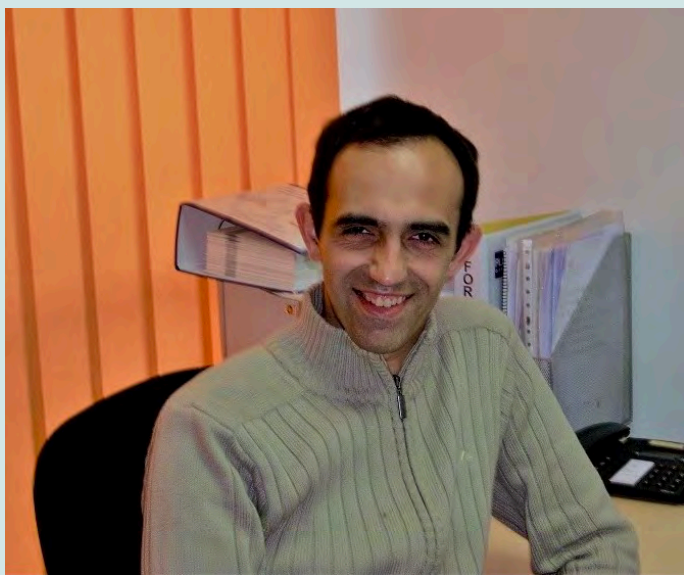
Manual para narradores



Ginés J. Vera



## Relato: *El amuleto*, Ginés J. Vera



**Ginés J. Vera (Valencia, España) es escritor, docente y divulgador. Licenciado por la Universidad de Valencia (España). MBA en Dirección Empresarial y Marketing, es formador diplomado por la Universidad Internacional Valenciana. Ha publicado artículos de divulgación además de reseñas o entrevistas literarias en diversos medios de comunicación. Ha publicado relatos o microrrelatos en una treintena de antologías tanto nacionales como internacionales. Ganador o finalista en más de una decena de concursos literarios, ha formado parte del jurado de otros certámenes literarios. Es autor de los libros de relatos *El hechizo de la mujer dragón*, *Exquisita tortura* y *Caperucita se hizo mayor*. También de *El escritor impaciente* y *El viaje del escritor*, junto con la novela *No me gustan las lentejas*. Desde 2010 imparte talleres literarios y asesora a escritorxs.**

Los dos hermanos se pasaban el día discutiendo. Él hacía valer ante su hermana que era el mayor y más fuerte. Solo cuando su padre llegó a casa, detuvieron sus juegos. La señora White notó que no traía buena cara y no se atrevió a preguntarle qué tal le había ido con los capataces. Mañana habría más suerte, le dijo anunciando que la cena estaba lista. «Seguro que es otra vez sopa de remolacha», le susurró el hermano a su hermana. Ella hizo un gesto alegando en voz baja «Odio la sopa de remolacha».

Después de cenar todos se sentaron junto a la chimenea. Los muchachos solían pedirle a su padre que les contara algún cuento, aunque últimamente, para disgusto de ambos, aquel siempre relataba el mismo, con pequeñas variaciones. «Tienes el abrigo roto —advirtió la señora White—, trae que te lo coso». La mujer

se puso a zurcir un nuevo remiendo. Al sacudir el abrigo, algo cayó rodando hasta los pies del señor White. Este lo tomó entre sus dedos. Los hijos advirtieron como aquel mudaba el rostro, incluso les pareció que apretaba el objeto como intentando destruirlo antes de lanzarlo al fuego con desprecio. Viéndole levantarse alterado de la silla, la señora White le siguió preguntando qué le ocurría. El muchacho aprovechó ese instante para acercar su mano a las brasas y rescatar el objeto.

«¿Qué es, Wilburn?», susurró su hermana. «No lo sé —dijo él en voz baja—, parece una nuez o una piedra hueca». La madre les ordenó irse a la cama y ellos obedecieron. Como no iban a la escuela ayudaban a la señora White en las tareas de la casa o la acompañaban al pueblo agradeciendo las limosnas que otros vecinos les daban.

La noche siguiente, el señor White regresó de nuevo a casa malhumorado. «Nadie quiere darle trabajo ya a un hombre de mi edad», farfulló. Su mujer le rodeó con los brazos asegurándole que debía confiar en la providencia. «Menos mal que me libré de aquello», dijo mirando fijamente al fuego. «¿A qué te refieres?», preguntó su mujer. Los hijos permanecieron atentos por si se trataba de una historia. «A aquella maldita cosa». El chico dio un respingo al recordar la piedra rescatada de las brasas el día anterior, también la hermana pareció entender. «Llegó a mí tras haber pasado por dos hombres que aseguraron concedía tres deseos». «¿Tres deseos, padre?», preguntó el muchacho. «Sí —afirmo el señor White—, pero también me advirtieron de que los deseos siempre traían desgracias porque había pertenecido a un brujo miserable, que mientras lo tuviera la mala suerte me acompañaría». «No deberías contarles esas historias —le recriminó con dulzura su mujer—, luego tendrán pesadillas». «Ya poco importa, ayer la arrojé al fuego, ni me acordaba de ella; quizá sea cierto y muy pronto todo cambie a mejor». Abrazó a su mujer en tanto los hermanos se miraron inquietos. «Lavaos las manos —anunció la señora White—, pronto estará la cena».

El chico fue a su cuarto, la curiosidad le quemaba por dentro. Sacó de su escondite el misterioso objeto para observarlo. Su hermana llegó en ese momento. «Me has asustado», le increpó él. «¿Crees que será verdad lo que dijo padre?», le preguntó ella, queriendo observar también la extraña piedra. «No lo sé, ¿tú qué deseo le pedirías?» La muchacha no lo pensó

mucho, en un descuido se la quitó a su hermano y, apretándola contra sí, deseó carne para cenar. «¿Qué has hecho? —le regañó arrebatándosela—; era mía, no debiste hacerlo». Con el forcejeo, la piedra cayó al suelo. Su madre irrumpió en el cuarto para saber qué pasaba. «¡A la mesa, vamos!»

Sentados uno frente al otro, los hermanos se miraron enojados. Aguardaban a que les sirviera de nuevo sopa de remolacha cuando oyeron que esa noche cenarían pollo. Casi no podían creérselo. Quedaron saciados, también el señor y la señora White, sin comprender del todo el misterio, pues parecía que el ave no menguase a pesar de cortar y repartir varias veces. Habría de sobra para el día siguiente, anunció la madre para alegría de los cuatro, hartos de penurias y sopa de remolacha.

Al despertar, el pollo se había convertido en un trozo de carne negra, viscosa y maloliente que la señora White arrojó lejos. Los muchachos comenzaron otra de sus discusiones. ¡Fue tu culpa! ¡No, fuiste tú!, le reprochó su hermano tirándole del pelo; ella le golpeó y salió corriendo para evitar las represalias. Ya verás cuando te coja, la amenazó. Temerosa, se escondió en el cuarto, bajo la cama. Aunque permaneció muy callada oyó como aquel entraba diciendo: «Sé que estás aquí». Ella se ovilló notando algo cerca de su cabeza. Palpó hasta descubrir que era la dichosa piedra. Recordando lo sucedido con el deseo de la noche anterior, cerró los ojos pidiendo un nuevo. Salió del escondite al notar el silencio. Su hermano ya no estaba. De hecho, no le encontró en la casa. Tampoco su madre, angustiada, ni su padre, al regresar esa tarde. Por más que buscaron al muchacho en los alrededores y en el pueblo, no apareció. Hubo lloros, llantos y maldiciones. La muchacha, presa del miedo, no se atrevió a confesar la travesura ni ese día ni los siguientes. Tampoco cuando su padre cayó enfermo, temiendo que aún sería peor, confiaba en que su hermano regresase en cualquier momento, que solo fuera una broma o una pesadilla. Al poco, el señor White falleció y la señora White le siguió a los pocos días. La muchacha se encerró en sí misma, no quiso hablar más. Oyó que no podía seguir viviendo allí, sola en aquella casa, que la internarían en un lugar a las afueras de la ciudad con más personas como ella. Entonces se acordó. Buscó aquel maldito objeto y, apretándolo contra su pecho, pidió su tercer deseo.

El hermano había visto entrar a su hermana en el cuarto. «Sé que estás aquí», dijo. Miró bajo la cama, pero no la vio. Nadie la halló esa noche en la casa ni

en los alrededores. Al día siguiente, al no aparecer, confesó a su padre entre lloros que habían discutido, a continuación le mostró el objeto salvado del fuego, temeroso por el castigo que le esperaba. Solo que aquel, sollozando, comprendió. Abrazó a su hijo y a su mujer, les dijo que lo sentía, que la culpa era solo suya. Luego arrojó con rabia la cosa a la chimenea. No se apartó de allí hasta verla reducida a cenizas.

## Fin

© Ginés J. Vera



# Hay que tumbar al amor

-poemas-



Javier Tenías

eDiciones diSBAES

## Poesía: *Contando los trastos*, Javier Tenías



Javier Tenías (España, 1972) es actor, autor, instructor y director de teatro.

En 1998 crea la compañía *Dispara Teatro*, con la que recibe el premio al mejor actor en la *II Muestra de Teatro "La Litera"* y las nominaciones a Mejor Montaje y Mejor Dirección (1999) con el espectáculo unipersonal *Bukowski*, basado en adaptaciones de textos de Charles Bukowski.

Realiza giras, tanto en castellano como en inglés, por Europa y América, y desde 1998 imparte clases como instructor de teatro e interpretación en diversos centros y ciudades.

En el apartado literario es redactor de la revista *Historia de Iberia Vieja*, desde 2010, codirector (1994 - 1998) de la colección de poesía *El Último Parnaso* (Zaragoza, 1994) y de la multidisciplinar *El Gran Parnaso* (Zaragoza, 1996). Desde 2004 es director de la editorial Ediciones Dispara. En 2004 realiza el *Curso de elaboración de guiones*, 70 horas, profesor: Juan Manuel Casero, y el *Curso de escritura de comedias de situación*. 70 horas, profesor: Juan Manuel Casero. En 2008 y 2009 recibe varios cursos de lengua y cultura italiana, entre ellos el *Curso de*

*lengua y cultura italiana* impartido por la Universidad para extranjeros Dante Alighieri, Reggio de Calabria (Italia).

Es autor de las piezas teatrales *Voy a llevarte a bailar, en clave de clown* (2004), *Poe, drama emocional* (2004) y del volumen *Teatro (2008 - 2018)* (2018); de los libros de poemas *Que no me absorban las tinieblas* (1992), *Corbatas en cruz* (1994), *Ventanas* (1994), *Trilogía del Tiempo* (1994), *Los objetos peligrosos y el pasillo espiral* (1998), *El hombre que yace* (2004), *La ruta de la emoción* (2008), *Nunca y nadie* (2017), *La vida que se abre* (2017), *Hay que tumbar al amor* (2020) y de los libros de relatos *Papel Serpiente* (1998), *Cuentos de la ficción real* (2015), *Cincuenta cuentos* (2018) y *Nada es nuestro (Diario sin fechas)* (2018). Ha realizado la selección e introducción de *Antología de poesía amorosa contemporánea en castellano* (1996) y *Antología de poetas futuristas rusos* (1997). También ha realizado trabajos de guión para TV y como letrista para grupos musicales.

Es autor del manual de interpretación sobre teatro cómico *Comedia para tod@s* (2010) y del ensayo *La vida no es puro teatro* (2016).

## Contando los tragos

Primer trago, dulce.  
He debido de probar mal,  
el segundo es más intenso.  
No hago caso, no me fío  
desde que me contaron  
que lo frío entra mejor  
cuando te sientes acalorado.

Deben de ser los abrazos distantes  
de un polo a otro del pequeño planeta.  
Pruebo de nuevo.  
Frío, nada más. Será cosa del viento.  
Porque hoy me he peinado  
y él no estaba de acuerdo.  
El viento es el responsable  
del olvido, se lleva la voz  
y te saca del sueño,  
temblando como una hoja  
que duda del árbol.

Demos un trago más,  
demostrémonos  
los monos y los demonios,  
los monstruos bajo los párpados.  
Vamos a dar un paso al pasado,  
una fruta para el futuro,  
es la uva y el vino es destino  
(coplas acoplando copas en la pantalla,  
copa de COVID, actualidad,  
la incidencia acumulada  
acumula los incidentes  
con incisos entre dientes).

Estábamos con el vino,  
nos ha distraído el cuarto trago  
y unos ojos iluminados en sombra,  
como si esto pasara desapercibido,  
me acuerdo de ti, me interrumpo  
entre cifras que van de la nada  
al todo, perdiéndonos entre el algo  
como un largo trago  
sin respirar para que entre  
adormilado.





Rima como un árbol  
con la sombra que cobija,  
estábamos hablando  
y ha sido el viento  
quien ha dicho la palabra tonta,  
más honesta, sincera, más profunda,  
redundante, tan estúpida,  
tanto que nos ha levantado  
la mirada  
hasta el cielo  
que observa  
para dosificar  
la esperanza.

Recuerdo sin que venga al caso  
que hay más territorios  
que deseos, que lo esperable  
es un paraguas abierto  
en el desierto.

Volvamos al tema, a cara o cruz,  
será el amor o será lo otro,  
lo desconocido, lo que solo tiene  
adjetivos y disimulo,  
el asunto  
importante para los gusanos.

La vid es la cepa  
y la vida un cepo,  
la filosofía la afilada  
sabiduría de los filones  
y los sofocos; el amor  
es el recipiente donde se resbalan  
los contenidos,  
contingentes gentes  
de continentes redondeados,  
afeitados como navajas  
guardadas en el cajón  
de los recuerdos imberbes.



Aguardo al séptimo trago  
como a una profecía  
que convirtiera  
a la soledad en agua,  
al vino en agua,  
al agua en agua,  
a la verdad en vicio,  
al verano en miradas,  
a los ojos en espejos  
y a la realidad en vida, bebida,  
nada más, como un arroyo  
callado en estos desiertos  
que nos llevan por dentro  
y también por la espera,  
por delante y por las vidas  
que de todas todas  
se nos escapan  
como la copa de la mano,  
como el deseo  
en el tiempo quemado.

© Javier Tenías

Marzo 2021



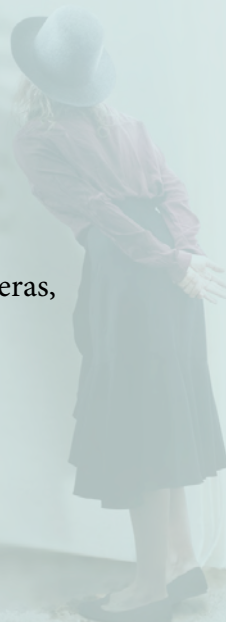
## Poesía: *Ministra con jardín al fondo*, Roberto Lumbreras



### **Ministra con jardín al fondo**

Yo,  
la excelentísima ministra,  
jurista por tradición de familia,  
notaria por orgullo de madre,  
política por consejo de padre,  
designada por el Partido,  
elegida por el Pueblo,  
CONFIESO:

Que quiero, en realidad, ser jardinera.  
Que siempre, desde niña, quise serlo.  
Que añoro aquel Edén que se perdiera,  
y la feliz Arcadia de idilios y de versos.  
Que sueño con los jardines de Versalles,  
y ese jardín inglés de suaves lomas y praderas,  
con la fragancia de verdores rezumantes  
y la frescura de relentes matinales  
con que el jardín premia a la jardinera.  
Muerdo por ser la cuidadora de ese vergel  
que colma el alma y regala los sentidos.  
Lo quiero con el ansia y el apremio  
de mi respiración, de mis latidos,  
de mi sed y de mi sueño.

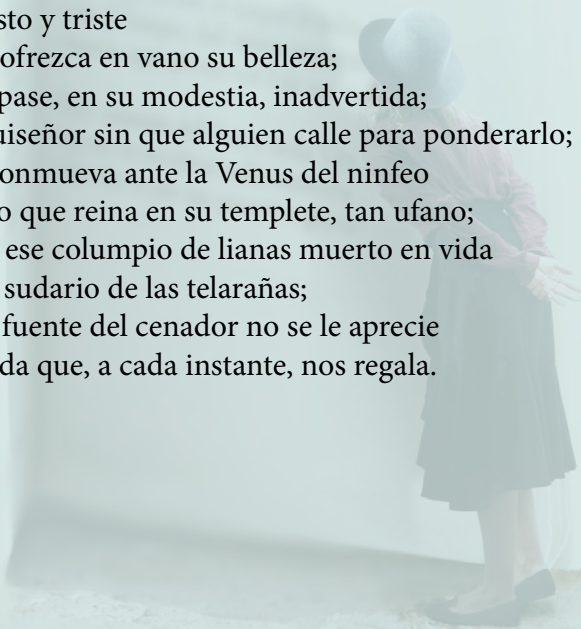


Yo,  
la excelentísima ministra,  
confieso que, desde mi despacho,  
observo con envidia al jardinero del palacio.  
Confieso haberme estremecido en medio de una junta  
al oír brotar afuera el agua de los surtidores,  
como si fuese yo la flor que recibiera ese rocío.  
Confieso que quisiera preguntar al jardinero  
cuándo se ha de plantar el crisantemo,  
en qué días florecen los narcisos,  
o si la nieve pudiera ser mortal para la orquídea.  
Confieso,  
que envidio al jardinero cuando silba,  
cuando esculpe los bojes,  
cuando huele las flores como si las besara;  
cuando plantó aquel día los tulipanes alineados,  
que han florecido justo esta mañana,  
tan pulcros y amarillos,  
revelando un bello nombre de mujer:

A D A

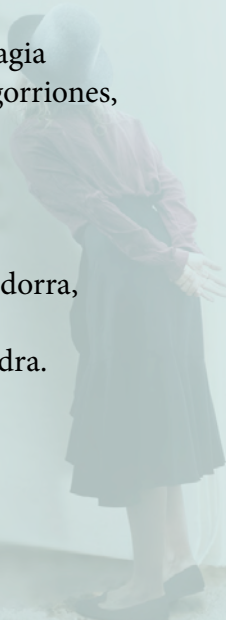
Confieso que hoy, después de la reunión,  
no he podido evitarlo y he llorado.  
He llorado por los sublimes tulipanes.  
He llorado por no llamarme Ada.  
Y, sobre todo, he llorado  
por ser la excelentísima ministra  
y no la jardinera del palacio.

Yo,  
la excelentísima ministra,  
he de fundamentar esta comparecencia  
en que es injusto y triste  
que un jardín ofrezca en vano su belleza;  
que la violeta pase, en su modestia, inadvertida;  
que cante el ruiseñor sin que alguien calle para ponderarlo;  
que nadie se conmueva ante la Venus del ninfeo  
o ante el Apolo que reina en su templo, tan ufano;  
que se tenga a ese columpio de lianas muerto en vida  
envuelto en el sudario de las telarañas;  
o a la discreta fuente del cenador no se le aprecie  
la cristalina vida que, a cada instante, nos regala.



Yo,  
la excelentísima ministra,  
confieso,  
que quiero ir al encuentro  
de ese jardín amable que aún me está esperando.  
Que no me importa ser la jardinera de adopción  
de ese jardín selvático, dejado y sin cuidados,  
pues sé que con mi amor de regadíos y podados,  
lo sacaré adelante y, hermoso, lucirá  
ese verdor de terciopelo con que Watteau lo pintaría.  
Yo quiero ir al encuentro de ese jardín galante,  
de sus inocuos laberintos,  
de sus caleidoscópicos parterres,  
las falsas ruinas que le dan empaque,  
el lago de nenúfares que, ingenuos, se creen cisnes,  
la noria donde el agua se cita con el aire,  
la rosa y su rubor en rasos perfumados,  
y la arboleda en cuyas ramas suenan vivos los Stradivarius.  
Yo quiero ir al encuentro de ese jardín soñado  
con bustos de poeta en pose grave,  
y patos de cómicos zapatos y voz de saxo  
que atraen los niños con su pan en los estanques.  
Ese jardín con bancos apartados bajo los tilos y castaños,  
o, más discretos, en los grotescos pabellones,  
donde los novios a quererse se abandonan  
y hacen injerto con sus savias y sus roces.

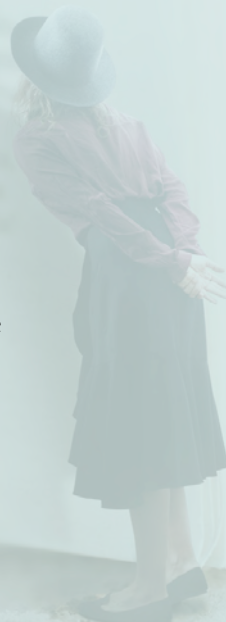
Yo,  
la excelentísima ministra,  
sueño que soy emperadora en mis jardines  
y paso el puente chino meditando  
si las carpas quieren hablarme con sus saltos  
o es el plenilunio quien las alborota.  
Sueño que soy Armida en mi jardín de magia  
y almuerzo compartiendo el pan con los gorriones,  
que a mi lado, piando, me demandan.  
Sueño que soy amiga de la diosa Flora,  
y que si la faena en el estío me acalora,  
nado desnuda con Neptuno y los tritones.  
Sueño que con susurros la fuente me amodorra,  
y echo la siesta bajo el dosel del sauce.  
hasta que me despierta el canto de la alondra.



Yo,  
la excelentísima ministra,  
no quiero ya vestir de alta costura,  
sino como demanda la campiña,  
para moverme entre las zarzas y espesuras.  
Sueño con despedirme de mis serios guardaespaldas  
y jugar con mis lebreles de alegría.  
Sueño el día sin protocolo ni etiqueta,  
para cantar en mis labores sin dispensa;  
para beber un trago de mi cantimplora  
y secarme con la mano sin vergüenza;  
Para probar, antojadiza, una frambuesa,  
aunque su dulce sangre mi camisa hiera;  
para correr de pronto persiguiendo un molinillo  
o pararme a contemplar el acotado paraíso  
en el momento que mi espíritu requiera.

Yo,  
la excelentísima ministra,  
quiero ver cuando el sol repinta al mediodía  
con pincel puntillista y con barnices;  
y la luna hace equilibrios imposibles  
sobre el espejo roto de su lago.  
Quiero oír la brisa cortejando  
las hojas de los chopos.  
Quiero oler el invernial incienso  
de yescas y rastrosos.

Yo,  
la excelentísima ministra,  
por todo lo que he expuesto más arriba,  
visto el informe vinculante de mi anhelo,  
resuelvo presentar mi dimisión,  
y en consecuencia,  
pongo a disposición de ese Gobierno  
mi cargo y mi cartera,  
mi tratamiento,  
mi sello con su lacre,  
mi auto blindado con acero sueco,  
*Ítem más:*  
el chaleco antibalas camuflado con encaje  
hecho en París a la medida de mi talle.

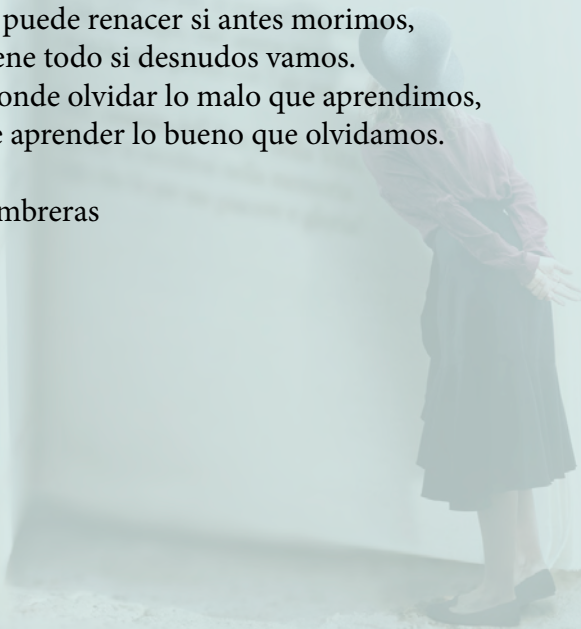


Yo,  
la excelentísima ministra,  
Dejo mi vida secuestrada de autopista  
y su trajín de ruedas y tacones,  
para pisar la tierra calzando deportivas  
y vestir ajustados pantalones;  
Dejo mi agenda sin hueco para un beso  
para seguir lo que me apele y me enamore;  
dejo el brindis de un sorbo para el fotograma  
para reír con Baco en una noche larga.

Yo,  
La excelentísima ministra,  
voy al encuentro de mi jardín, y de mí misma.  
Quiero pasear serena por su senda, y hallar así la mía.  
Allí, en donde todo es verdadero, sencillo y sin postura.  
Y, en su silencio, recordar la lengua que hablaba yo de niña:  
sentir de nuevo que es un juego mi trabajo;  
andar sin miedo al sol, al barro o a la lluvia;  
volar de una carrera, pero no vivir con prisa;  
dormir sabiendo, únicamente, que mañana habrá otro día.

Yo,  
la excelentísima ministra,  
voy al encuentro del jardín soñado,  
donde la vida, sin más evento, se sucede.  
A la región en donde aún se puede ver el horizonte  
y el sol ama a la tierra en cada ocaso.  
Allí, donde se puede renacer si antes morimos,  
donde se obtiene todo si desnudos vamos.  
Voy al lugar donde olvidar lo malo que aprendimos,  
al lugar donde aprender lo bueno que olvidamos.

© Roberto Lumbreras



Roberto Lumbreras

# EL ENVIADO

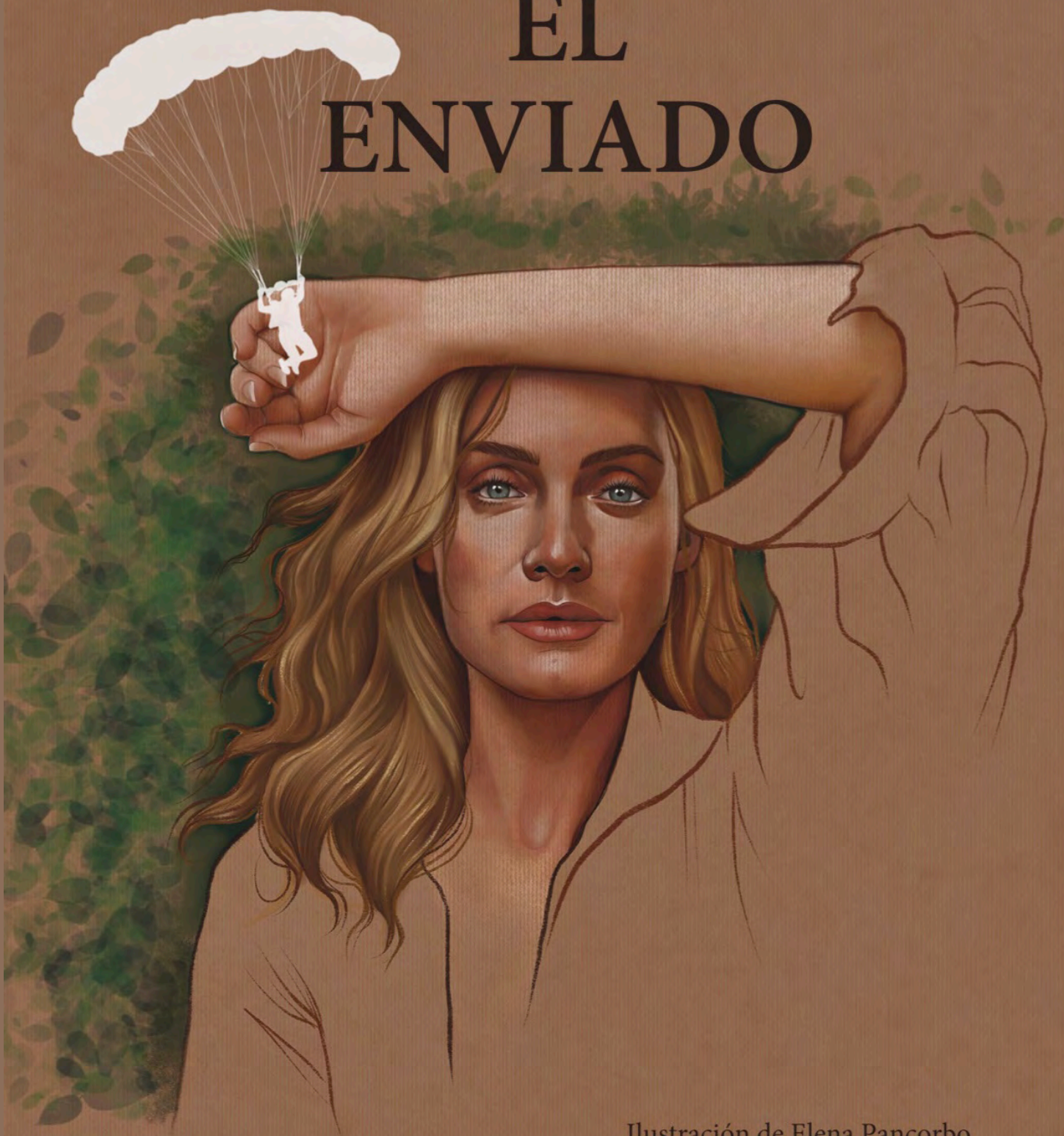


Ilustración de Elena Pancorbo



TORRE DE LIS



## Teatro: *El Enviado*, Roberto Lumbreras

Roberto Lumbreras (Segovia, 1963). Es un autor polígrafo especializado en géneros de síntesis que debuta en la Literatura y en la escena con su comedia *Hasta que la boda nos separe* (Premio Alejandro Casona 2001).

Sus obras teatrales han sido invitadas a encuentros y festivales europeos y latinoamericanos y han sido producidas para la escena por coliseos de referencia como el Teatro Nacional Argentino (TNC Cervantes). Su obra teatral ha sido íntegramente publicada por diversas editoriales españolas, como Torre de Lis, *Colección Esquilo*.

Como narrador en corto es autor de la monografía *Elogio de la Lencería*, y sus obras han participado en dos antologías, *Mundos mínimos: El microrrelato en la Literatura Española Contemporánea* (Libros del Peixe-Cátedra Miguel Delibes, 2007), y *Cuentos pendientes* (Castilla Ediciones, 2021). En cuanto a la narrativa en largo, su novela *Veinte años*, ha sido publicada por Torre de Lis, *Colección Austen*.

En el género de las greguerías tiene ultimada una colección bajo el título *Inventario inventado*, en proceso de traducción al francés por la especialista en el género Laurie-Anne Laget.

Una recién casada. Una señal venida del Cielo.

Y un “cambio de planes”... con un hombre nuevo.

### Preludio

—¿Quién será esa mujer que viene tan guapa y elegante? ¿Es nueva?

—Sí, es nueva. Pero no te emociones, porque está casada. Se llama Violeta. Lo sé porque su chalet está seto con seto con el de mis suegros.

—Pues yo diría que se ha confundido de lugar para llegarse hasta aquí. ¿Son acaso las ruinas de una ermita, sobre la solitaria pradera, un lugar para venir tan arreglada y con tantas joyas? Y, en cuanto a su perfume... es exquisito y llega hasta mi cara, pero, ¿estamos en el campo! ¿No tiene miedo esa Violeta a que le acribillen su fina piel los mosquitos?

—Es todo muy extraño, porque el atardecer tampoco son horas para un picnic. Y, además, el bolso “fin de semana” que trae estará lleno de ropa, neceseres y

de mil cosas menos de comida y bebida; sin olvidar los hielos: ¡estamos en pleno verano!

—¿Es que acaso pasa por este lugar apartado y recoleto algún autobús de línea? Porque creo que esa mujer se va de viaje. Acaba de hacer una genuflexión y de persignarse ante la cruz que preside la derruida iglesia. Un viaje largo, quizás, antes del cual deba rezar.

—Perdona que lo ponga en duda. Porque Violeta ya acaba de venir de un largo viaje: su viaje de novios. Ahora toca el “hogar, dulce hogar”.

—Pues ahora será otro viaje, un viaje peligroso, o quizás sin retorno, porque se la ve ansiosa y hasta preocupada.

—¿Qué está haciendo ahora? Ha puesto los altavoces de su iPhone. ¿Oís la música?

—¿Ketélbey?

—Sí, es Ketélbey: *Campanas a través de la Pradera*. Esta música siempre me habló de panteísmo...

—Esa Violeta ha puesto la música perfecta para este lugar. Tenemos una pradera, las ruinas de una iglesia, una música con campanadas que lo integra, una mujer sexy y devota... Esta escena debería llamarse “Ikebana de espiritualidad y sex-appeal”.

—Apuesto que es una de esas mujeres sibaritas y maniáticas que tiene todo a juego, y su casa decorada como si fuera toda un *showroom*, sin que desentone ni el pestillo de la alacena. Una de esas mujeres conservadoras que eligen las corbatas a sus maridos, para que vayan a juego con el papel pintado del salón, porque si no les dan jaquecas.

—No sé cómo tendrá decorada su casa, pero desde luego esta música le va al lugar pintiparada. Apuesto a que esa Violeta es melómana y estudió de niña piano y *ballet*... Malicias aparte, creo que si yo fuera productor de cine, la contrataría de directora de arte.

—¿A semejante “bombón”? ¿Qué desperdicio! Yo la contrataría de actriz protagonista. Miradla bien: de caderas para arriba se parece a Scartett Johansson, y sus piernas son las de Julia Roberts.

—Sí, no está mal traído. La verdad es que esa Violeta está buenísima. ¿Qué edad tendrá?

—Según mi suegra, Violeta está a punto de cumplir los cuarenta. Por eso estará tan nerviosa. Ja, ja, ja.

—Pues nadie lo diría. Lástima que se acabe de casar. ¿Quién fuera su marido!

—Mejor su novio o su amante. Ja, ja, ja.

—¡Shhhhh! ¡Callad! Que nos va a oír.

Fragmento de *El Enviado* de Roberto Lumbreras. Monólogo para actriz.

# JESÚS LOCAMPOS



# LAS CHICAS DEL LICOR DE HIERBAS

«La novela de la que todos hablan en voz baja.»





[www.consultorliterario.com](http://www.consultorliterario.com)